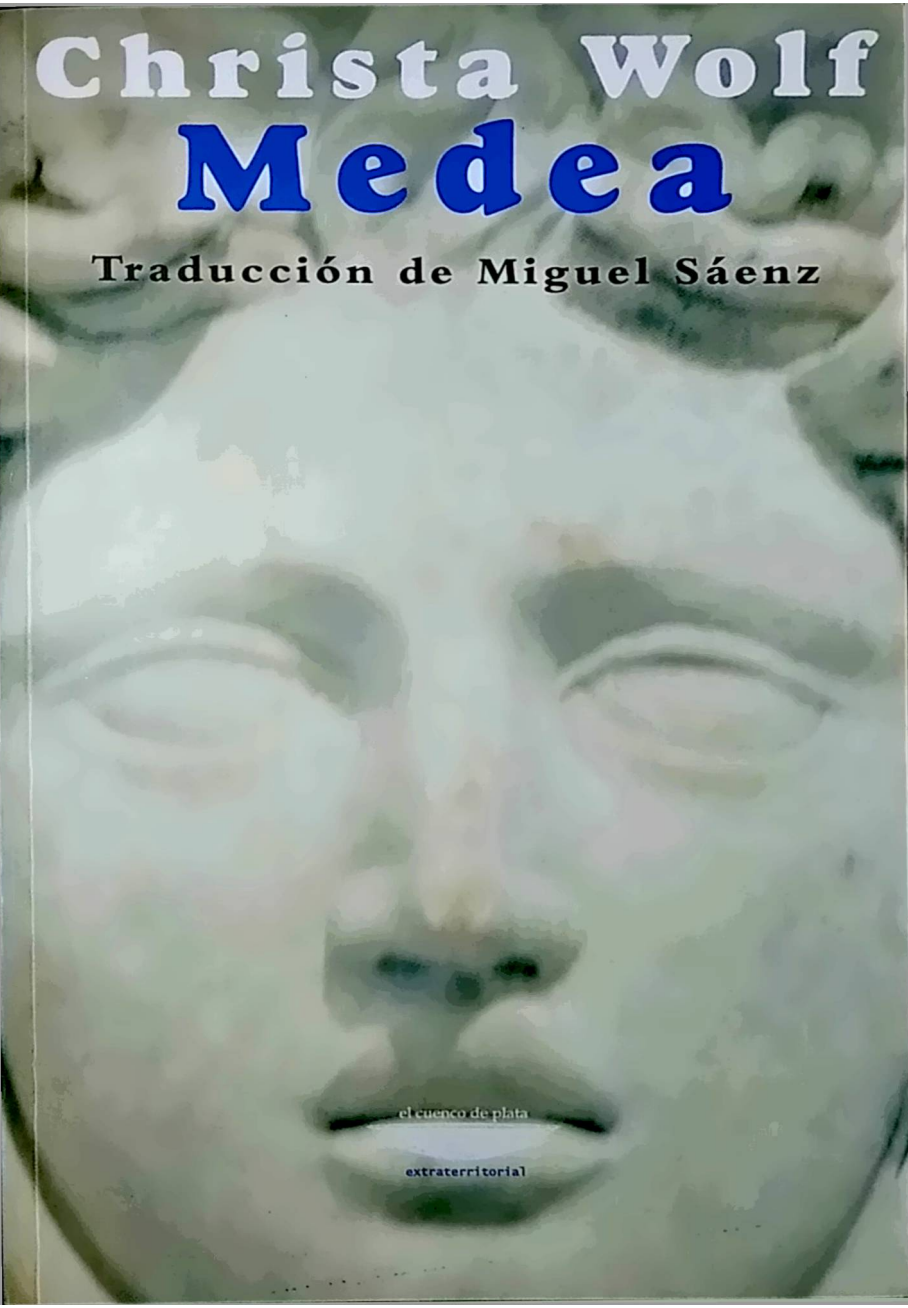
Christa Wolf

Medea

Traducción de Miguel Sáenz



el cuenco de plata

extraterritorial

De todas las mujeres siniestras, seductoras y transgresoras, que alimentan el imaginario occidental, ninguna goza de una reputación más espeluznante que Medea.
Judith, Salomé, Jezabel, Dalila, Lady Macbeth, asesinaron o traicionaron a hombres adultos, pero los crímenes de Medea son más escalofriantes, ya que además de atribuírsele haber matado a su hermano menor, se dice que sacrificó a sus hijos para vengarse de Jasón, su marido. (...) La historia ha sido contada una y otra vez a lo largo de los últimos dos mil quinientos años. Se la ha utilizado como fuente de poemas, obras de teatro, pinturas, novelas y óperas, de las cuales hay por lo menos veinticuatro versiones. Cada artista se ha inspirado en las diversas tradiciones, y ha hecho sus propios cambios y agregados.
Pero Medea no es una alegoría simplista. Como un túnel poblado de espejos, refleja y genera ecos. La pregunta que le hace al lector, a través de diversas voces y de diferentes maneras, es: ¿Qué estarías dispuesto a creer, a aceptar, a ocultar, a hacer para salvar el pellejo, o sencillamente para permanecer cerca del poder? ¿A quién estarías dispuesto a sacrificar? Duras preguntas, y formularlas es la tarea compleja pero esencial de este libro implacable, ingenioso, brillante y necesario.

[redacted] (Landsberg an der Warthe, Polonia, 1929 - Berlín, Alemania, 2011). Su extensa obra narrativa y ensayística fue traducida a las principales lenguas y galardonada con importantes premios como el Georg Büchner (1980), el Schiller Memorial (1983), el Premio Nacional de Viena para la literatura europea (1985) y el Deutscher Bücherpreis (2002) por su trayectoria como escritora.

Principales obras: *Noticias sobre Christa T.* (1968), *Muestra de infancia* (1976), *Lo que queda* (1979), *Casandra* (1983), *Accidente* (1987), *Pieza de verano* (1989), *Medea* (1996)

Christa Wolf

Medea

Traducción de Miguel Sáenz

el cuenco de plata

extraterritorial

Wolf, Christa
Medea - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Cuenco de Plata, 2014.
200 pgs.; 21x13 cm. - (extraterritorial)

Título original: *Medea Stimmen*
Traducido por: Miguel Sáenz

ISBN: 978-987-1772-99-5

1. Narrativa Alemana. 2. Novela I. Sáenz, Miguel, trad. II. Título
CDD 833

el cuenco de plata / extraterritorial

Director editorial: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

© de la traducción: Miguel Sáenz
First published by Luchterhand Verlag in 1996
© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 2008
All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin.
© 2014, El cuenco de plata SRL
Av. Rivadavia 1559, 3° "A" (1033) Buenos Aires, Argentina
www.elcuencodeplata.com.ar

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.
Impreso en junio de 2014.

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro sin la autorización previa del editor.

Medea

La acronía no consiste en la yuxtaposición indiferente sino más bien en entrelazar las épocas, siguiendo el modelo de un trípode, en una serie de estructuras que se rejuvenecen. Se puede desplegarlas como un acordeón, y entonces hay mucha distancia entre los extremos, pero también se pueden encajar unas en otras como muñecas rusas, y entonces las paredes que separan las épocas quedan muy próximas. Las gentes de otros siglos oyen gimotear nuestros gramófonos y, a través de las paredes del tiempo, las vemos alargar la mano hacia mesas apetitosamente dispuestas.

ELISABETH LENK

Las voces

MEDEA	Colquidense. Hija del rey Eetes y de Idía. Hermana de Calcíope y de Apsirto.
JASÓN	Argonuta, capitán del *Argo*.
AGAMEDA	Colquidense. En otro tiempo discípula de Medea
ACAMANTE	Corintio. Primer astrónomo del rey Creonte
LEUCÓN	Corintio. Segundo astrónomo del rey Creonte
GLAUCE	Corintia. Hija del rey Creonte y de Mérope

Otros personajes

Creonte	Rey de Corinto
Mérope	Reina de Corinto
Ifínoe	Su hija asesinada
Lisa	Colquidense. Hermana de leche y compañera de Medea
Arinna	Hija de Lisa
Circe	Hechicera. Hermana de la madre de Medea
Presbón	Colquidense. Organizador de los juegos de Corinto
Telamón	Compañero de Jasón. Argonauta
Frixo	de Yolco, trajo el Vellocino a la Cólquida
Pelias	Tío de Jasón en Yolco
Quirón	Preceptor de Jasón en las montañas de Tesalia
Mérmero, Feres	Hijos de Medea y de Jasón
Oistros	Escultor, amante de Medea
Aretusa	de Creta, amiga de Medea
El anciano	de Creta, amante y amigo de Aretusa

Pronunciamos un nombre y, como las paredes son permeables, penetramos en su época, encuentro deseado, desde el fondo del tiempo responde a nuestra mirada. ¿Infanticida? Por primera vez, esta duda. Un burlón encogerse de hombros, un volverse, no necesita ya nuestra duda ni nuestros esfuerzos por hacerle justicia, se va. ¿Precediéndonos? ¿Dejándonos? Entretanto, las preguntas han perdido su sentido. Nosotros la hemos puesto en camino, ella viene hacia nosotros desde las profundidades del tiempo, nos dejamos ver hacia atrás, pasando junto a las épocas que, parece, no nos hablan tan claramente como la suya. En algún momento tendremos que encontrarnos.

Descendamos hacia los ancianos, ¿nos alcanzan? Da igual. Basta con alargar las manos. Ligeramente se ponen a nuestro lado, huéspedes extranjeros, semejantes a nosotros. Poseemos la llave que abre todas las épocas, a veces la utilizamos sin vergüenza, echamos una ojeada rápida por la puerta entreabierta, ávidos de juicios apresurados, pero debiera ser igualmente posible acercarse paso a paso, con temor ante el tabú, decididos a no arrancar sin necesidad su secreto a los muertos. Confesando nuestra necesidad, así tendríamos que empezar.

Los milenios se funden bajo una fuerte presión. Por consiguiente, que la presión siga. Preguntas ociosas. Falsas

preguntas desconciertan a la figura que quiere liberarse de la oscuridad del desconocimiento. Tenemos que advertirla. Nuestro desconocimiento forma un sistema cerrado, nada puede refutarlo. O bien tendríamos que atrevernos a lo más íntimo de nuestro desconocimiento y autodesconocimiento, a entrar sencillamente, juntos, uno tras otro, en los oídos el estrépito de paredes que se derrumban. A nuestro lado, esperamos, esa figura de nombre mágico en la que se encuentran las épocas, proceso doloroso. En la que nuestra época nos encuentra. La mujer salvaje.

Ahora oímos voces.

1

Todo lo que he cometido hasta ahora
lo llamo obra de amor...
Ahora soy Medea,
mi naturaleza ha crecido por el sufrimiento.

SÉNECA: *MEDEA*

Medea

También los dioses muertos gobiernan. También los desgraciados temen por su suerte. Lenguaje del sueño. Lenguaje del pasado. Ayúdame a salir, a salir de este pozo, lejos del fragor de mi cabeza, por qué oigo ese fragor de armas, están luchando pues, quién lucha, madre, son mis colquidenses, oigo sus juegos bélicos en nuestro patio interior, o dónde estoy, el fragor no hace más que aumentar. Sed. Tengo que despertarme. El cuenco junto a mi lecho. El agua fresca no sólo aplaca la sed sino también el estrépito de mi cabeza, lo sé. Entonces te sentabas a mi lado, madre, y cuando yo volvía la cabeza, como ahora, veía la abertura de la ventana, como aquí, ¿en dónde estoy?, allí no había higuera, allí estaba mi querido nogal. Sabías, madre, que se puede añorar un árbol, madre, yo era una niña, casi una niña, había sangrado por primera vez, pero no estaba enferma por eso, no por eso te sentabas a mi lado y me distraías, me cambiabas las compresas de hierbas del pecho y la frente, me ponías mis manos muy cerca de los ojos y me enseñabas las líneas de las palmas, primero la izquierda, luego la derecha, qué distintas, me enseñabas a leerlas, con frecuencia he rehuido su mensaje, las he entrelazado, las he posado sobre heridas, las he levantado hacia la diosa, he sacado agua del pozo, he tejido el lienzo con nuestros dibujos, las he enterrado en los cálidos cabellos de los niños. Una vez, madre, en otra época, rodeé tu cabeza como despedida con

ambas manos, su forma dejó su huella en mis palmas, también las manos tienen memoria. Estas manos han palpado cada lugar del cuerpo de Jasón, esta misma noche, pero ahora es la mañana, y de qué día.

Tranquila. Muy tranquila, una cosa tras otra. Recuerda. Quién eres. Soy corintia. La higuera que había ante el vano de la ventana de la cabaña de adobe fue para mí un consuelo cuando me expulsaron del palacio del rey Creonte. ¿Por qué? Eso vendrá luego. Ha acabado la fiesta o tengo que ir todavía a ella, como al final prometí a Jasón. No me puedes dejar en la estacada, Medea, muchas cosas dependen de esa fiesta. Para mí no, le dije, y lo sabes, pero si quieres iré, le dije, pero será la última vez. Aquella vez seguiste con la uña la línea diminuta de mi mano izquierda, me dijiste lo que significaría si alguna vez cruzaba la línea de la vida, me conocías bien, madre, ¿vives aún?

Mira. La línea diminuta, que se ha hecho más profunda, cruza ahí la otra. Ten cuidado, me dijiste, el orgullo congelará tu alma, puede ser, pero el dolor, madre, el dolor deja también una huella desolada. A quién se lo digo. Por muy oscuro que fuera, cuando subimos a bordo del *Argo* vi tus ojos y no los pude olvidar ya, su mirada me grabó a fuego una palabra que antes no conocía: culpa.

Ahora vuelve el fragor, es la fiebre, pero me parece haberme sentado a esa mesa, no precisamente al lado de Jasón, ¿fue ayer?, quédate, madre, de dónde viene este cansancio, sólo quiero dormir un poco, enseguida me levantaré, me pondré el vestido blanco que he tejido y cosido yo misma, como tú me enseñaste, y luego volveremos a recorrer juntas los pasillos de nuestro palacio y yo me sentiré contenta, como lo estaba de niña cuando me tomabas de la mano y me llevabas por el patio interior, al pozo del centro, ¿sabes que nunca he visto otro más hermoso?, y una de las mujeres nos sube el

cubo de madera, y yo vacío el agua del pozo y bebo, bebo y me curo.

Las cosas son así: o he perdido el juicio o vuestra ciudad se fundó sobre un crimen. No, créeme, lo sé muy bien, sé muy bien lo que digo o pienso, he encontrado la prueba, la he tocado con estas manos, ay, no es el orgullo lo que me amenaza ahora. Sin embargo, la seguí, a aquella mujer, quizá quería también dar una lección a Jasón, que toleró que me sentaran al final de la mesa, entre la servidumbre, exacto, eso no le he soñado, fue ayer. En cualquier caso, son los sirvientes de categoría más alta, me dijo lastimosamente, no armes un escándalo, Medea, hoy no, te lo suplico, sabes lo que está en juego, la reputación del rey ante todos sus huéspedes extranjeros. Ay, Jasón, no te esfuerces. Todavía no ha comprendido que el rey Creonte no puede humillarme ya, pero de eso no se trata ahora, tengo que liberar mi cabeza. Tengo que prometerme no hablar nunca de mi descubrimiento a ningún alma viviente, lo que me gustaría hacer sería lo que hacíamos de niñas Calcíope y yo, ¿lo sabes, madre?, envolvíamos bien nuestro secreto en una hoja de árbol y nos la comíamos, mientras nos mirábamos sin apartar la vista, nuestra infancia, no, toda la Cólquida estaba llena de oscuros secretos, y cuando llegué aquí, como fugitiva, a la resplandeciente ciudad del rey Creonte, pensé con envidia: estas gentes no tienen secretos. Y eso creen ellos mismos, eso los hace tan persuasivos, con cada mirada, con cada uno de sus mesurados movimientos te lo inculcan: hay un lugar en el mundo en donde el hombre puede ser feliz, y sólo luego he comprendido que toman muy a mal que pongas en duda su felicidad. Pero no se trata de eso en absoluto, qué pasa en mi cabeza para que libere mis pensamientos en enjambres enteros, por qué me resulta tan difícil sacar del enjambre el pensamiento que necesito.

Tuve la suerte de sentarme a la mesa entre mi amigo Leucón, segundo astrónomo del rey, y Telamón, a éste lo conoces tú también, madre, fue aquel argonauta que vino con Jasón a nuestro palacio cuando llegaron a la costa de la Cólquida, de manera que no tuve que aburrirme durante el banquete, porque Leucón es un hombre inteligente con quien me gusta hablar, hay simpatía entre nosotros, y Telamón, un poco tosco, pero que me ha sido fiel desde aquella primera tarde en la Cólquida hace ya tantos años que apenas puedo contarlos, trata de ser en mi presencia especialmente ingenioso y también especialmente obsceno, no teníamos más remedio que reírnos, y yo, decidida a castigar al rey desde mi puesto inferior, me comportaba como una hija de rey, lo que al fin y al cabo soy también, ¿no es cierto, madre?, la hija de una gran reina. No me resultó difícil atraer la atención y reclamar respeto, incluso de los enviados extranjeros de Libia y de las islas del Mediterráneo, Telamón participaba en el juego, y pusimos al pobre Jasón en un aprieto, desgarrado entre la sumisión a un rey del que al fin y al cabo dependemos, y sus celos, brindaba por mí con disimulo y me imploraba con sus miradas que no llevase demasiado lejos mi atrevimiento, pero, cuando el rey comenzaba alguna de sus peroratas, él tenía que estar pendiente de sus labios. En nuestro extremo de la mesa nos divertíamos, ahora lo recuerdo todo otra vez. Cómo los dos hombres que tenía al lado comenzaron a pelearse por mí, cómo Leucón, ese hombre alto, delgado y algo torpe, de cráneo ovalado, que sin duda sabe comprender una broma pero es incapaz de hacerla, comenzó a elogiar seriamente mis facultades de curandera ante ese Telamón gigantesco de cabellos rubios; cómo Telamón entonces, a voz en cuello, exaltó mis cualidades físicas, la piel morena, dijo, el cabello crespo que tienen todas las colquidenses y que sedujo enseguida a Jasón, y a él,

por cierto, también, dijo, pero qué era él comparado con Jasón; se puso sentimental, como se ponen fácilmente los hombres fuertes, mis ojos como brasas, dijo, ya lo conoces, madre, siempre, cuando lo veo, recuerdo cómo tú, cuando estuvo en nuestra casa ante la puerta, te llevaste la mano a la boca y cómo, asustada, lanzaste un ¡ay! admirativo, si no me equivoco, y cómo tus ojos centellearon, y cómo me di cuenta de que no eras una mujer vieja, y sin quererlo tuve que pensar en mi padre gruñón y desconfiado. Ay, madre. No soy ya una mujer joven, pero sigo siendo salvaje, eso dicen los corintios, para ellos es salvaje la que no da su brazo a torcer. Las mujeres de los corintios me parecen animales domésticos cuidadosamente amansados, me miran como a un fenómeno extraño; los tres que nos divertíamos en nuestro extremo de la mesa atraíamos todas las miradas, todas las miradas envidiosas e indignadas de la corte y las suplicantes del pobre Jasón, bueno...

¿Por qué seguí a aquella mujer, la reina, a la que, desde que estoy en esta ciudad de Corinto, apenas había visto? Encerrada en una espesa red de espantosos rumores, bien protegida detrás de su inaccesibilidad, pasa sus días y sus noches en la parte más alejada y antigua del palacio, en aposentos de gruesos muros que deben parecer cavernas mal iluminadas, más prisionera que soberana, servida y vigilada por dos mujeres extrañamente primitivas que, sin embargo, deben de serle fieles; creo que no conoce mi nombre, y yo no había dedicado ni un pensamiento a esa desgraciada reina de un país que ha seguido siendo extranjero y siempre lo será para mí. Cómo me duele la cabeza, madre, hay algo en mí que se resiste a volver a descender a esas cavernas, al submundo, al Hades, en donde desde siempre se muere y se renace, en donde se cuece lo vivo con el humus de los muertos, volviendo así a las madres, a la diosa de la muerte.

Sin embargo, qué significa avanzar, qué significa volver. La fiebre sube, tenía que hacerlo. Vi a esa mujer junto a Creonte por primera vez, madre, pero con esa otra visión que tú has percibido en mí. Me resistí cuanto pude a ir a aprender con aquel joven sacerdote, preferí caer enferma. Ahora lo recuerdo, ésa fue la enfermedad durante la cual me enseñaste las líneas de mi mano, aquel sacerdote cometió luego crímenes espantosos, no era normal, dijiste, esta niña tiene la otra visión. Casi la he perdido aquí, a veces pienso que el enfermizo temor de los corintios a lo que llaman mis poderes mágicos me ha privado de esa facultad. Por eso me sobresalté al ver a la reina Mérope. Que se sentaba en silencio junto al rey Creonte; que parecía odiarlo y él temerla, lo podía ver cualquiera que tuviera ojos en la cara. Yo quiero decir otra cosa. Quiero decir que, de pronto, se hizo un gran silencio. Que apareció ante mis ojos el centelleo que precede a la otra visión. Que estaba sola en la gigantesca sala con aquella mujer. Entonces la vi, con su aura casi totalmente ensombrecida por un sufrimiento implacable, de forma que el espanto se apoderó de mí y tuve que seguirla cuando, apenas terminado el banquete, se levantó y, sin una palabra de explicación, sin saludar siquiera a los comerciantes y enviados extranjeros, salió erguida con su vestido de fiesta bordado en oro, obligando al rey a hablar más aprisa y reír más alto para disimular la descortesía. En el fondo, me alegré de su derrota. Debía de haber obligado a aquella mujer a mostrar a todas aquellas gentes curiosas y fatuas su rostro devastado, lo mismo que Jasón me indujo a representarles una comedia. Ahora bastaba. Las dos nos fuimos por la misma razón: el orgullo. Nunca he olvidado que un día me dijiste que, si me mataran, tendrían que dar muerte además a mi orgullo. Así era y así será, y sería bueno que mi pobre Jasón se diera cuenta a tiempo.

Seguí a aquella mujer. El corredor que llevaba al salón del banquete, cuántas veces lo he recorrido cuando, mujer respetada de Jasón, sobrino y huésped amigo del rey, iba a su lado, en unos tiempos que me parecían felices. Cómo pude engañarme así, pero nada engaña con más certeza que la felicidad, y no hay puesto que enturbie tanto la claridad de la percepción como un puesto en el séquito del rey. Era como si a Mérope se la hubiera tragado la tierra, debía de haber una salida, la busqué y la encontré, escondida tras unas pieles, tomé una de las antorchas de su soporte y me deslicé por un pasillo cuyo techo fue pronto tan bajo que sólo podía avanzar encorvada, o tal vez lo haya soñado, aquella sombría bóveda subterránea, construida en lo profundo, en las tinieblas, como contrafigura del palacio soberbio y luminoso del rey. Ese descenso por las escaleras de piedra, piso tras piso, tengo que haberlo soñado, pero el frío no, sigo temblando aún, ni las aristas de las piedras, que me cortaron la piel, ¿por qué, si no, tendría los brazos cubiertos de arañazos con costras?, y luego en el fondo último y más profundo, en aquel sótano en el que incluso en este país seco se acumulaba el agua, la entrada al laberinto de cavernas, dos escalones más y luego avanzar sobre el vientre y seguir arrastrándome, protegiendo la antorcha que vacilaba, sin pensar ya en Mérope, que podía precederme o no, sin pensar ya en nada ni nadie, tener que continuar, siempre adelante; la caverna hacia la que el corredor se ensanchaba al fin la conocía en sueños, porque cómo sabía yo que el camino se bifurcaba allí, cómo sabía yo que tenía que continuar a la izquierda, que mi antorcha se apagaría pronto. Se apagó. Luego el paso se hizo tan estrecho que hubiera tenido que recular para salir, de forma que tuve que continuar, sabiendo que eso podía ser mi perdición, con frecuencia se extravía alguien en las cavernas subterráneas y muere, ¿quiero morir?, la pregunta

me rozó, torcí el gesto y seguí arrastrándome, luego lamí la humedad que rezumaba de las paredes, un líquido insípido, luego sentí que cambiaba la composición del aire y luego se me erizó el cabello, antes aun de oír el sonido. Luego oí el sonido. Duró más que un aliento humano, un gemido apenas audible pero penetrante, podía ser de un animal, pero no era de ningún animal.

Era la mujer. Era Mérope. Quise volver atrás, nada más que atrás, pero avancé poco a poco. El sonido se interrumpió, el martillo de mi pecho dominó cualquier otro ruido, también lo hace ahora, martillea hasta en mis sienes, y luego vi, cuando mis ojos encontraron la dirección en la oscuridad, al resplandor amortiguado de su lamparita de aceite, a la reina sentada, muy erguida y apoyada contra la pared rocosa, con los ojos fijos, clavados en un punto que tenía enfrente. En medio de aquel frío glacial, yo estaba empapada de sudor, apestaba de terror, eso no me había ocurrido nunca, en mí se agitaba algo que había mantenido encerrado y que casi había olvidado, algo vivo en aquella caverna de muerte. No era ya un juego. Qué fatua había sido toda aquella representación en la mesa del rey, qué fatuo también mi comportamiento. Sin embargo, lo sé hace tiempo: en el gran engranaje también desempeña su papel el que se burla de él, es verdad que apenas me dejaba arrastrar, pero ¿no me había empujado un rastro de complacencia a la fiesta del rey? En lugar de negarme, como había hecho Mérope, que me había llevado hasta allí, hasta el fin del submundo, en donde, después del terror, me acometía el pánico, porque algo se me aproximaba arrastrándose en un silencio siniestro, ante lo que tenía que esconderme, pero en la roca no había hendiduras, ni grietas. Lo que se deslizaba hacia mí había aprendido a moverse en silencio, a no causar ni un soplo de aire, mejor aún de lo que sé hacerlo yo, porque tú me enseñaste muy

pronto esa forma de moverme, madre, compuesta de minúsculas ausencias de movimiento, y me enseñaste también a fundirme con las paredes –me sería útil en el palacio de mi padre, me dijiste, antes de que yo comprendiera por qué–, lo mismo que a respirar reteniendo todo el hálito que normalmente se desprende de un cuerpo humano, todo estaba aún allí, obedecía espontáneamente la orden e impedía que yo temblara audiblemente ante aquel ser que, sombra de una sombra, se deslizó hacia la mujer, le susurró una palabra, cogió su lamparita que ya se apagaba, y entonces detrás de la mujer, a la que yo sólo podía adivinar, se dejó llevar, y las dos, como la cueva se estrechaba, tuvieron que arrodillarse, movimiento que yo, involuntariamente, imité. Caí de rodillas, por debilidad o por agradecimiento a una divinidad que me había permitido salir otra vez con vida. O por miedo a la muerte.

Aguardé hasta que las mujeres estuvieron fuera del alcance de mi voz, y entonces comencé a avanzar tanteando las paredes de la caverna. Tenía que conocer el secreto de aquella reina. En total oscuridad, las yemas de mis dedos encontraron lo que sin duda habían buscado, marcas que no había causado en la piedra la Naturaleza, muescas hechas con instrumentos que yo conocía de la Cólquida, líneas que podía seguir hasta que se combinaban en signos, en figuras que aquí en Corinto, lo sabía, se grababan en las cavernas mortuorias de los difuntos ilustres. Eso confirmaba la sospecha que todavía no hubiera sabido expresar. En el lugar en que Mérope se había acurrucado me puse a gatas y me arrastré hacia la pared de enfrente que la reina había mirado con fijeza, tanteé con dedos reacios la profunda escotadura de la piedra y encontré lo que había temido; lancé un grito que resonó en aquel dédalo de cavernas. Entonces di la vuelta. Había averiguado lo que quería saber, me prometí olvidarlo

tan pronto como pudiera, y desde entonces no puedo pensar en otra cosa que en aquel cráneo estrecho e infantil, aquellos omóplatos de huesos finos, aquella grácil columna vertebral, ay.

Esta ciudad está fundada sobre un crimen.

Quien revele ese secreto estará perdido. Necesité ese choque para cambiar. Huir de las despreciativas comisuras de labios de la mesa real, eso es evidente. Pero adónde. Sobre eso tampoco podrías aconsejarme, madre, sobre eso puedo interrogar como quiera a las líneas de mis manos, líneas claras, bien, pero qué quiere decir eso, aquí y ahora. La enfermedad que me estremece fuertemente quiere darme un respiro, conozco el sentido secreto de las enfermedades, pero sé utilizarlo mejor para curar a otros que para curarme a mí misma. De forma semivoluntaria me abandono a la fiebre, que sube y me arrastra sobre una ola ardiente que me trae imágenes, retazos de imágenes, rostros.

Jasón. ¿Me confié a él? No. Aunque hubo un instante, un instante fugitivo y tentador, pero guardé silencio. Sí, guardé silencio. Jasón me aguardaba, no había contado con ello, sigo sin conocerlo por completo, descuidé conocerlo por completo porque no era ya importante para mí, peligrosa comodidad. En lugar de hacer todo lo posible para prever cada uno de sus movimientos, me permití el lujo de la indiferencia, de otro modo hubiera podido saber que aquella mezcla de triunfo y de humillación que sintió en el banquete del rey tenía que aumentar tanto su deseo que sólo yo podría calmarlo, no ninguna de las muchachas del palacio que se someten de buen grado a su voluntad.

Agotada y sucia, me arrastré hacia casa, hacia la casita de adobe con la espalda pegada a los muros del palacio como un nido de pájaro y bajo la bóveda de una higuera, cuyo follaje claro veo desde mi lecho. La mirada de Lisa me advirtió,

el movimiento de sus labios me indicó quién me aguardaba tras la cortina de la puerta en la habitación contigua. Todavía pude lavarme deprisa manos y rostro y ponerme una blusa limpia en lugar del vestido sucio y desgarrado, antes de que Jasón me llamase. Con nada engañamos más a la gente que cuando mostramos nuestro comportamiento habitual, de manera que tuve que echar a un lado, como siempre, las vestiduras de Jasón que, como siempre, él se había limitado a dejar caer, dejando asomar mi pie al hacerlo, bajo la túnica larga y amplia, con un movimiento gracioso y deliberado, porque a Jasón le gustan los pies de las mujeres, pero ninguna tiene pies tan bonitos como yo, lo que él me volvió a decir, y yo, para ganar tiempo, le pregunté si recordaba cuándo tomó por primera vez mis pies en sus manos, y él, seguro de sí mismo, respondió: Tonta pregunta. Ven. Así habla ahora conmigo ese hombre, ya no me importa que me confunda con sus otras mujeres. Le dije que, antes, tenía que responderme. Hay ciertas cosas que un hombre no olvida, me dijo, dándome un ejemplo de su capacidad para olvidar.

Fue en la Cólquida, me dijo, estábamos sentados contra esa empalizada que separa el patio interior del palacio del exterior, era de noche, luna llena, eso lo recordaba muy bien. Tú llevabas una túnica como esa, dijo, nunca había visto un tejido tan fino, detrás de la valla los centinelas cantaban vuestros horribles cantos que le oprimen a uno el alma. Entonces recordé yo también, también a mí aquellas canciones largas y melancólicas de nuestros jóvenes soldados me encogían el corazón, pero no por las mismas razones que a él. Tú me prometiste, dijo Jasón, ayudarme a conseguir aquel maldito Vellocino que era el sentido y la meta de nuestro largo viaje, y yo, bueno, si quieres saberlo, tomé un pie tuyo entre mis manos. Ven ahora.

Yo me asombré, también de mí. Todavía puede hacerme daño, madre, eso tiene que acabar. Y, sin embargo, hubiera tenido que comprender que tampoco él podía imaginar más que una razón para que lo ayudase contra mi propio padre: tenía que haberme enamorado de él, Jasón, de una forma irremediable. Así, al menos, lo ven todos, en cualquier caso los corintios; para ellos, el amor de una mujer por un hombre explica y disculpa todo. Pero también nuestros colquidenses, los que me acompañaron, vieron en Jasón y en mí desde el principio una pareja, no les entra en la cabeza que yo no pudiera dormir en casa de mi padre con un hombre que lo engañaba. Lo engañaba con mi ayuda, madre, sí, claro que sí, eso era lo horrible de aquella situación que me desgarraba, no poder dar ni un paso que no fuera falso, ni hacer nada que no traicionase a algo que me era querido. Sé cómo los colquidenses tuvieron que llamarme después de mi huida, de eso se cuidó mi padre: traidora. La palabra me sigue quemando. Me quemaba en aquella noche en el *Argo,* una de las primeras noches después de nuestra huida; la flota de los colquidenses, que nos perseguía, había desistido, yo estaba sentada sobre un rollo de cabo junto a la amura, había luna nueva, un prodigioso cielo estrellado, ¿te acuerdas?, habría podido preguntarle a Jasón, las estrellas fugaces caían al mar, como esparcidas por una mano, el mar estaba en calma, las olas golpeaban suavemente contra los costados, los argonautas que estaban a los remos remaban suave y regularmente, la nave se balanceaba apenas, era una noche tibia. Cuando viniste, Jasón, podía decirle, eras una silueta oscura contra el cielo estrellado, tuviste una hora buena, dijiste lo apropiado en el tono apropiado, hiciste lo apropiado de la forma apropiada, calmaste mi dolor, que no conocías y que yo consideraba imposible de calmar. Como para calentarlos, tomaste mis pies en tus manos.

Qué tontería, habría dicho Jasón, de manera que guardé silencio. Dijo: No nos peleemos, Medea. Esta noche no. Ven. La voz. Otra vez la señal a la que corresponde algo que hay en mí, otra vez le abandoné no sólo mi pie sino cada lugar de mi cuerpo, al que él sabía responder como ningún otro hombre. Parece que sabía responder. ¿Jasón? Largo silencio. Eso lo conocía yo. Ahora buscaría culpables. Eso se debe, me dijo acusador, a que me engañas. O si no, ¿adónde fuiste al desaparecer tan rápidamente del banquete? ¿Con quién te divertiste? A eso no tenía que responderle, lo que le enfureció. Antes, me dijo, no te hubiera ocurrido. Antes me dabas fuerzas, todas las fuerzas que yo necesitaba. Lo que decía era verdad, me levanté, metí rostro y brazos en el agua que había traído por la mañana de la fuente. Antes, le dije a Jasón, antes creías en mí. Y en ti.

Siempre tienes algo que oponer, dijo Jasón, siempre sabes más de todo, cuándo reconocerás que tu tiempo ha pasado. Ahora, le dije, yo misma sorprendida, ahora lo reconozco, pero de qué te sirve. Entonces se apretó la cabeza con las manos y lanzó un gemido que nunca le había oído. No creas, dijo, sobre todo no creas que me divierte que tú tampoco sepas cómo seguir. Aquello era una confesión que no hubiera esperado de él. Me senté a su lado sobre el lecho, le aparté las manos de las sienes, le acaricié la frente, las mejillas, los hombros, la fosa vulnerable sobre sus clavículas, ven, me dijo implorante, yo me eché a su lado, conozco su cuerpo, sé aguijonear su deseo, tras sus párpados cerrados se abandonó a sus fantasías, en las que nunca me deja participar. Sí, sí, sí, Medea, eso es. Consiguió lo que yo le deseaba, cayó sobre mí con todo su peso, enterró el rostro entre mis pechos y lloró, largo rato. Nunca lo había visto llorar antes. Luego se levantó, hundió el rostro en la jofaina de agua del arcón, sacudió la cabeza como un toro

que hubiera recibido un golpe en la testuz y se fue sin volverse ni una sola vez.

Tendré que pagar por ello. La mujer tiene que pagar siempre cuando, en Corinto, ve a un hombre en un momento de debilidad.

¿Y entre nosotros? ¿En la Cólquida? ¿Me engaño al seguir estando interiormente convencida de que era de otro modo? Es curioso cómo, recientemente, suelo evocar de nuevo el recuerdo de la Cólquida y lo lleno de colores, como si, sencillamente, no quisiera presenciar la desaparición de la Cólquida en mi interior. O como si la necesitara, no sé para qué.

Fui a ver a Lisa, no dormía. En la habitación de al lado, a través de la cortina de la puerta, oí la respiración de los niños. Deseé que Lisa me preguntara dónde había estado, pero nunca me pregunta nada. De todos los seres vivos, es el único del que no me he separado ni un día, ella, nacida el mismo día que yo, cuya madre fue mi nodriza, y que fue la nodriza de mis hijos. Ella que lo ha visto y probablemente lo ha comprendido todo, o ¿era también un engaño que yo considerase natural que participase de todas mis emociones, que las percibiera, a menudo antes que yo misma e incluso cuando yo no las quería reconocer? Lisa, a la que a veces atraigo a mi lado sobre el lecho para confiarme a ella, y a la que a veces desearía que se fuera al confín del mundo. Pero el confín del mundo es la Cólquida. Nuestra Cólquida de las pendientes meridionales del Cáucaso, cuya abrupta silueta montañosa está inscrita en cada uno de nosotros; lo sabemos unos de otros, nunca hablamos de ello, hablar aumenta la nostalgia hasta lo intolerable. Sin embargo, eso lo sabía: que nunca dejaría de añorar la Cólquida, pero qué quiere decir saber, ese dolor que nunca cesa y siempre roe no se puede saber de antemano, los colquidenses nos lo leemos mutuamente en los ojos al reunirnos para cantar nuestras canciones

y contar a nuestros hijos, que van creciendo, las historias de nuestros dioses y estirpes, que muchos de ellos no quieren oír ya, porque prefieren pasar por verdaderos corintios. Yo también evito a veces ir a esas reuniones, y cada vez con más frecuencia, me parece, dejan de invitarme. Ay mis queridos colquidenses, también ellos saben cómo hacerme daño. Y últimamente lo sabe también Lisa.

Sin duda había permanecido despierta, como siempre que puedo necesitarla aún, pero, a diferencia de otras veces, me negó su sonrisa cómplice. No iba a mendigársela, hice como si no me diera cuenta de nada y comencé en plena noche a preguntarle y preguntarme si los hombres de la Cólquida eran distintos de los de Corinto; ella se dejó arrastrar al juego con reservas, según recordaba, los hombres de la Cólquida daban rienda suelta a sus sentimientos, dijo, su padre, por ejemplo, había llorado pública y amargamente cuando el hermano de ella sufrió un accidente; gimió y gritó, mientras que en Corinto no se ve llorar a ningún hombre en un entierro. Eso tenían que hacerlo las mujeres por los hombres. Luego guardó silencio. Yo sabía en qué pensaba. Nunca he vuelto a ver llorar a un hombre como a aquel joven colquidense que amaba a Lisa y al que ella tenía cariño, pero al que abandonó para seguirme en el *Argo* en un viaje incierto. En el viaje dio a luz a Arinna, su hija, luego no hubo otro hombre en la vida de Lisa, y yo no podía dejar de preguntarme ahora qué precio habíamos tenido que pagar Lisa, los demás colquidenses, todos, por el hecho de que yo no quisiera seguir viviendo en la Cólquida y de que ellos, deslumbrados por la reputación de la que yo gozaba, me siguieran. Así tengo que verlo hoy.

¿Jasón? Ay Jasón. Yo los dejé en su creencia de que era el hombre al que seguiría hasta el fin del mundo, y no puedo reprocharles que consideren nuestra separación como una

grave ofensa personal. Peor aún: como prueba de la inutilidad de nuestra huida. Mientras que yo, pensé sobre el lecho de Lisa, había tocado hoy con mis manos aquella prueba, un esqueleto de niño, escondido de todo el mundo en una caverna. Entonces Lisa me puso la mano en la nuca. Los gestos siguen existiendo, no significan ya lo mismo.

Podemos apaciguarnos. Remediarnos no. No está hecho para eso, madre, comienzo a comprenderlo.

Lo que quise reparar, o volver a reparar, cuando no se me ocurría ya otro remedio que irme con Jasón. Cuando confié, primero a ti, madre, y luego a Lisa, lo que me proponía, las dos me escuchasteis sin decir nada, sin preguntarme las razones, y finalmente Lisa manifestó que se iría conmigo. Sólo años más tarde quise saber de ella lo que había pasado en la Cólquida en aquellos días y noches, porque fue Lisa quien reunió en secreto a aquel pequeño grupo de colquidenses que quisieron acompañarnos. No podía equivocarse con ninguno, tenía que poder confiar en todos, una palabra irreflexiva o reveladora sobre nuestro plan hubiera conducido a una catástrofe. Ella conocía muy bien a nuestros compatriotas, los había observado largo tiempo y sabía quiénes encontraban la situación tan insoportable como yo. No se fueron por mí, no sólo por mí, eso me lo aseguró Lisa a menudo cuando mis colquidenses, decepcionados por los países a los que, yo misma empujada, los había llevado, comenzaron a echarme la culpa de haber perdido a su patria que, en retrospectiva, resplandece para ellos con brillo inalterable. Cómo los comprendo. Cómo me enfurecen a menudo.

Ya las circunstancias de nuestra partida de la Cólquida hicieron circular historias diversas y hasta contradictorias. Lo que es seguro es que fui hasta el lecho de Lisa y la sacudí para despertarla: Lisa, ¿vienes conmigo? Que Lisa se levantó, echó mano a su hatillo, ya anudado, y se deslizó conmigo

fuera del palacio y bajó a la orilla, en donde, con mar tranquila, en una oscuridad casi completa, estaban el *Argo* y las otras dos naves pertenecientes a la flota colquidense, las naves para la huida, a las que los hombres llevaron, por el agua poco profunda, a las mujeres y los niños que vinieron con nosotros. Ya durante la travesía algunos de los hombres comenzaron a exagerar la profundidad del agua, a hablar incluso de una partida sumamente peligrosa, de resaca y mar agitada, de su prudencia y su audacia, a las que había que agradecer que todas las mujeres y niños hubieran llegado a bordo sanos y salvos. Sus leyendas se desbordarán si nuestra situación sigue empeorando, y de nada servirá oponerles los hechos. Si es que existe todavía algo así como los hechos, después de todos estos años. Si es que, vaciados por la nostalgia y la humillación y la decepción y la miseria, no se han convertido en una cáscara delgada y frágil que cualquiera que realmente quiera puede destruir. ¿Quién lo querrá? ¿Presbón?

Presbón, con su egocentrismo indomable, podría ser. Fue el único de los emigrantes a los que Lisa no avisó personalmente, todavía hoy se reprocha haberlo tolerado. Él aprovechó la oportunidad de volver la espalda a la Cólquida y ofrecer en otra parte su talento desbordante para presentarse a sí mismo, por ejemplo aquí, en la resplandeciente Corinto, en donde se ha hecho indispensable en los grandes espectáculos del templo, cuya complicada maquinaria sabe poner en movimiento como nadie y a los que, mediante la inspirada interpretación de grandes papeles, da un realce que el rey Creonte agradece. Ninguno de los colquidenses ha alcanzado honores tan altos como él, Presbón, hijo de una sirvienta y de un oficial de la guardia del palacio de la Cólquida, que al principio, aquí en Corinto, no rehusaba limpiar los desechos de la pradera después de las grandes fiestas. Cómo tenía

que esforzarse para conseguir atención. Cómo padecía con la humillación. Cómo odia a todos los que lo han visto en su vergüenza y se han burlado de las contorsiones que tenía que hacer para subir. Cómo me odia a mí, por no haber sabido apreciar su utilidad. Nada deja de tener consecuencias, madre, en eso tenías razón.

¿Fue Lisa quien te reveló el momento de nuestra huida? Es más probable que lo adivinases por ti misma. Nadie ha observado con más atención que tú los acontecimientos que trajo la aparición de aquellos extranjeros en la Cólquida.

Sin embargo, todo comenzó muy bien. Nuestros colquidenses no se mostraron antipáticos; Jasón, con su piel de pantera y su cuadrilla, un tanto salvaje, de argonautas, que no eran realmente toscos sino sólo un poco torpes, aunque serviciales si llegaba el caso, y curiosos. Y en realidad era halagador que la meta de su peligrosa navegación fuera precisamente nuestra Cólquida, un país como otros en aquella costa del mar Negro. En cualquier caso, no había razón para no tratar debidamente como huéspedes a aquellos marinos que habían arribado a la rada de nuestro río Fasis. Además, Eetes, el rey, mi padre, recibió a Jasón y Telamón inmediatamente después de su llegada, invitando a los cincuenta argonautas para la noche siguiente a un festín en el palacio, para el que una multitud de corderos tuvieron que perder la vida y que terminó en medio de la alegría y la fraternidad.

Naturalmente, muchos pretendieron luego haber presentido ya entonces la desgracia, pero qué podía haber habido de inquietante en una fiesta cuyo estrépito, unido al sonido de los cuernos, brotaba del palacio, porque el vino que obtenemos de las pendientes meridionales de nuestras montañas gustó a nuestros huéspedes.

No. Yo era la única llena de malos presentimientos, porque estaba informada del recelo de mi padre hacia aquellos

huéspedes. La única salvo tú, madre. Para tus malos presentimientos no necesitabas nuevos motivos. Conocías al rey. Yo tenía que enfrentarme con el padre que había en mí: No me traicionarás, hija mía. Yo sabía que Jasón quería el Vellocino. Sabía que el rey no quería dárselo. Por qué no, no se lo pregunté. Tenía que ayudarlo a hacer inofensivo a aquel hombre, a cualquier precio. Vi qué alto ponía él ese precio, demasiado alto para todos nosotros. Y no tuve otra salida que la traición.

¿No tuve otra salida? Cómo pueden llevarse los años las razones de las que estaba tan segura. Cómo repasaba una y otra vez la sucesión de acontecimientos que fijé en mi memoria como muro de protección contra las dudas que ahora, tan tarde, sumergen ese muro. Una palabra les abrió la brecha: inutilidad. Desde que he palpado los huesecillos de ese niño, mis manos recuerdan aquellos otros huesecillos que arrojé al rey que nos perseguía, desde la nave en que yo huía, llorando a gritos, todavía lo recuerdo. Entonces él desistió. Desde entonces me temieron los argonautas. También Jasón, al que veía con otros ojos desde que lo conocía como capitán de barco. Él había recorrido la Cólquida como un ciego, no había entendido nada, se había puesto enteramente en mis manos, pero cuando, con el Vellocino sobre los hombros, entró en su nave, se convirtió en otro. Toda torpeza se desprendió de él, y se irguió, su preocupación por la suerte de su tripulación no tenía nada de poco varonil, su prudente comportamiento al embarcar a los colquidenses me impresionó. Entonces oí por primera vez la palabra fugitivos. Para los argonautas éramos fugitivos, eso me dio una punzada. Entonces me desprendí de muchas sensibilidades.

Pero de eso no se trata ahora. Creo que es la debilidad, madre, es una debilidad momentánea la que hace que hoy me entregue a estos pensamientos. Cuando estabas de pie en la orilla para despedirme, me diste a entender que aprobabas lo

que hacía. Yo no tenía elección. No había mucho que hablar. No seas como yo, me dijiste, y luego me apretaste con una fuerza que hacía tiempo no sentía ya en ti, te volviste y subiste el repecho de la orilla en dirección al palacio, en el que el rey y sus servidores dormían profunda y pesadamente, después de haber bebido el trago de despedida que yo les había preparado y con el que habían brindado al saber la noticia de la partida de Jasón. Él tuvo que permanecer despierto y sobrio para volver a encontrar el camino del bosquecillo de Ares, que yo le había mostrado de día, deslizarse entre los guardias que, de eso me había ocupado, dormían también, y finalmente, con mi ayuda, cometer el acto por el que había venido a la Cólquida, en la margen oriental de su mundo: descolgar del roble del dios de la guerra la piel de carnero que su tío Frixo, muchos años antes, había traído en su huida y que ahora reclamaban los suyos. Una especie de prueba de valor, así lo veía yo entonces, al no haber sido iniciada en la intrincada historia familiar del pobre Jasón. Qué me importaba aquel vellocino, que sólo más tarde, cuando lo hubieron mirado con más atención, fue llamado "Vellocino de Oro" por los hombres del *Argo:* aquella piel, como las pieles de muchos carneros de la Cólquida, se había utilizado para obtener oro, colocándola en la primavera en alguno de los torrentes de montaña que se precipitaban en el valle, a fin de que retuviera el polvo de oro que las aguas arrastraban desde el interior de las montañas. Los argonautas me preguntaron toda clase de detalles sobre ese método, que me parecía totalmente corriente pero que a ellos les producía una viva excitación: en la Cólquida había oro. Por qué no les había hablado antes de ello. Cuánto más soportable hubiera podido resultar su empresa.

Sólo aquí en Corinto los he comprendido. Corinto está obsesionada por el ansia de oro. Puedes imaginarte, madre, que fabrican de oro no sólo los instrumentos del culto y las

joyas, sino también utensilios corrientes, platos, cuencos, jarros, incluso esculturas, y que esos objetos se venden a alto precio alrededor de todo su Mediterráneo, y que incluso están dispuestos a cambiar cereales, bueyes, caballos y armas por oro sin labrar, por simples lingotes. Y lo que más nos extrañaba: miden el valor de un ciudadano de Corinto por la cantidad de oro que posee, y calculan en consonancia los tributos que debe pagar al palacio. Cohortes enteras de funcionarios se ocupan de esos cálculos, Corinto se enorgullece de esos expertos, y Acamante, astrónomo supremo y consejero del rey, al que un día confié mi asombro por la multitud de escribas y calculadores inútiles y arrogantes, me explicó su eminente utilidad para distribuir a los corintios en varias capas sociales, lo que hace gobernable un país. Pero por qué precisamente el oro, le pregunté. Tendrías que saber, me dijo Acamante, que son nuestras ansias o deseos los que dan valor a un material y a otro no. El padre de nuestro rey Creonte era un hombre inteligente. Le bastó una sola prohibición para hacer del oro en Corinto algo codiciado: una ley que dispuso que los corintios cuyos tributos al palacio no alcanzasen cierto nivel no podrían llevar joyas de oro. También tú eres un hombre inteligente, Acamante, dije. Esa clase de inteligencia tuya no se da en la Cólquida. Porque no la necesitáis, dijo, otra vez con aquella sonrisa que al principio me molestaba. Y, sin duda, tenía razón.

Pero me estoy extraviando. Tengo que levantarme de una vez. Si no me engaño, madre, los rayos del sol caen ya verticalmente sobre la higuera, ¿es posible?, ¿habré permanecido toda la mañana echada y dormida? Nunca me había ocurrido. Es por la caverna, no puedo levantarme, alguien tendría que ayudarme, tendrían que venir Lisa, los niños. Ahí, alguien me toca la frente, una voz me dice: Estás enferma, Medea.

¿Eres tú, Lisa?

2

Poderoso es el impulso de los hombres
de permanecer en la memoria
y conquistar un nombre inmortal
para la eternidad.

PLATÓN: *EL BANQUETE*

Jasón

Esa mujer va a ser mi perdición. Como si no lo hubiera presentido. Medea será mi perdición, le dije con franqueza a Acamante. Él, siguiendo su maldita costumbre, no me contradijo, pero tampoco asintió. Siempre esa fina sonrisa, siempre esa mirada llena de sobreentendidos, siempre esa forma de hablar suave, con la que quiere hacerme creer que ya no le sería tan fácil a nadie hacerme daño. Qué quiere decir con eso. Oye crecer la hierba, el señor astrónomo jefe. ¿Quieres burlarte de mí, Acamante?, lo he increpado, y se ha limitado a mover la cabeza con preocupación, esa gran cabeza de mejillas huecas sobre un cuerpo curiosamente retorcido, en el que ninguna articulación armoniza con las demás. Qué esfuerzos hace por parecer imponente, dijo Medea la primera vez que lo vio, desde el principio se estableció entre los dos una relación desafortunada; ella, sencillamente, no quiso ser amable con él. No presagio nada bueno.

Ahora es su enemigo. No sé por qué, se me ha debido de escapar algo, como se me escapan tantas cosas del embrollo de esta casa real, a cuyos usos me resulta difícil someterme. He hecho escala con mi *Argo* en tantos países, tantas ciudades, he mirado tantos rostros humanos distintos. Ahora que mi nave está amarrada y mis compañeros se han dispersado, sólo me queda este lugar, aquí tengo que asentarme, aquí tiene que asentarse Medea también, maldita sea. Como si

eso fuera tan difícil de entender. Debe de haber irritado a Acamante, porque, si no, él no habría resucitado esa vieja historia, además no probada, para pregonarla a los cuatro vientos. De forma que, en el Consejo, me encontré como el último idiota, teniendo que pronunciarme sobre la acusación de que Medea, en otro tiempo, mató a su hermano. Me sentí como si me hubieran golpeado en la cabeza, sólo pude levantar las manos y asegurar que era algo que no se podía discutir siquiera. Entonces me preguntaron si estaba convencido de que los que la acusaban mentían.

¿Adónde había llegado? ¿Hasta dónde había vuelto a enredarme ella? Convencido, convencido. ¿De qué podemos estar convencidos con esas mujeres? Los ancianos movieron la cabeza asintiendo. Al parecer, no era mi cabeza la que estaba en juego, sino la de ella. Y ella es mi mujer.

De qué podemos estar convencidos cuando esas mujeres se ponen de acuerdo para dejarnos buscar a tientas en la oscuridad. Y eso hay que tomarlo al pie de la letra. Era completamente oscuro cuando Medea, llevando su hato de piel, apareció en nuestro atracadero, no llevaba nada más y mecía el hato casi como si fuera un recién nacido. Hasta el último momento dudé de que viniera. Había visto cómo iba ella por la ciudad, con la cabeza muy alta. Cómo la gente se agrupaba a su alrededor para saludarla. Cómo hablaba con ella. Conocía a todo el mundo, la arrastraba una ola de esperanza.

La vi beber de la fuente que había en el patio de su palacio, por cierto un prodigio asombroso: agua, leche, vino y aceite fluían de las cuatro bocas, orientadas exactamente a los cuatro puntos cardinales. Así la vi por primera vez: inclinada sobre la fuente, sacando agua con las manos y bebiendo a grandes tragos. Yo llegaba con Telamón, el de la pelambrera, que quizá no sea el más inteligente, pero sí uno de

los más alegres y equilibrados de mis argonautas, y que me es fiel. Por eso se ha quedado aquí, cerca de mí. Era pleno mediodía, un calor infernal que a nosotros, acostumbrados a los frescos vientos del mar, nos afectaba, y hacía sólo horas que estábamos en este país, hacia el que, desde hacía tantas semanas, se habían orientado nuestros sentidos y nuestros esfuerzos. Cuánto nos había costado abrirnos paso hasta aquí, el confín del mundo, habíamos perdido tantos compañeros, cuántas veces había sido avasalladora la tentación de dar la vuelta, y sólo la vergüenza ante los otros y ante los que, maliciosamente, nos recibirían en nuestra patria nos había hecho aguantar. Y ahora teníamos ante los ojos este país maravilloso de Cólquida, en el que, nos parecía, se decidiría nuestro destino.

Sabido es que a una gran tensión sucede con frecuencia el abatimiento. Así, después del júbilo que había acompañado el momento en que por fin encontramos la embocadura de su río Fasis y del feliz desembarco en su bahía natural, el ambiente cambió bruscamente. De modo que era aquello el país tan añorado. El río, la orilla, el terreno de alrededor, un paisaje de colinas cubiertas de un bosque claro y mezclado nos parecieron muy corrientes, durante el viaje habíamos visto cosas más impresionantes. Desde luego, todo el mundo se guardaba de decir nada, pero yo leía la decepción en los ojos de mis hombres. Y, sin embargo, los que se quedaron en el *Argo* no podían saber lo que nos aguardaba cuando nosotros, Telamón y yo, fuimos a buscar el palacio del rey Eetes, para presentar nuestra petición a aquel rey desconocido.

Desde el instante en que fui el primero en poner el pie en aquella costa oriental y extranjera, mi gloria era segura, y eso me daba fuerzas. Nosotros, que penetrábamos en un país bárbaro, esperábamos costumbres bárbaras y nos habíamos fortalecido interiormente invocando a nuestros dioses.

Pero hasta hoy puedo sentir el escalofrío que sentí cuando atravesamos la maleza de pequeños sauces de la ribera y llegamos a un bosquecillo de árboles plantados regularmente, de los que colgaban los frutos más espantosos. Sacos de piel de vaca, oveja o cabra encerraban un contenido que se desbordaba por las desgarraduras: allí colgaban huesos humanos, momias humanas que se balanceaban en la brisa, un horror para cualquier ser civilizado, que encierra a sus muertos bajo tierra o en tumbas excavadas en la roca. El espanto nos invadió los miembros. Tuvimos que seguir nuestro camino.

Luego, la mujer que vino a nuestro encuentro en el patio emparrado de Eetes era la imagen opuesta de aquellos horribles frutos muertos, y es posible que eso intensificara la impresión que nos hizo. La forma en que, con esa falda roja y blanca de volantes que llevan todas y con su corpiño negro ceñido, inclinada, recogía agua de la fuente haciendo cuenco con las manos y bebía. La forma en que, al enderezarse, nos vio, se sacudió las manos y vino hacia nosotros serena, con pasos rápidos y vigorosos, esbelta pero de silueta expresiva, poniendo así de relieve todos los atractivos de su apariencia, de forma que Telamón, que nunca se domina, silbó entre dientes y me susurró: Ahí tienes algo para ti. No se le había escapado que soy sensible al encanto de las muchachas de piel morena y cabellos negros. Pero aquello, aunque el pobre Telamón no estuviera en condiciones de comprenderlo, era algo distinto. Una atracción nunca sentida en todos mis miembros, una sensación completamente mágica; me ha embrujado, pensé, y efectivamente lo hizo. Y pretende seguir haciéndolo, en eso Acamante tiene razón. En que tengo que cuidar de no dejar que me atrape una y otra vez con sus artes, porque, naturalmente, me contará sobre la muerte de su pobre hermano alguna de sus historias, que tan sumamente plausibles resultan cuando te agarra con su

mirada, pero ahora tengo que armarme para no dejarme atrapar otra vez.

Fue ya curiosa la forma en que nos saludó alzando las manos en gesto de paz, un gesto que sólo corresponde hacer a un rey o a su enviado; la forma en que, con franqueza, nos dijo su nombre, Medea, hija del rey Eetes y suma sacerdotisa de Hécate; la forma en que, como si fuera algo que se le debiera, quiso saber nuestros nombres y deseos, y yo, desprevenido, revelé a aquella mujer lo que sólo debía saber el rey. Y qué extrañamente se comportó mi corazón cuando mi nombre me pareció extranjero en sus labios. Sólo más tarde jugamos con la magia de nuestros nombres, hoy resurgen todas esas cosas antiguas en las que hace tanto tiempo no había pensado. Estábamos echados en el *Argo*. Medea me llamó por mi nombre, como si por primera vez se diera cuenta de mi presencia, me mantuvo a la distancia del brazo y me examinó de una forma que, de haber estado menos embrujado, hubiera encontrado impropia, diciéndome luego seria, casi solemnemente, como si acabase de decidir algo: Te voy a comer el corazón.

Así era, ese comportamiento. Nunca se lo he contado a nadie, no es agradable ponerse en ridículo. Pero aquella noche, bajo aquel cielo estrellado, lo encontré, cómo podría decir, cautivador. Otra de esas palabras: Acamante contraería las comisuras de los labios. Como si él no le hubiera rendido también tributo. También él. No sé hasta dónde llegó la cosa: a preguntas así, a las que sólo yo tengo derecho, ella me responde siempre levantando las cejas, pero no estoy ciego, he interceptado miradas, de él a ella, admiración se podría llamar, o sorpresa, pero en un hombre como Acamante, que no muestra sorpresa por nada, eso quiere decir mucho. Es posible que mis sentidos, aguzados por los celos, sean especialmente sensibles a esas cosas. Por lo demás, la relación

de Acamante con Medea cambió desde que ella alejó el hambre que amenazaba a Corinto después de dos años de gran sequía. No mediante la magia. Eso lo decían los corintios. Ella difundió sus conocimientos sobre plantas silvestres comestibles, que parecen inagotables, y enseñó, no, obligó a los corintios a comer carne de caballo. Y obligó también a hacerlo a sus colquidenses y a nosotros, el puñado de argonautas restantes. Comenzó por mí. En plena época de hambre me preparó una espléndida comida y me la hizo comer mirándola a los ojos; confirmó mis sospechas, miró imperturbable cómo me atragantaba, y me indujo, yo mismo no sé ya cómo, a reconocer ante el pueblo entero que comía caballo. No me alcanzó la venganza de los dioses, el pueblo sacrificó los caballos, sobrevivió y no se lo perdonó a Medea. Desde entonces pasa por mujer perversa, porque, dice Acamante, la gente prefiere considerarse embrujada a creer que, por simple hambre, devoró malas hierbas y tragó entrañas de animales intocables. Medea dice que si se obliga a la gente a tocar lo que cree sagrado, se convierte en tu enemiga. La gente no lo soporta. Por eso me calumnian, dice. Pero siguen sin construir nuevos graneros.

Demasiado complicadas para mí todas esas relaciones difíciles y ocultas. En cualquier caso: Acamante no tomará la defensa de Medea contra la acusación de haber matado a su hermano. Desde esa historia de hambre y caballos, la considera una amenaza para él. Si alguien tiene medios para fomentar una sospecha sin expresarla directamente, es él.

Y ella tampoco te facilita precisamente la tarea. Casi se podría pensar que juega con el peligro. Ya su forma de andar. Provocadora, ésa es la palabra. La mayoría de las colquidenses andan así. La verdad es que me gusta. Pero hay que comprender también a las mujeres de los corintios cuando se quejan: ¿por qué tienen que andar unas extranjeras

refugiadas, en su ciudad, con más arrogancia que ellas mismas? Hubo fricciones, tuve que mediar, Medea me rechazó.

Pero estoy divagando... ¿El Vellocino?, preguntó Medea sorprendida. Cómo que el Vellocino. Estábamos de pie junto a la fuente, nos había ofrecido, a Telamón y a mí, el primer cuenco de vino, y yo había visto por primera vez las chispas de sus ojos de un gris verdoso, un fenómeno único. Puedes volverte adicto. Y ella, cuando nota ese efecto, es capaz de sonreír con su aire superior y bajar los ojos, de liberar al cautivo, y hasta hoy no parece importarle que a más de uno de esos liberados le resulte difícil perdonarle su superioridad. El Vellocino. Entonces tuve que explicar a aquellos ojos por qué había hecho construir una sólida nave de cincuenta remos y alto mástil, la había dotado con los hijos más nobles de mi país y había navegado con ella por nuestro Mediterráneo familiar, había entrado por un estrecho sumamente peligroso en el salvaje y amenazador mar Negro y había llegado allí, a la sombría Cólquida, en donde los muertos colgaban de los árboles, sólo para buscar una simple piel de carnero que, efectivamente, eso lo reconoció ella, hacía años mi tío Frixo, huido, había dejado allí como regalo. Muy bien. Pero qué me impulsaba a pedir la devolución de un regalo. Para mí había sido muy claro, durante todos los días del viaje, para qué necesitábamos de repente con tanta urgencia en Yolco aquella piel; al fin y al cabo poníamos en juego todas nuestras fuerzas, incluso nuestra vida, y ahora, ante aquella mujer, comenzaba a tartamudear y todas aquellas razones nobles e imperativas se reducían al hecho, un tanto lamentable, de que mi sucesión al trono de Yolco estaba vinculada a la posesión del Vellocino. Ella, tratando de averiguar, se esforzaba por comprender. Ah, se trataba de una lucha por el poder entre dos casas reales. Sí. No. No sólo. Telamón, poco hábil, vino en mi ayuda. Pelias, mi tío, que había usurpado el

trono de Yolco, había tenido un sueño. Qué suerte para Pelias, dijo Medea, que puede ser desagradablemente prosaica. Ella creía que mi tío Pelias quería sencillamente alejarme del país con aquella misión peligrosa. No, de ningún modo. Ahora había que hacer comprender a aquella mujer que el Vellocino no era sólo un pretexto sino un objeto sagrado al que no podíamos renunciar. Por qué no, quiso saber. Entonces tuvimos que describirle, con palabras escuetas, el prestigio de un objeto sagrado. Nos esforzamos con empeño hasta que Telamón lo soltó: el Vellocino era un símbolo de fecundidad masculina, a lo que ella observó secamente que entonces la fecundidad masculina no debía de andar muy bien en Yolco. De mala gana pienso en las protestas en que se enredó el pobre Telamón y que ella, por fin, interrumpió con un gesto indiferente de la mano.

Desdeñosamente, nos dijo que, por mucho que significara para nosotros aquel Vellocino, no creía que su padre, el rey, nos lo entregase sin más. Una posesión hasta ahora poco apreciada se vuelve preciosa de pronto cuando otro la codicia, ¿no era cierto? De manera que la seguimos, desconcertados, hasta el palacio de su padre, palacio que, por cierto, era totalmente de madera, artísticamente adornado con tallas, sin duda, pero en nuestro país no se le llamaría palacio. Sin embargo, no dejamos de expresar nuestra admiración, como debe hacer un invitado, aunque yo tuve que calmar el enjambre de pensamientos desagradables que ella había agitado en mi cabeza. Siempre ocurre eso con ella, hasta hoy. Nada puso tanto contra ella al rey Creonte y su entorno como la serenidad con que, recientemente, se enteró de su expulsión del palacio de Corinto; supuestamente, como testimonió el médico de la casa real, porque sus remedios y brebajes habían dañado a la ancianísima madre del rey, aunque eso, de todos modos, no se lo creía nadie. Ahora aducen

ya otros pretextos. Me rompí la cabeza tratando de saber por qué querían deshacerse de ella. Leucón afirmaba que el palacio no soportaba su forma de ser orgullosa y burlona, pero ¿era eso bastante? En cualquier caso, ella recogió sus cosas casi aliviada, no eran muchas, yo andaba por allí, la miraba, no tenía nada que decir, Lisa, en la habitación de al lado, preparaba a los dos niños y luego todos estuvieron ante mí con sus hatillos, tal como en otro tiempo entraron en aquel palacio orgulloso; sentí calor, tragué saliva. Todavía oigo a Medea preguntarme: ¿Vienes con nosotros? No había tenido la idea, y eso era precisamente lo que ella había querido mostrarme con su pregunta. La visitaría a menudo, debí de decirle sin duda, a ella y a los niños, y ella se rió, de un modo que no me pareció despreciativo sino más bien indulgente, hizo que los otros la precedieran y se detuvo muy cerca de mí, me puso una mano en la nuca y dijo: No te preocupes, Jasón. Tenía que ocurrir.

Puedo sentir esa mano siempre que quiero, y lo que ella me dijo me ha servido con frecuencia de consuelo. Pero a quién puedo contárselo. ¿A Telamón? Hace tiempo que para él no hago nada a derechas. No ha tomado mujer, se contenta con amoríos. Y precisamente él tomó a mal que no me trasladara con Medea a ese nido de pájaro adosado al muro del palacio. Despotrica contra mí en las tabernas por donde anda, y se bebe el escaso dinero que le doy, al fin y al cabo es uno de los últimos compañeros de nuestra gran época. Ocurre que, sin citarnos, nos encontremos a la sombra del *Argo*, que fue puesto en dique seco en las proximidades del puerto con grandes celebraciones y al que nadie presta ya atención, lo que quiere decir que nuestras hazañas han sido olvidadas. Una vez descubrí a Telamón llorando. Bebe, y eso lo hace a uno quejumbroso. Acamante tiene razón: los tiempos se vuelven tanto más grandes cuanto más te alejas de ellos, eso es

normal y es absurdo aferrarse a esos grandes tiempos. ¿Medea? ¿Hundirme con ella? Se podría perder la razón.

Sin Medea, la Cólquida habría seguido estando cerrada para nosotros. Ella nos llevó a su padre, el rey Eetes, que nos recibió, tomado de sorpresa. Medea nos presentó a él solemnemente y se fue, aunque él le pidió en tono imperioso que se quedara. Se fue. Él estaba sentado, solo, en la gran sala de madera, ricamente amueblada y adornada con tallas. Un hombre enclenque, que apenas llenaba el sillón del trono; tenía el rostro enjuto y pálido, enmarcado por el cabello negro y rizado, una calamidad de hombre, dijo Telamón cuando estuvimos fuera otra vez, a mí se me ocurrió otra palabra: frágil. Toda su apariencia era frágil, como su voz, con la que nos deseó la bienvenida, mostrándose honrado por unos huéspedes venidos de tan lejos, que sin duda le comunicarían lo que los había llevado hasta él. Yo le expuse mi misión, sin arrogancia pero con firmeza: con su autorización, la de Eetes, tenía que devolver a su lugar de origen aquella piel de cordero que mi tío Frixo había traído a la Cólquida, reforzando así nuestras relaciones amistosas y estableciendo una ruta marítima regular.

Al principio creí que Eetes no me había comprendido. Ah sí, Frixo, dijo riéndose sofocadamente, mientras, con improcedente gesto senil, se tapaba la boca con la mano; luego contó anécdotas pueriles, historias de amores bastante penosas que, al parecer, habían acabado mal regularmente para mi tío. No paraba de hablar, unas muchachas nos trajeron vino y las sabrosas tortas de cebada que todavía hoy hago que me preparen aquí las colquidenses, nadie sabe hacerlo tan bien como Lisa, y luego nos despidió súbitamente, sin haber dicho ni una palabra sobre nuestra demanda, y a la noche siguiente nos volvió a llamar a su presencia, esta vez con una gran escolta, y hubo un recibimiento solemne, como

si no nos conociéramos; era otro rey el que se sentaba dignamente en el trono, en traje de corte, rodeado de los ancianos; junto a mí, en la mesa del banquete, la sombría y taciturna Medea y su hermana Calcíope, con su piel morena, su fuerte pelo rubio y sus ojos de un azul acerado. Las mujeres de los colquidenses pueden trastornarlo a uno, pensé, comenzando a sentirme a gusto, y entonces recibí una ducha fría. Uno de los más ancianos se levantó, pronunció una serie de fórmulas que no comprometían a nada y anunció finalmente la decisión del rey. Me sometería a determinadas pruebas antes de confiarme el Vellocino. Tendría que vencer a los toros que lo vigilaban y dominar a la monstruosa serpiente bajo cuya protección estaba el Vellocino que colgaba de la copa de un roble del bosquecillo de Ares, y que, como habían sabido ya mis hombres, estaba rodeada del prestigio de la invencibilidad.

Sentí que la cólera ascendía en mi interior. ¿Qué significaba aquello? ¿Era una trampa? ¿Debía dejarme arrastrar? Busqué la mirada de mis hombres y vi en todos la perplejidad. Hubiera querido levantarme de un salto, volcar la mesa y marcharme. Pero estábamos desesperadamente en minoría.

La serpiente. Todavía sueño con ella. El monstruo de la Cólquida que, con su monstruosa longitud, se enrosca en torno al tronco del roble, la veo en sueños tal como mis hombres la describen: con tres cabezas, tan gruesa como el tronco y escupiendo fuego, por supuesto. No entro ni salgo, es posible que, en la excitación de la lucha, no me diera cuenta de todo y a los corintios les gusta oír que en el Oriente salvaje también los animales son indomables y terribles, y se estremecen si se les dice que los colquidenses tenían serpientes en sus hogares, como dioses domésticos, y las alimentaban con leche y miel. Si supieran, los valientes corintios, que esos extranjeros tampoco aquí han renunciado a ello y que, en

secreto, siguen teniendo y alimentando serpientes. Pero nunca penetran en las miserables casuchas de los extranjeros que hay al margen de la ciudad, ni en la vivienda de Medea, como hago yo, cuando, una y otra vez, siento el impulso de volver, y desde las cenizas del hogar de Lisa me mira una cabecita de serpiente de ojos de un pardo dorado, hasta que Lisa la ahuyenta con una ligera palmada. Saben amaestrar las serpientes, ésa es la verdad, lo he visto con mis propios ojos. He visto cómo Medea se acurrucaba junto al tronco de aquel roble poderoso, cómo la serpiente descendía hacia ella silbando y cómo Medea, en voz baja, comenzaba a tararear, y a cantar luego, una melodía que calmaba al monstruo, de forma que Medea pudo derramar sobre sus ojos el jugo de ramas de enebro recién cortadas que llevaba en un frasquito, y el dragón, o quizá debiera decir la dragona, se durmió.

Muchas veces tuve que contar cómo trepé al árbol, cómo conseguí agarrar el Vellocino y bajar felizmente con él, y cada vez la historia cambiaba un poco, tal como esperaban de mí los oyentes, para poder tener verdaderamente miedo y, al final, sentirse verdaderamente aliviados. Hasta el punto de que yo mismo no sé con exactitud qué me pasó en el bosquecillo, junto al roble, con aquella serpiente, aunque de todas formas nadie quiere oírlo ya. Se sientan de noche junto a las hogueras y cantan a Jasón, el matador de dragones; a veces paso por su lado, no les interesa, creo que ni siquiera saben que soy ése a quien cantan. Una vez, Medea escuchó esos cantos conmigo. Al final dijo: han hecho de cada uno de nosotros lo que necesitaban. De ti, el héroe y de mí la mujer perversa. De esa forma nos han separado.

Fue un momento triste. Y, si recuerdo esos momentos, no quiero creer que haya matado a su hermano, por qué lo habría hecho. Y una suave voz dentro de mí me dice que ellos mismos no se lo creen, y menos que nadie Acamante, pero

me he vuelto desconfiado hacia mis voces interiores, me han explicado que estaban influidas por Medea y, quién sabe, quizá lo estén aún, ella tiene poder sobre las personas, te adormece. Cuando te ha mirado suficiente tiempo con sus ojos de chispas doradas, bajo el trazo espeso de sus cejas que se juntan, acabas por creer lo que ella te sugiere. El propio Creonte me puso en guardia.

El rey Creonte es para mí como un padre, qué digo, más que un padre. Mi padre, cuando yo era un niño de pecho, me confiaba siempre a otras personas, tal vez porque quería sustraerme a la persecución de mi tío, el usurpador Pelias, y no quiero quejarme de mi infancia; viví, con Quirón como preceptor, en los bosques de las montañas de Tesalia, libremente y, al mismo tiempo, dotado de todos los saberes que un hombre de buena familia necesita, todavía recuerdo cómo impresionaron a Medea mis conocimientos de medicina. De eso hace mucho tiempo. En algún momento, un hombre tiene que decidir lo que quiere y tiene que poder olvidar también lo que no necesita ya y sólo le resulta una carga. Así hablaba mi padre, que quería recuperar su trono, es comprensible. Para mí era un extraño cuando me lo encontré por primera vez, y la mujer que tenía a su lado y me abrazó entre lágrimas, podía ser, o no, mi madre. Lo era sin lugar a dudas. Por cierto, una mujer bastante tosca. Qué graciosa era Idía, la madre de Medea, con la que la comparo. Muy delgada, se sentaba junto al rey, pero no como su sombra. Delgada y firme. Y por lo demás, muy respetada. En realidad, encontrábamos exagerada la consideración de los colquidenses por sus mujeres, como si algo esencial dependiera de su opinión o de su voz. Pude ver cómo Idía no estaba en absoluto de acuerdo con las condiciones que me ponía el rey, le habló con vehemencia y él se arrebujó en su manto real, haciéndose el sordo. Tuvimos que preguntarnos:

¿debíamos renunciar a aquella aventura que, como comprendíamos muy bien, podía resultar peligrosa, o debíamos marcharnos simplemente, dejando donde estaba a aquel tonto Vellocino, una estúpida piel de la que estaba ya harto, y salir del paso en nuestra patria con alguna historia? No tenía ninguna gana de colgar como cadáver de las ramas de algún roble de la Cólquida. Y no parecía haber una solución intermedia.

No comprendíamos las relaciones de la Cólquida, en las que nos movíamos, precisamente en un aspecto delicado, como pudimos notar poco a poco. No conocíamos a las colquidenses. Lo mismo que nosotros, siempre guardaban sus secretos de los extranjeros. Ahora digo nosotros y me refiero a los corintios, de forma que Creonte tiene razón cuando dice: Tú eres uno de los nuestros, Jasón, lo vería un ciego. Y no es rebajar a los colquidenses –traté de explicarle a Medea– hacer constar que son distintos. Entonces ella soltó la carcajada, de esa forma burlona que me ataca cada vez más los nervios, pero tuvo que reconocer que las gentes de la Cólquida se concentran en su barrio de la ciudad, y se aferran a sus costumbres y sólo se casan entre ellas, y por consiguiente ellas mismas se empeñan en ser distintas. Inferiores a ellos, piensan la mayoría de los corintios, incluido el rey Creonte. Por favor, Jasón, al fin y al cabo son salvajes, me dijo él recientemente, poniéndome la mano en el brazo. Salvajes encantadores, lo reconozco, y es muy comprensible que no siempre sepamos resistir sus encantos. Por algún tiempo. Sonrió benignamente. Tengo una sensación extraña. Creo que quiere de mí algo concreto. Medea dice: Trata de ablandarte con golpes suaves, y luego me pasa el dorso de sus manos por las mejillas, ligeramente, como a un muchacho. Como si no contara ya conmigo. Creonte cuenta conmigo. Con qué cuento yo no lo sé, y no veo a nadie a quien poder

preguntar. Y menos que a nadie a mis antiguos compañeros, el puñado que me ha seguido hasta aquí, porque no tienen hogar o porque, como yo, no supieron separarse de alguna muchacha colquidense. Andan por las tabernas del puerto y atacan los nervios a todo el mundo con su autoconmiseración. Yo los evito. Sí, en otros tiempos se sabía para qué estaba uno en el mundo, pero esos tiempos han pasado.

Ahora se los quiere interrogar. O, en cualquier caso, preguntar. Sobre si saben algo del asesinato de Apsirto, el hermano de Medea. Por favor, Acamante, le dije a ese hombre, ¿qué van a decir ellos? Y en secreto pensé, lo que naturalmente sabe también Acamante, que por un jarro de vino dirán todo lo que se quiera que digan. ¿Quieren oír de ellos algo concreto? Eso es absurdo. También te interrogarán a ti, Jasón, me dijo Acamante.

Eso no me gusta, no me gusta nada. ¿Qué sé yo, qué podría decir? A Apsirto lo vi, es cierto, era un muchacho apuesto y valiente, con una nariz estrecha y audaz en su rostro de piel morena, y se sentaba a la mesa a la izquierda, junto a su padre Eetes, que lo acariciaba continuamente, lo que, recuerdo, me repugnaba. Todo el mundo parecía adularlo, un chico mimado, seguro en su nido protegido; los que son como nosotros tuvimos que abrirnos caminó de otro modo, pero aquéllas fueron sólo impresiones pasajeras, es sorprendente que me acuerde siquiera de ellas. Sin duda la desgracia de ese joven ha reforzado mi impresión de él y la vaga sensación de que, a partir de un momento determinado, mi destino estuvo unido al suyo. El vínculo era Medea. Dos días después de nuestra recepción, dos días durante los cuales nadie se ocupó de nosotros, el ambiente en el palacio cambió de pronto. Todos parecían sobrecogidos de espanto y, silenciosos y demudados, recorrían los pasillos, no se podía hablar con nadie; hasta que encontré a Calcíope, que, trastornada,

iba a ver a Medea, con quien quería hablar yo para pedirle consejo. El nombre de ella, habían susurrado los colquidenses a mis hombres, significa la que conoce buenos consejos. Así que tenía que hacer honor a ese nombre. Estaba acurrucada en una habitación oscura y no parecía la misma mujer. Había llorado y ahora estaba inmóvil, rígida, muy pálida. Se apretaba con las manos los brazos, como si tuviera que aferrarse a sí misma. Tras un largo rato me dijo con una voz sin vida: Vienes en un mal momento, Jasón. Y, mucho más tarde, como si se preguntase a sí misma: O en un momento especialmente bueno. No me atreví a hacerle ninguna pregunta. Me volví completamente superfluo cuando Idía, la reina, entró loca de rabia, e inmediatamente se pusieron sus hijas a su lado y la contuvieron, Calcíope me hizo un signo y me fui.

Decían que Apsirto había sido asesinado. Pobre muchacho. Despedazado, decían los rumores. Aquello me conmovió. Marcharme, sólo pensé en marcharme. Hicimos preparativos para la partida. Entonces Medea me hizo saber que quería verme. Aquella misma noche, cerca del *Argo*. Fue allí y me explicó que me ayudaría a conseguir el Vellocino. Sin darme razones. Luego me indicó cada uno de los pasos que debía dar. Cómo, renunciando aparentemente al Vellocino y preparando aparentemente mi partida, debía engañar al rey. Cómo debía ir al palacio para las libaciones de despedida. Cómo se ocuparía ella de que ni los guardianes del palacio ni los del bosquecillo de Ares me molestasen. Por qué no debía temer a la serpiente, de la que yo, entretanto, había escuchado auténticas historias de terror, y así sucesivamente. Cómo se desarrollaría todo, con todo detalle. Y, cuando terminamos y la cabeza me daba vueltas, Medea se levantó y me dijo, tan fríamente como todo lo demás: Con una condición. Que me lleves contigo. Y yo, sorprendido, agitado por sentimientos contradictorios, le dije sencillamente: Sí. Y, después

de haberlo dicho, supe que lo quería y sentí una alegría curiosa y extraña, y me pregunté si Medea esperaba que yo la abrazase o algún otro gesto significativo, pero se limitó a levantar la mano como saludo y se escurrió. Siempre, hasta hoy, hace lo mismo. Lo que para ella es importante lo trata de pasada.

Sólo una vez me explicó seriamente aquellos frutos macabros –teníamos que vernos a menudo, y ella se dio cuenta de cómo me horrorizaba el bosquecillo–; me dijo que, entre los colquidenses, sólo se enterraba a las mujeres; los cadáveres masculinos eran colgados de los árboles, en donde las aves los limpiaban hasta que sólo quedaba el esqueleto, y entonces esos esqueletos, separados por familias, eran depositados en cavernas; un sistema limpio y respetuoso, ¿por qué me molestaba? A mí me molestaba en aquello casi todo, especialmente la idea de que las aves despedazaran y devorasen un cadáver humano como si fuera carroña; el muerto, le dije, tenía que ser enterrado en su tumba o emparedado en su caverna físicamente intacto, para que pudiera emprender su viaje por el inframundo y llegar al más allá. Me respondió que el alma no estaba ya en los muertos: se escapaba incólume y era adorada por los colquidenses en determinados lugares destinados a ello y, para que renaciera en otros cuerpos, la diosa reconstituía los cadáveres despedazados. Eso, dijo, era lo que los colquidenses creían firmemente. Me observaba con atención mientras hablaba. ¿Y no se trataba en definitiva –me preguntó al terminar–, del sentido que se daba a un acto? La idea me resultaba extraña, y estaba seguro, y lo sigo estando hasta hoy, de que sólo hay una forma adecuada de honrar a los muertos, y otras muchas falsas. Por lo demás, no sé por qué me preguntó entonces si entre nosotros, en los países del sol poniente, había sacrificios humanos. Claro que no, dije indignado, ella inclinó la cabeza y me

miró inquisitivamente. ¿No?, dijo. ¿Tampoco en casos límite? Yo dije otra vez que no y ella opinó pensativamente: Ah. Tal vez sea cierto.

Y ahora, después de tanto tiempo, no ha olvidado nuestra conversación, hace un momento pasó a mi lado y me preguntó: Nada de sacrificios humanos, ¿lo sigues creyendo? Pobre. Y, apenas se había perdido de vista, entró precipitadamente Turón, ese hombre repulsivo y presuroso que Acamante ha traído a su lado, y quiso saber lo que Medea me había dicho. ¿Pero qué ocurre? Esa niebla en que me dejan avanzar a tientas acabará por hacerme desear no haber conocido a Medea o, al menos, haberlos dejado a ella y los suyos en la Cólquida. Sí. Aunque el pensamiento me asuste. Y, sin embargo, sé que, sin ella, ninguno de nosotros hubiera podido salir de la Cólquida.

Ahora me acomete otra vez esa imagen que durante todos estos años he mantenido bajo la superficie. La imagen más cruel e irresistible que tengo de ella. Medea como sacerdotisa ante el altar de una antiquísima diosa de su pueblo, envuelta en una piel de toro y tocada con un gorro frigio hecho de testículos de toro, insignia de la sacerdotisa con derecho a sacrificar. Y Medea lo hizo. Ante el altar blandió el cuchillo sobre el ternero engalanado y le seccionó la carótida, de forma que él cayó de rodillas, desangrándose. Las mujeres recogieron la sangre y la bebieron, Medea la primera, y yo me horroricé al verla, sin poder apartar la vista, y estoy seguro de que ella quería que la viera así, terrible y hermosa; la deseé como nunca había deseado antes a una mujer, no sabía que existiera ese deseo que te desgarra, y huí cuando las mujeres, en su embriaguez de sangre, comenzaron a dar con los pies en el suelo y a bailar horriblemente, y supe que no podría marcharme ya sin aquella mujer. Tenía que ser mía.

Hice todo lo que ella me ordenó. Para vencer a los toros, me dejé poner aquel gorro espantoso, del que me dijo que tenía poder mágico y que me haría invisible, me dejé llevar por la música salvaje de su tambor, que se metía en mis miembros y me enfurecía, no me reconocía ya a mí mismo, me metí entre los toros y los degollé, estaba fuera de mí y quería estarlo. Engañé al rey, bebiendo con él como despedida, antes de que él y sus guardianes se hundieran en el sueño. Me hice frotar de la cabeza a los pies con un ungüento de ella, que era al parecer una protección contra el veneno de la serpiente. Hubiera creído todo lo que ella me decía. Lo que me pasó entonces no lo sé. Fue horrible, eso lo sé con seguridad. La conciencia me abandonó.

Cuando me desperté, me sentía miserable y mortalmente enfermo, y ella, Medea, estaba acurrucada a mi lado, era de noche, nos rodeaba el bosque, y ella revolvía en un caldero, colocado sobre un trípode sobre el fuego; la luz parpadearte la hacía aparecer muy vieja. Yo no podía hablar. Había estado en las fauces de la muerte, me había rozado su aliento, una parte de mí estaba aún en ese otro mundo, al que, con razón, tememos. Sin ella, sin Medea, habría perecido. Debí de balbucear algo así como: Sácame de aquí, Medea, y ella dijo sólo: Sí, sí. Metió un cucharón en la cocción que había preparado y me hizo beber. Aquello tenía un sabor repulsivo y se deslizó ardientemente por mis venas. Medea me puso la mano en el pecho largo rato, provocando un torbellino en mí que me devolvió la vida. Era lo más maravilloso que había vivido nunca, no debía acabar nunca. En algún momento murmuré: Eres una hechicera, Medea, y ella, sin asombrarse, me dijo sencillamente: Sí. Me levanté del lecho rejuvenecido y vigoroso. No tenía idea del tiempo que había pasado. Desde aquel momento comprendí el respeto y prestigio del que disfrutaba Medea entre nuestros colquidenses.

Y comprendo también a Acamante y a las gentes de Corinto que quieren deshacerse de ella. ¿Deshacerse? ¿Por qué se me ocurre esa palabra funesta?, es absurdo, tengo que olvidarla. Hace un momento, cuando Acamante me miraba con su sutil capacidad de observación, mientras yo me debatía de un lado a otro, entre mi devoción a Medea y mi deber, incluso deseo, de estar al servicio del rey Creonte, y cuando él me dio el innoble consejo de que, para calmarme, me fuera con mis argonautas a las tabernas o a ver a alguna de esas putas, casi me lancé a su cuello de rabia, en plena plaza del mercado de Corinto. ¿Y él? ¿Qué dijo él? Está bien, dijo sin inmutarse. Desfógate, Jasón. Di media vuelta y lo dejé allí. Hay algo que va mal, muy mal, y yo no puedo impedirlo.

Si ella no fuera tan orgullosa. Al fin y al cabo, ella era la refugiada, y dependía de mí. Y cuando fracasó mi plan de devolver a mi padre, con ayuda del Vellocino de Oro, la dignidad real en mi patria Yolco; cuando yo también tuve que huir, todos dependimos de la gracia del rey Creonte.

Tuve que decírselo a ella una y otra vez. ¿Y ella? No me fui de la Cólquida para doblegarme aquí, ésas son las cosas que dice, y no se recoge la rebelde cabellera como hacen las mujeres de Corinto después de casarse, e incluso dice: ¿Por qué? ¿No me encuentras así más bella? Desvergonzada. Sabe muy bien lo que encuentro bello y a quién encuentro la más bella. Y recorre las calles como una tormenta y grita cuando está furiosa, y se ríe a carcajadas cuando está contenta. Ahora me doy cuenta de que hace tiempo que no la oigo reír. Pero en una cosa insistía: en ir por la ciudad con su cofrecillo de madera y una cinta blanca en la frente, a fin de mostrar que iba a algún lado como curandera y no quería ser molestada en su recogimiento, y todo el mundo la respetaba y las familias a cuyos enfermos socorría cantaban sus alabanzas.

Se puso de moda en Corinto acudir a ella y no a los astrólogos o los médicos de la escuela de Acamante. La desventurada se volvió tan arrogante que, ante un dignatario del rey a cuyo hijo había librado de dolores de cabeza insoportables, llamó lapidariamente a la medicina de esas personas venerables "magia putrefacta"..., algo que ese mundo comunicó debidamente al palacio. Entonces tuvimos nuestra primera disputa violenta. ¡Ten cuidado con lo que dices!, le grité, y ella, con su calma irritante, me respondió que eso era precisamente lo que había querido recomendarme; yo le dije: Ellos son más fuertes que tú, y ella: Eso lo veremos. Oye, añadió aún, tú mismo sabías hacerlo antes mejor. ¿Qué te enseñó Quirón? ¿Esos pases ridículos con que engañar a la gente? Es curioso. Lo que Quirón me enseñó, la medicina buena que Medea practica, había empezado a olvidarlo. Aquí no me sirve de nada. Aquí tengo que estar bien informado de lo que pasa en el palacio, para nosotros es de importancia vital, pero ella no quiere comprenderlo.

Naturalmente, eran más fuertes que ella. Tuvo que abandonar nuestra vivienda común en un ala secundaria del palacio. Me explicaron que aquello no iba contra mí. Pero era evidente que había que alejar de la familia real a alguien que, posiblemente, tenía una irradiación nociva. Si se mostraban hipócritas y mentían, aduciendo falsas razones, sólo para conseguir que saliera del palacio, tenía que ser importante para ellos. Naturalmente, ella esperaba que yo la defendiese. O que me fuera con ella. Sin embargo, ¿cómo se puede defender a alguien de acusaciones que son sólo un pretexto? Y si me hubiera ido con ella, nuestra situación sólo habría empeorado.

Se fue. Le dieron como escolta a dos hombres de Acamante, que debían evitar que maldijera el palacio. Cuando le pedí a Acamante explicaciones, soltó una carcajada

estruendosa. Qué espíritus más ingenuos, exclamó, sumamente divertido. Como si alguien como Medea no pudiera maldecir lo que quisiera y a quien quisiera, sin pronunciar palabra y a pesar de los guardianes.

Al principio, yo visitaba a Medea regularmente. Desde luego, las cosas no eran ya iguales entre nosotros, pero eso es normal, lo veo por todas partes. Creonte me acercó más a él, me confiaron todos los deberes y servicios imaginables, algunas de ellos prestigiosos, que exaltaban mi persona. El Vellocino se encuentra, con otras muchas ofrendas, ante el altar de Zeus y se está pudriendo. Mis perspectivas en Corinto no son malas, sobre eso tengo algunas ideas. Acamante me hizo una insinuación. Todo podría ir muy bien si no hubieran desenterrado ese viejo asunto. Dicen que Medea mató a su hermano. ¿Y si así fuera? A quién perjudica eso ahora. Sin embargo, parece beneficiar a muchos, a demasiados, no puedo desconocerlo.

¿Qué debo hacer? Sólo ella, Medea, podría aconsejarme. Una idea demencial.

3

Creonte: Y si las mujeres no son hábiles para
el Bien, son, sin embargo, maestras en el Mal.

EURÍPIDES: *MEDEA*

Agameda

Lo he conseguido. La he visto palidecer. Las palabras apropiadas me vinieron inesperadamente, pero mi odio había trabajado en ellas tanto tiempo que estaban dispuestas en el momento oportuno. Medea palideció. La vi levantar las manos como si quisiera suplicarme. Naturalmente, no lo hizo, sino que trató de dominarse. Habría conseguido una carcajada de desprecio. ¿O quizá no? ¿La habría humillado más aún con mi generosidad?

A veces pende de un hilo el desarrollo de los acontecimientos. Como entonces, hace mucho tiempo, cuando me reveló, sí, reveló, lo quiera recordar ella ahora o no, las lagunas de memoria que se permite. O recientemente, cuando cayó enferma. Como si hubiera presentido la fatalidad que se acercaba. Me hubiera gustado ser la primera en anunciárselo. Con gusto, con demasiado gusto habría visto cómo recibía la noticia y me habría deleitado con su terror. Me enfurecí al darme cuenta de cuánta fiebre tenía. De cómo, gracias a su enfermedad, se escabullía sencillamente. En el mismo instante, comprendí que ella necesitaba ayuda: Medea, la gran curandera, estaba allí, confusa y desamparada, me dio un salto el corazón, finalmente se iba a realizar mi deseo más íntimo, el que determinó mi infancia, yo, yo la socorrería, permanecería junto a su lecho, la serviría, me haría indispensable, y finalmente recogería lo que seguía ansiando

tan cruelmente, su gratitud. Su amor. Me despreciaba a mí misma por ello, pero había llegado el momento que había dominado mis sueños de día y de noche. Ella me necesitaba. Yo la salvaría. Un agradecimiento eterno la uniría a mí, viviría en su atmósfera como preferida a todas las demás. Allí estaba otra vez, esa ofuscación que me acomete, me acometía, en la proximidad de Medea, por última vez, ahora estoy protegida de ella. Protegida de sus malditas artes y de su tristemente famosa irradiación, eso le lancé a Lisa, que irrumpió y me apartó del lecho de Medea con gestos de repulsión que no le perdonaré, como si hubiera sido yo la que hubiera provocado aquella enfermedad en Medea.

Yo. Agameda. Que en otro tiempo fui su discípula más dotada, ella misma me lo dijo. Serás una gran curandera, Agameda. Sin embargo, como siempre, moderó mi alegría desbordante: cuando aprendas a dominarte. No soy yo quien cura, dijo, ni tú tampoco, Agameda, hay algo que cura con nuestra ayuda. Lo que podemos hacer es cuidar de que ese algo pueda desarrollarse libremente, en nosotras y en el enfermo. Bueno. Viéndola y oyéndola aprendí la mayoría de sus prácticas, la composición y la forma de preparar las diferentes cocciones, los efectos de las plantas y muchos de sus conjuros. Me convertí en curandera. No pocas personas prefieren venir a mí en lugar de a ella, que las intimida. Precisamente las familias corintias distinguidas me llamaron desde el principio a sus casas bien amuebladas, y les gustaba que yo las admirase de todo corazón y les hablase de las viviendas primitivas en que vivía la mayor parte de la población de la Cólquida. No podían creer que hasta el palacio real fuera de madera, y me compadecían y pagaban tanto mejor cuanto más me compadecían y mejor podían apreciar su propia forma de vivir; me di cuenta rápidamente, y tuve rápidamente los vestidos que deseaba, y los alimentos, a los

que me acostumbré lo mismo que a los vinos dulces y pesados que se beben aquí. Presbón, que desde hace ya tiempo cosecha triunfos con las fiestas que organiza para los corintios, me recomendó a sus amigos. Y ahora que la estrella de Medea declina y yo estoy de moda en el palacio, como dice Presbón, ahora me encuentro a veces en el bolso, cuando vuelvo de ver a un enfermo, alguna joya. Un anillo, un collar. Todavía no los llevo, Presbón me lo ha desaconsejado. No hay que provocar la envidia de los otros. Él, Presbón, no me envidia, no soy rival para él, sólo puede favorecerlo no ser el único colquidense que recibe honores en Corinto. Antes no me miraba, yo no era de la clase de mujeres que lo atraen, tienen que ser bellas y ciegamente devotas suyas, y ninguna de esas dos cosas soy yo, lo sé. Pero ahora, me parece, me mira con una especie de asombro que puede sustituir al deseo. Que puede transformarse en deseo. Si algo sé de la singularidad del deseo masculino es eso, y no me canso de comprobarlo.

Naturalmente, esa Lisa echaba espumarajos, nos llamó abyectos a Presbón y a mí, y sólo faltó que nos calificara francamente de traidores, como hacen sin duda entre ellos esos colquidenses envejecidos cuando se reúnen. Cuando, en la plaza de su barrio, en el que se han construido una pequeña Cólquida que protegen de todo cambio, juntan las cabezas y, con las historias que susurran, hacen surgir una Cólquida maravillosa, que no ha existido en esta tierra nunca ni en ninguna parte. Sería para reírse si no fuera tan triste, le grité a Lisa. Sólo ves lo que quieres ver, me respondió, sólo a esos ancianos fosilizados que, de puro pesar y nostalgia, y por la indignación que sienten a causa del trato que reciben de los corintios, se han fabricado un mundo de sueños. Sin embargo, yo me había facilitado siempre las cosas, se atrevió a decirme aquella mujer, siempre había fabricado

una imagen de los otros y, especialmente, de mí misma, en función de mis necesidades y de lo que podía soportar. Me puse fuera de mí. ¿Yo?, le grité. ¿Yo? ¿Y vuestra infalible Medea, que sólo se rodea de admiradores? ¿Que no deja que nadie más se le acerque? Entonces Lisa enmudeció. Estás loca, dijo. Y además te crees lo que dices. Realmente, quieres aniquilarla.

Sí. Eso quiero. El día en que suceda será el más feliz de mi vida.

Lisa la vaca, así la llama Presbón. Hecha para dar de mamar, primero a su propia hija Arinna, y luego además a los dos hijos de Medea, lo que pudo hacer, contribuyendo así a que esa mujer pareciera salirle todo bien. De forma que estaba allí como en una fortaleza de felicidad. Paseaba su rebelde cabellera por la ciudad como un estandarte. Pero esos tiempos han pasado. Ahora se ata un pañuelo al pelo cuando, bastante raramente, va al palacio. Jasón reniega en público de ella y va a visitarla en secreto. Oh sí, lo sé muy bien. Yo estaba ante Lisa y me burlé. Dije que Medea no necesitaba a nadie para ser aniquilada, de eso se ocupaba ella misma y, por cierto, muy a fondo. Entonces ella me agarró por el hombro y me sacudió, ella, eso tenía que decírselo a Presbón, no ponía en absoluto ojos de vaca cuando se enfurecía. Que dejara de hacer alusiones veladas, me gritó. Justo a tiempo me pasó por la cabeza la idea de que debía detenerme. Me solté de la mano de Lisa y me fui.

Todo estaba decidido. Yo estaba dispuesta. Presbón me esperaba. Teníamos que ir a ver a Acamante. Nuestros sueños debían realizarse.

Si nos habíamos imaginado que seríamos bien recibidos por Acamante, nos equivocamos de medio a medio. Acamante nos hizo esperar. Nos dijeron que estaba ocupado. Yo, fácilmente ofendida, quise marcharme, pero Presbón

me retuvo con firmeza. Estábamos obligados, dijo, a hacer saber a nuestros huéspedes algo que ponía en peligro a su comunidad. Presbón es alguien que tiene el don de mentirse a sí mismo. Sólo conoce los motivos más nobles para todo lo que hace o deja de hacer. Y sólo poco a poco me di cuenta de lo que lo empujaba a entregar a Medea a sus enemigos. Presbón no sólo quiere que lo quieran, como todos nosotros. Sólo puede sentirse él mismo cuando lo admira una gran multitud, para la que prepara fiestas, da igual que crea o no en sus dioses. Se obliga a creer en ellos. Medea, piensa, lo desprecia por ello. En realidad la cosa es peor: Él le resulta indiferente. Eso debe de ser una espina insoportable en su carne, y yo le puse en la mano el instrumento para arrancar esa espina de una vez para siempre.

Acamante nos recibió con esa distancia, difícil de describir, que los corintios han puesto entre ellos y los colquidenses y que, por muy cerca de ellos que alguno o alguna de nosotros crea estar, nunca puede salvarse. Nacen con la inconmovible convicción de ser superiores a esas gentes pequeñas y de piel morena que viven en las aldeas que rodean su ciudad y entre los que corre la leyenda de que son los habitantes primitivos, fueron los primeros en colonizar las costas de este mar y los primeros que pescaron peces y plantaron olivos. Es evidente que nos hicieron venir a nosotros, los colquidenses, que quisieron acogernos como iguales en sus asentamientos, y que ofrecieron a nuestros hombres sus hijas, y a nuestras muchachas sus hijos. Hubieran querido incorporarnos a la masa informe y sin historia de esta mezcla de tribus y de pueblos, y lo cierto es que hay colquidenses que, agotados después de mucho vagar, sin fuerzas para resistir, se arrojaron en brazos de esos pueblos inferiores, se confundieron con ellos y, de esa forma, dejaron de ser colquidenses. También a mí me parece estúpido aferrarse a

una imagen de sí mismo insostenible, pero ¿por qué no esforzarse por llegar a una forma de existencia superior? No quiero ser nadie. Con ese objetivo a la vista, me encontré por fin delante de Acamante.

Acamante fue cortés, a su estilo impersonal. No dedicó ni una palabra a la larga espera, pero se inclinó ceremoniosamente y luego, a solicitud de Presbón, hizo salir de la habitación hasta a Turón, su joven y hábil ayudante. Él pasó rozándome y me guiñó un ojo. Nos conocemos muy bien, Turón es uno de los jóvenes de Corinto a los que no me niego, porque ganarán influencia y podrán serme útiles un día. En Corinto, a diferencia de la Cólquida, lo correcto es que el hombre hable en primer lugar, e incluso, costumbre ridícula, que hable en nombre de la mujer. De forma que Presbón fue el primero en tomar la palabra, manteniéndose, como se había acostumbrado a hacer, exactamente entre la arrogancia y la sumisión. Hizo saber a Acamante que yo, Agameda, tenía que comunicarle algo importante para él. Acamante me miró. A aquel hombre no le gustaba. Dijo: Habla. Yo dije que el asunto se refería a Medea. Acamante me interrumpió bruscamente: Los inmigrantes no eran de su competencia. Me juré que aprendería a respetarme. Le dije con frialdad que, naturalmente, él tenía que decidir si quería oír una información sobre cuya importancia para Corinto no podíamos juzgar. Entonces me miró a los ojos con más atención, sorprendido, según me pareció, y repitió imperiosamente: Habla. Le dije lo que había visto: Medea había espiado a la reina Mérope después del banquete del rey.

Al hombre no le gustó aquello. ¿Espiado?, preguntó enarcando las cejas. ¿Cómo es posible, querida? Ante su mirada desvergonzada, mis miembros se hicieron más groseros, mi gran nariz, que en lo posible nunca muestro de perfil, mis manos y pies enormes, que ya de muchacha trataba de

esconder. Sólo Medea, a la que, para mi vergüenza, abrí mi corazón durante algún tiempo, trató de convencerme de que tenía cosas bellas: mis cejas bien formadas, mi espesa cabellera, mis pechos. Pero mi cabello es demasiado lacio, mis pechos son flácidos, eso lo ve cualquiera, y también Acamante lo veía, maldije a Presbón por haberme arrastrado hasta allí. Acamante me despreciaba. Para mí no era una experiencia nueva. También mis buenos colquidenses me desprecian desde que me muestro cada vez menos en su pequeña colonia y me dejo ver cada vez con más frecuencia en compañía de corintios influyentes, y más aún cuando les solté que por qué tenía que guardar el recuerdo de una Cólquida a la que hacía ya tiempo encontraba insoportable. Sin embargo, en otro tiempo lo supiste disimular maravillosamente, me dijo Lisa una vez. Aunque así fuera. No me importa, porque los corintios agradecen mi franqueza. Yo había adivinado muy rápidamente cuánto necesitaban creer que vivían en el país más perfecto bajo el sol. ¿Qué me costaba confirmárselo?

Acamante, sin embargo, tendría que pagar por haberme hecho sentir su desprecio. Yo también quiero intervenir en los destinos y para ello estoy tan dotada como él, y ningún otro placer supera al que brota en mí cuando he sugerido a alguien mis pensamientos e intenciones de forma que los sienta como suyos.

Fue una suerte que lo que tenía que contar a Acamante correspondiera a la verdad. Casualmente –era la única palabra de mi relato que no era cierta–, casualmente, al estar durante el banquete del rey de pie junto a la salida, siguiendo mis instrucciones como cuidadora de Glauce, la hija del rey, vi salir de la sala a la reina Mérope. Y entonces observé cómo Medea la seguía, casi pisándole los talones. Y cómo primero la reina y luego Medea desaparecieron tras una piel colgada del muro de un corredor lateral, sin que volvieran a

aparecer en mucho tiempo, al menos en el tiempo que consideré oportuno aguardar. De forma que, preocupada, casi hubiera dado la alarma si no me hubiera reclamado por completo un desvanecimiento de Glauce. Pero eso él lo sabía ya. Desvanecimiento, ésa es la palabra en que han convenido los médicos y el rey para cuando su hija, delgada y pálida, comienza otra vez a temblar, se tira al suelo, en donde su cuerpo se retuerce de una forma horrible, mientras revuelve los ojos de manera que sólo se ve lo blanco, y aparece espuma en sus labios distorsionados. Todas las personas que había en la sala presenciaron aquel incidente penoso, también Acamante, también Presbón, una de sus pomposas representaciones de glorificación de la familia real tuvo así un final prematuro y desagradable. Yo, sin embargo, tuve que rociar de agua a la infortunada, sostenerle la cabeza, que movía furiosamente de un lado a otro y, finalmente, ir junto a las parihuelas con que la llevaron a sus aposentos, en donde traté de hacerla volver en sí con compresas de hierbas y algunos pases, poniendo enorme cuidado en dejar la precedencia a los médicos del rey, por lo demás desconcertados, y de no mencionar luego mi participación en el restablecimiento de la pobre Glauce.

Sólo por la dureza e insistencia del interrogatorio al que me sometió Acamante comprendí lo seriamente que había tomado la información que le había proporcionado. Comprendí el peligro en que se había puesto Medea. Eso me gustó, pero de ningún modo debía arrastrarme ella a ese peligro. Necesité toda mi fuerza de persuasión para hacer creer a Acamante que no había seguido en absoluto a las dos mujeres y no tenía la menor idea de lo que se ocultaba tras la piel del corredor lateral. Espero por tu bien que sea verdad, me dijo secamente, pero me di cuenta de que me creía. Sólo más tarde me hizo pensar Presbón que el que me creyera o

no carecía de importancia con Acamante, si decidía arrastrarme en la desgracia de Medea; porque eso me había resultado también evidente por sus preguntas: se trataba de un asunto de vida o muerte. La carga que habíamos echado sobre Medea era mayor de lo que habíamos creído. ¿Hubiera ido a ver a Acamante –me pregunté– si lo hubiera sabido?, y la respuesta me pareció muy clara: Sí. Incluso entonces. E incluso aunque esa carga me aplastase también.

Pero no sucederá. Lo evitará el propio Acamante. Me necesita y no sólo en el sentido evidente que se me ocurrió: naturalmente, me necesitaba para el testimonio que nadie podía prestar de forma más creíble que yo. Me dejaría jugar al juego para el que tan dotada estoy. Me necesitaba para la red en que Medea se había enredado, antes aún de que se diera cuenta. Para eso estaba yo al servicio de Acamante, haciéndome indispensable. Pero más importante era, eso lo comprendí enseguida, otra influencia que yo tenía sobre él y a la que él se abandonó hasta no poder prescindir de ella. Medea, en su obcecación, apuesta por los puntos fuertes de las personas, yo apuesto por los débiles. Por eso halagaba aquellos apetitos de su cuerpo un poco demasiado pequeño, un poco demasiado insignificante y de su cabeza, un poco demasiado redonda, con aquellos ojos ligeramente saltones, apetitos que él mismo no quería reconocer y de los que luego, como todo hombre que se ha refrenado demasiado tiempo, acabaría dependiendo. No me refiero al amor en sus muchas variantes, a las que Acamante era inmune. Me refiero al ansia de ser malo sin escrúpulos, que, por supuesto, se manifiesta a veces en los juegos del amor.

No en el caso de Acamante. Es un hombre curiosamente compuesto de partes desiguales. Vive escondido en construcciones mentales cuidadosamente levantadas que él toma por la realidad, pero que no tienen otra finalidad que soportar la

conciencia, ligeramente vacilante, que tiene de sí mismo. No soporta la contradicción, y derrama altaneramente sarcasmos escondidos o abiertos sobre las inteligencias inferiores, es decir, sobre todo el mundo, porque tiene que ser superior a todos. Recuerdo el instante en que me resultó evidente que conoce poco a los hombres y se ve obligado a vivir en un andamio de principios que nadie puede poner en duda, porque de otro modo se siente amenazado de una forma insoportable. Uno de esos principios es su idea fija de que es un hombre justo. Apenas podía creer que hablase en serio, pero cuando comenzó a aducir todo lo que hablaba a favor de Medea, comprendí que acogería con agrado que le facilitaran pruebas contra ella. Que no soportaba los aires que ella se daba. Que estaba harto de tener que responder a su infalibilidad con la misma infalibilidad, para no sentirse inferior en su presencia. Ay, he estudiado a fondo todos los efectos que esa mujer produce.

Si me equivocaba, podría perderlo todo, pero me fié de mi instinto e interrumpí a Acamante cuando comenzó a elogiar las cualidades de Medea, preguntándole si creía realmente lo que estaba diciendo. A Presbón le faltó el aliento, como me confesó más adelante. Nadie se había permitido semejante insolencia con Acamante, desde que era el consejero más íntimo del rey.

Acamante se interrumpió en mitad de una frase, vi centellear la sorpresa en sus ojos y un interés con el que, por supuesto, yo había contado. Quiso saber qué quería decir. Entonces le dije que cuando alguien se hacía pasar por tan perfecta e irreprochable como Medea, debía de haber algo podrido en alguna parte. Debía de tener algo que ocultar. Al dar mala conciencia a los otros, quería evitar que nadie mirase tras los hermosos velos de que ella se rodeaba. Él, Acamante, lo sabía muy bien.

Acamante guardó silencio. Luego dijo a Presbón: Me has traído a una niña lista. Casi un poco demasiado lista, ¿no crees? El asunto está todavía en el aire. Entonces utilicé un medio que, lo he ensayado una y otra vez, funciona con todos los hombres; lo elogié de una forma descarada. Yo no era más inteligente que otros, dije, y desde luego no tan inteligente como él. Sin embargo, a veces tenía la suerte de poder mostrar a alguien que me importaba su propia inteligencia.

Desde entonces, Presbón me admira sin reservas. Creo que, luego, no se atrevió a dormir conmigo en mucho tiempo, porque se sentía inferior a mí. Y, naturalmente, porque no quería meterse en el terreno de Acamante. Porque ha ocurrido que, a veces, cuando hemos hablado de determinados proyectos, he pasado la noche con él. Bueno. Probablemente un hombre no puede brillar en todos los terrenos, y tampoco me desvivo por ello. Me resulta fácil darle la impresión de que es un amante insuperable. Ningún otro podría darme un placer mayor que el de estar en el lecho del hombre más poderoso e inteligente de la ciudad.

Así están las cosas, y lo mejor es que nadie puede estar seguro de que lo seguirán estando. Todo está en el aire, y eso es lo que más me divierte, cada día supone sumergirse en otras aguas, cada día me exige el máximo. Porque, naturalmente, Acamante sigue en guardia hacia mí, y naturalmente yo estoy en guardia hacia él, ya que la parte de su alma que él prefiere sigue dependiendo de Medea, y que, por consiguiente, trabaja con una mano, la que es del rey, contra Medea, y con la otra, la que se lleva al pecho cuando se inclina ante ella, trata de reparar la desgracia que le causa. Es posible que en ello haya también cálculo; el ser humano es así y, en definitiva, él ha conseguido que ella confiara en él durante mucho tiempo. Por lo demás, en el fondo de la relación difícil de comprender de Acamante con Medea percibo

algo que no es fácil de definir. Porque, si hablo de mala conciencia, no es exacto, y sin embargo he encontrado algo, no sólo en Acamante sino también en otros corintios, que los une entre sí más aún que a su familia real, sin que ellos lo sospechen. De una forma subterránea, no demostrable, la sabiduría de sus antepasados parece pasar a esos descendientes tardíos, la conciencia de haber conquistado con violencia brutal este territorio de los autóctonos, a los que desprecian. Nunca he oído a nadie hablar de ello en Corinto, pero por una observación casual de Acamante, una noche, me resultó súbitamente evidente lo que Medea hace por él, sin darse cuenta: le permite demostrarse a sí mismo que puede ser justo, libre de prejuicios e incluso amistoso con una bárbara. De forma absurda, esas cualidades están de moda en la corte, a diferencia del pueblo llano, que manifiesta sin remordimientos ni limitaciones su odio a los bárbaros. La tarea de inducir a Acamante a trabajar sin reservas contra Medea me espolea.

De la forma más altanera de que es capaz, en nuestro primer encuentro nos dijo claramente que debíamos esperar castigos severos si no refrenábamos nuestra curiosidad y tratábamos de averiguar qué se ocultaba tras aquella piel detrás de la cual había visto desaparecer a Mérope y luego a Medea. Prestamos de buena voluntad ese juramento sagrado y, como no estoy cansada de vivir, he mantenido mi promesa hasta ahora y la mantendré siempre. En secreto, los tres confiábamos en que Medea no actuaría con inteligencia, como en efecto ha ocurrido. Ha andado fisgando, sin duda con precaución, pero quien buscara pruebas podría encontrarlas. Sin embargo, el secreto que ella persigue parece ser tan horrible que no se puede utilizar públicamente esas pruebas contra ella. Acamante nos describió la situación con frases complicadas. Comprendimos rápidamente, y fue

Presbón quien tuvo primero la idea, que había que sustituir el delito del que no se la podía inculpar por otro que se pudiera utilizar públicamente contra ella y que llevara también al resultado deseado. No dijimos ni una sílaba sobre cuál era ese resultado deseado. Jugábamos con nuestros planes cada vez más refinados en un espacio irreal, como si nuestro juego no afectase a nadie. Es un método muy útil cuando se quiere pensar libremente y, a la vez, de forma eficaz. Por lo demás, es una forma de pensar que en la Cólquida no conocíamos, al parecer sólo propia de hombres, pero sé que estoy dotada para ella. Aunque la ejercite en secreto.

Acamante no nos confió ninguna misión, quería dejarse libre la retirada. Quería observar todavía un poco a Medea. Quería ver si no volvería a entrar en razón por sí misma, pero yo estaba segura de que ella no dejaría de informarse discretamente, aquí o allá, sobre aquel corredor por el que había seguido a la reina; entretanto, yo sabía también eso, aunque no hubiera debido saberlo. Podía confiar en la presunción de Medea de que era intocable. Se movía como envuelta en una piel protectora. Yo, en cambio, estuve desde mi más tierna infancia sin protección, expuesta a todas las heridas. Y eso ni siquiera podía imaginárselo Medea, la hija del rey, Medea, la sacerdotisa de Hécate. Sí, a los diez años, cuando murió mi madre, me recogieron entre las sirvientas del templo y pude aprender con Medea, ése había sido mi deseo más vivo desde que pude pensar. La forma de vivir de Medea me parecía la única digna de esfuerzo, por lo que no sólo sentí tristeza cuando mi madre murió. Medea era amiga suya y había utilizado todas sus artes para salvarla, pero la fiebre la devoró. Nunca había visto antes a Medea tan colérica al morir alguien a quien había cuidado. Aquella cólera tenía algo de indecente, porque todo colquidense sabe que hay un límite para la capacidad humana de curar, más

allá del cual los propios dioses toman el asunto en sus manos. No se debe ofender a los dioses con un duelo exagerado por los muertos, como, para extrañeza nuestra, hacen los corintios; verdad es que les falta la certeza de que las almas de los muertos, tras un período de reposo, resuciten en otros cuerpos.

Sea como fuere, Medea me acogió en su grupo de alumnas, como había prometido a mi madre, y me enseñó lo que sabía, pero, con gran decepción por mi parte, me mantuvo a distancia, rehusando a aquella niña el afecto que ardientemente deseaba, y sólo mucho más tarde, cuando había pasado a la primera fila de sus alumnas, me dijo una vez, de pasada, que sin duda yo habría comprendido que ella tenía que tratarme más severamente que a cualquier otra, para que no se pudiera decir que prefería a la hija de su amiga. Entonces comencé a odiarla.

No se puede tener todo, me dijo una vez. Bueno, también ella tenía que aprender que no se puede tener todo, un puesto seguro en el templo y, al mismo tiempo, el amor de todos. No se dio cuenta en absoluto. Sólo aquí en Corinto volvió a fijarse en mí, cuando me separé rápidamente de los buenos y aburridos colquidenses para mezclarme con los jóvenes de Corinto. Una vez trató de entablar conversación conmigo, fingiendo interesarse por mí y preguntándome si era desgraciada. Me limité a reírme. Era demasiado tarde.

Desgraciada. Han pasado los tiempos en que ella podía hacerme desgraciada. Como si importase ser feliz. Turón y yo nos llevamos maravillosamente porque no nos engañamos mutuamente. Una alianza de circunstancias, dice Presbón, él lo comprende, y sin duda no excluye otros vínculos. De repente, todos me quieren. Presbón me repele más bien como hombre, su rebelde cabello rojo y su cuerpo fofo. Necesita alguien que lo escuche, sus eyaculaciones verbales

le placen más que yacer con una mujer. Su vanidad es desmesurada, no la domina, mis elogios exagerados lo excitan más que mi cuerpo, lo sé. Y por qué no. Toda mujer utiliza los dones que posee para atraer a un hombre. Turón me abrió el camino de la casa real, Presbón me muestra el camino para vengarme de Medea. Porque naturalmente fue él quien hizo la propuesta que luego, en una larga noche, desarrollamos juntos hasta en sus menores detalles, en una noche al final de la cual dormimos juntos con gran placer. El plan era genial, porque dejaba abiertas todas las posibilidades. Medea sería acusada de haber matado a su hermano Apsirto en la Cólquida. Eso daría a Acamante pretexto para actuar contra ella, si quería, porque al fin y al cabo no podía explotar su verdadero delito: haber penetrado en uno de los secretos mejor guardados de Corinto. Por otra parte, los dos, Presbón y yo, no disimulábamos nuestra maligna alegría por el hecho de que aquella Corinto maravillosa, rica, tan orgullosa y segura de sí misma, tuviera sus corredores subterráneos con sus secretos profundamente escondidos. Para la gente ordinaria, con sus debilidades, resulta preferible vivir entre gentes que tienen también sus debilidades.

No debíamos dejar que Acamante lo sospechase. Lo mejor sería evitarle algunos hechos complicados, en los que su forma de pensar se enreda de buen grado. Cuando nos preguntó si Medea había matado realmente a su hermano, le respondimos, de acuerdo con lo convenido, que, en cualquier caso, el rumor que en otro tiempo corrió en la Cólquida nunca había sido desmentido, ni siquiera por Medea. Acamante se puso a pensar en voz alta, para darnos oportunidad de disipar sus objeciones. De todo aquello había pasado mucho tiempo, y en realidad sólo concernía a los colquidenses. Los cuales, era verdad, estaban bajo la protección del rey de Corinto, que sin duda no les negaría su apoyo si le mostraban

seriamente la necesidad de remediar por fin una antigua injusticia. De todas formas, un paso así debía ser bien pensado. Él tenía que poder confiar en nuestra discreción absoluta hacia todos. Eso lo dijo amenazante. Los dos sabíamos que un cambio de la situación a favor de Medea nos pondría en peligro. Tenemos mucho interés en que la situación de Medea empeore. Acamante lo sabe. Se desprecia y nos desprecia para que nuestros intereses coincidan, nosotros lo sabemos, y él sabe que lo sabemos. Nuestras relaciones se vuelven poco a poco insondables, y eso me divierte. Las relaciones inequívocas me aburren mortalmente.

Sólo teníamos que mantener los ojos abiertos, Medea misma se iba metiendo paso a paso en la red, y únicamente debíamos cuidar de que Acamante conociera cada paso, no por nosotros, se comprende. Que a Acamante le resultase claro que Medea no renunciaba; prudentemente sin duda, pero con obstinación, ella proseguía sus investigaciones, se abría paso poco a poco hacia todas las personas de Corinto de las qué esperaba obtener información sobre el hallazgo escondido que debió de hacer en aquel corredor subterráneo y cuya naturaleza sospecho. Si embargo, me guardo de decir nada al respecto, ni siquiera en lo más íntimo de mí misma me permito expresar lo que presiento. Y a veces no comprendo la ligereza con que ella actúa.

No ha temido ver en secreto a la reina, en esa antigua parte del palacio que, normalmente, todos evitan. Cuando Acamante lo supo –esa vez, por cierto, no por nosotros, tenía sus propias fuentes de información–, lo vi por fin furioso. Ahora no podía proteger ya a Medea, dijo. Ni podía seguir esperando de nosotros que nos guardáramos lo que sabíamos. Fue un instante entre el espanto y la alegría.

Los dos, Presbón y yo, estuvimos de acuerdo en hablar sólo a una persona de la sospecha contra Medea. Sentíamos

curiosidad por ver con qué rapidez se extendería el rumor. Al cabo de dos días, lo sabían todos los colquidenses, pero sólo algunos corintios, que por lo demás mostraban cierta repugnancia a ocuparse siquiera de esas viejas cuestiones repulsivas de los colquidenses. Jasón, naturalmente, fue en seguida presa del pánico. Pero también Medea acusó el golpe, con satisfacción por mi parte, se comprende. Consideró oportuno abordarme en plena calle, aunque no podía saber quién era el autor del rumor. Oye, Agameda, dijo sin rodeos, tú sabes muy bien que no tengo nada que ver con la muerte de Apsirto. Entonces tuve una de mis inspiraciones geniales. Le dije: Y tú, Medea, deberías saber que una hermana puede tener la muerte de un hermano sobre su conciencia de muchas maneras.

Entonces palideció, yo lo vi.

4

Jasón a Medea: Ve por los altos espacios al éter sublime, da testimonio de que no hay dioses allí donde vas.

SÉNECA: *MEDEA*

Medea

Apsirto, hermano, no has muerto, te he recogido en vano, huesecillo a huesecillo, en ese campo nocturno en el que las mujeres dementes te habían esparcido, pobre hermano despedazado. Tú me seguiste, obstinado como no te había conocido pero cómo te conocí entonces, juntaste de nuevo tus miembros despedazados, los reuniste de nuevo en el fondo del mar, hueso a hueso, y me seguiste como imagen etérea, como rumor. Suficientemente poderoso para alcanzarme, en el aire o en el fondo del mar, eso es lo que creen en cualquier caso, no sólo Presbón y Agameda, que tan apremiantemente lo desean, sino también Leucón, vi la preocupación en sus ojos. Yo en cambio apenas me sobresalté cuando el anuncio del rumor me rozó, no me lo dijeron a la cara sino que lo susurraron a mis espaldas. Escuché tu nombre, después de tanto tiempo otra vez tu nombre, hermano, y luego el mío, y al volverme rápidamente encontré rostros herméticos, ojos bajos. Todos lo sabían ya, excepto yo, y finalmente me lo explicó Lisa: sería yo, Apsirto, hermano mío, quien te habría matado. Me reí. Lisa no se rió. Yo la miré y le dije: Tu sabes cómo ocurrió realmente. Lo sé, dijo Lisa, y lo sabré siempre. Lo que quería decir que no todos sabrían siempre lo que sabían. Yo seguía sin comprender, sentía incluso una especie de alivio por el hecho de que ocurriera algo, de que quizá pudiera disolverse de nuevo el aburrimiento que se había

depositado sobre mí a lo largo de los años de Corinto como un sedimento turbio.

Corinto y todo lo que en él había ocurrido y ocurría no me concernían. Nuestra Cólquida había sido para mí como mi propio cuerpo agrandado, del que percibía cada movimiento. Presentí el hundimiento de la Cólquida como una enfermedad insidiosa dentro de mí misma, el placer y el amor huían, te lo dije, hermanito, tú eras tan comprensivo, tan sensible. Cuando nos sentábamos con nuestra madre, con nuestra hermana Calcíope, con Lisa, y preguntábamos preocupados a unos y a otros qué pasaba en la Cólquida, tú, niño todavía, fuiste clarividente. Nada me ha atormentado más que esta idea: ¿adivinaste que te costaría la vida cuando el rey nos sorprendió a ti y a nosotros con aquel maldito plan? Cuando no se nos ocurrió nada que objetarle, salvo una vaga inquietud. Lo habíamos subestimado: nuestro padre decrépito e incapaz había concentrado en un punto todas las fuerzas que le quedaban: conservar el poder y, con él, la vida. Nosotros no conocíamos aquella clase de astucia dispuesta a todo. Estábamos ciegos, Apsirto.

Hasta tú habías comprendido que la forma de reinar de Eetes sublevaba cada vez más a los colquidenses contra él, también a nuestra madre, y a mí, sacerdotisa de Hécate, cuyo templo, sin mi intervención, se convertía en lugar de cita de los descontentos, sobre todo los jóvenes, y tú, hermanito, estabas siempre allí. Ellos se enfrentaban con la obstinación de Eetes, con la inútil ostentación de la corte, y exigían que el rey utilizara los tesoros del país, nuestro dinero, para impulsar el comercio y aliviar la miserable vida de nuestros campesinos. Querían que el rey y su clan recordaran las obligaciones que les incumbían en la Cólquida desde la antigüedad. ¡Ay, Apsirto! ¡Las cosas que, en nuestra ignorancia, considerábamos como lujo! Desde que estoy en Corinto sé

lo que es ostentación, la cual, sin embargo, no parece molestar a nadie aquí, hasta los pobres de las aldeas y los suburbios tienen una expresión encantada al hablar de las grandes fiestas del palacio, para las que tienen que dar su ganado y sus cereales, sin percibir ni un destello de esas fiestas.

En la Cólquida, todos nos sentíamos inspirados por nuestras antiquísimas leyendas, en las que nuestro país era gobernado por reinas y reyes justos, habitado por personas que vivían en armonía y entre las que la propiedad estaba repartida tan equitativamente que nadie envidiaba a otro ni atentaba contra sus bienes ni, mucho menos, contra su vida. Cuando yo, todavía mal informada en mis primeros tiempos en Corinto, hablaba de ese sueño de los colquidenses, en los rostros de mis oyentes se pintaba siempre la misma expresión: incredulidad mezclada con compasión y finalmente fastidio y rechazo, de forma que renuncié a explicar que para nosotros, los colquidenses, ese ideal estaba tan a nuestro alcance que por él medíamos nuestra vida. Veíamos que nos alejábamos de él de año en año, y que el mayor obstáculo era nuestro rey anciano y anquilosado. Era natural pensar que un nuevo rey podría lograr un cambio. De las mujeres que pertenecían a nuestro círculo surgió la idea audaz de hacer de Calcíope, nuestra hermana, una nueva reina. La tradición dice que, en los tiempos antiguos, las mujeres fueron reinas de la Cólquida y, como queríamos reavivar las altas costumbres, algunas de las más ancianas nos recordaron que en otro tiempo, en la Cólquida, los reyes sólo podían reinar siete años y, como máximo, siete más, pero luego su tiempo acababa y tenían que dejar su puesto a un sucesor. Hicimos el cálculo: estábamos en el año séptimo del segundo mandato del rey Eetes, y hubo algunos crédulos entre nosotros que consideraron posible que él se retiraría voluntariamente si se lo podía convencer de que, obrando así, obedecería una vieja ley colquidense.

Qué estúpidos fuimos. Qué ciegos. También Eetes conocía aquellas viejas historias, y naturalmente le informaron secretamente de lo que nos proponíamos. Lo habíamos subestimado. Cuando el grupo de colquidenses que habíamos enviado se presentó, él estaba preparado. En lugar de recibir de ellos la notificación de que su reinado había llegado a su término, los sorprendió con la prolija descripción de la antigua costumbre de que los reyes sólo reinasen dos períodos de siete años y la jactanciosa declaración de que se sometería a esa costumbre; más aún, haría exactamente lo que habían hecho sus antepasados: renunciaría por un día a su dignidad, y ese día su hijo y futuro sucesor Apsirto sería rey de la Cólquida. Porque sin duda no iríamos tan lejos como para pedir que, según los rituales más antiguos, él, el viejo rey, o su joven representante, fueran sacrificados.

Aquellas personas pasaron de la exigencia a la súplica, les faltó el habla y se retiraron confusas. Es posible que hubiéramos podido reaccionar con más presencia de ánimo si no hubiéramos tenido precisamente en aquellos días a los argonautas vagando por todas partes, cruzándose por todas partes con nosotros, porque teníamos que esforzarnos para desviar su atención. No debían notar nada. No notaron nada. El rey aprovechó la situación, actuando rápida e inteligentemente. Con el ritual apropiado pero sin exageración, abdicó y te proclamó rey, pobre hermano. Todavía te veo, envuelto en costosas vestiduras, diminuto en el imponente trono de madera, y a tu lado, modesto y sencillamente vestido, a Eetes, que ya no era rey. Yo no comprendía lo que estaba pasando, y ésa es mi única excusa, pero la angustia que vi en tu rostro me asaltó.

Todavía no sé exactamente cómo lo hizo. Quizá no tuvo que hacer mucho. Quizá sólo se propusiera al principio lo que nos había dicho y sólo más tarde tuvo la idea de matarte

o hacerte matar, cuando le resultó evidente que su astuto proceder no resolvería el problema. Quizá ni siquiera fingió luego el pesar por su hijo. Si ambas cosas hubieran sido posibles, mantenerse en el poder y guardarte, hermano, de buena gana hubiera hecho las dos. El instante en que comprendió que las dos no eran posibles debió de enseñarle el horror. Pero luego, como correspondía a su forma de ser, eligió el poder. Y como medio, la intimidación.

Tal vez alguno de sus favoritos avisó a las mujeres, a aquel grupo fanático de ancianas cuya vida no tenía otro sentido que lograr que viviéramos en la Cólquida, hasta en los menores detalles, lo mismo que nuestros antepasados. No las tomábamos en serio y eso fue un error, de repente se instauró en la Cólquida una distribución de fuerzas favorable a aquellas mujeres, de forma que consideraron que su momento había llegado y, encantadas de la reciente aplicación por el rey de las antiguas leyes, quisieron que esas leyes tuvieran también todas las consecuencias prescritas; porque sólo uno podía sobrevivir: el rey o su representante y, cuando llegó la medianoche y terminó tu día de rey, ellas, por una entrada que aquella noche, curiosamente, no estaba guardada, lo que –más curiosamente aún– sabían, irrumpieron en tus aposentos, en donde te encontraron indefenso en el baño y, cantando sus cantos horribles, pudieron matarte. Ésa fue la costumbre en los tiempos antiguos que nosotros habíamos invocado porque esperábamos sacar provecho. Y desde entonces me ha quedado un estremecimiento ante esos tiempos antiguos y las fuerzas que liberan en nosotros y que luego no podemos dominar. En algún momento, aquella muerte del rey representante, que todos aprobaron, incluido él mismo, en algún momento debió de convertirse en asesinato, y si tu muerte atroz me ha enseñado algo, hermano, es que no podemos disponer a capricho de los fragmentos del

pasado, componiéndolos o descomponiéndolos según nos convenga. Porque no lo impedí y porque lo favorecí incluso, contribuí a tu muerte. Agameda pensaba en algo distinto cuando recientemente me lo reprochó, y sin embargo palidecí. Palidezco cada vez que pienso en ti, hermano, y en esa muerte que me expulsó de la Cólquida. Agameda no comprende nada. El odio ciega. Pero por qué me odia. Por qué me odian.

Tal vez adivinen mi incredulidad, mi falta de fe. Como si no lo soportaran. Cuando recorrí el campo en el que habían esparcido tus miembros despedazados aquellas mujeres dementes, cuando, llorando, en la oscuridad que caía, anduve por aquel campo recogiéndote, pobre hermano desollado, trozo a trozo, hueso a hueso, dejé de creer. Cómo era posible que volviéramos a esta tierra en una nueva figura. Por qué los miembros de un hombre muerto, esparcidos en un campo, podían hacer fértil ese campo. Por qué los dioses, que nos pedían continuamente pruebas de agradecimiento y sumisión, iban a hacernos morir para volver a enviarnos a la tierra. Tu muerte me abrió los ojos, Apsirto. Por primera vez encontré consuelo en el hecho de que no tendría que vivir siempre. Entonces pude liberarme de aquella fe nacida del miedo; mejor dicho, fue ella la que me rechazó.

Todavía no he conocido a nadie para hablar de ello. Aquí me encontré con alguien que cree tan poco como yo: Acamante, pero está en el otro campo. Cada uno de los dos sabe mucho del otro. Le digo, sólo con los ojos, que puedo ver su indiferencia profunda, que sólo excluye a su propia persona, y me dice, sólo con los ojos, que encuentra inmadura y cómica mi profunda necesidad de mezclarme en los asuntos de otras personas. Y a fin de cuentas, peligrosa. Me advierte sólo con los ojos, pero yo me finjo inocente. Ahora quiero saberlo.

Me fui con Jasón porque no podía permanecer en aquella Cólquida perdida, corrompida. Fue una huida. Ahora he visto en el rostro del rey Creonte de Corinto la misma expresión de petulancia y temor que tenía en los últimos tiempos nuestro padre Eetes. Nuestro padre no pudo mirarme a los ojos durante los ritos fúnebres por ti, su hijo sacrificado. Y este rey de aquí no siente remordimientos al fundar su poder sobre un sacrilegio, mira a todos a la cara con insolencia. Desde que Acamante me llevó, atravesando el río, a la ciudad de los muertos, en donde se entierra a los corintios ricos y respetados en cámaras sepulcrales fastuosamente decoradas. Desde que vi lo que les dan para que resistan el viaje al reino de los muertos y también, sin duda, para que puedan pagarse la entrada: dinero, joyas, alimentos, caballos incluso, a veces también servidores, desde entonces sólo puedo ver a toda esta soberbia Corinto como reflejo perecedero de esa ciudad de los muertos eterna, y me parece que también aquí reinan los muertos. O el miedo a la muerte. Y me pregunto si no hubiera debido quedarme en la Cólquida.

Sin embargo, la Cólquida me alcanza ahora. Tus huesos, hermano, los tiré al mar. A nuestro mar Negro, que amábamos y que tú, estoy segura, hubieras querido tener como tumba. A la vista de las naves de la Cólquida que nos perseguía, y delante de nuestro padre Eetes, yo, de pie en el *Argo*, te fui tirando al mar trozo a trozo. Entonces Eetes hizo que la flota colquidense diera la vuelta, y vi por última vez aquel rostro familiar petrificado de espanto. También a mis argonautas se les quedó grabada la imagen: una mujer que, lanzando gritos salvajes, va arrojando al mar, contra el viento, los huesos de un muerto que lleva con ella. No debería asombrarme, dice Jasón, de que recuerden ahora otra vez esa imagen que los deja inseguros sobre lo que deben pensar, de forma que no quieren dar testimonio a mi favor. Entonces, le

he preguntado, ¿me creéis capaz de haber matado, despedazado y metido en un saco de piel a mi propio hermano para llevármelo en el viaje? Mi buen Jasón apartó el rostro. Todavía estoy esperando su respuesta.

Durante todos estos años, hermano, no he podido soñar contigo. Ahora, con mis recuerdos, se han despertado también mis sueños. Noche tras noche, el mar levanta otra vez su espuma, noche tras noche vuelve a tragarse tus huesos, noche tras noche derramo por fin las lágrimas que no pude derramar entonces. Y, noche tras noche, toco con las yemas de los dedos los delgados huesecitos que encontré en aquella caverna, debajo del palacio, el cráneo estrecho, el omóplato infantil, las frágiles vértebras. Ifínoe. Ella es tu hermana más de lo que yo podría serlo nunca. Cuando me despierto bañada en lágrimas, no sé si he llorado por ti, hermano, o por ella.

Sé que los argonautas trataron de convencer a Jasón de que me entregara a mi padre. Con mi fuga irreflexiva hice que la flota colquidense se lanzara en su persecución. Poco faltó para que me lanzaran por la borda, a fin de que los perseguidores, mis colquidenses, me pescaran. Jasón se mantuvo firme. Dijo que yo estaba bajo su protección. Para mí era nuevo estar bajo la protección de un hombre. Él estaba confuso y se sentía inseguro. Sus hombres comenzaban a hablar de expiación. Sería útil, dijeron, que hiciéramos algo para calmar a los dioses después de la muerte de Apsirto, incluyendo en la expiación mi huida de la Cólquida y la complicidad de Jasón. Yo protesté contra esa idea, que implicaba una confesión de culpa, pero comprendí cuánto necesitaba Jasón aquella expiación. Estábamos precisamente en las proximidades de la isla en que Circe, la hermana de mi madre, vivía desde hacía años. Lisa me lo recordó, y de pronto recordé yo también una cabellera roja y revuelta; por qué no, pensé, por qué no ir a aquella parienta, cuya fama de

hechicera había rebasado ampliamente los límites de su isla. También los argonautas habían oído hablar de ella y se negaron a ir con Jasón y conmigo, se decía que Circe metamorfoseaba a los hombres en cerdos. Pusieron rumbo a una ensenada escondida y nos desembarcaron.

Encontramos a aquella mujer en la orilla, se estaba lavando en el mar el cabello rojo y flameante y la blanca túnica, y en su rostro accidentado y aterrador vimos que parecía saber ya quién llegaba, dijo que nos había aguardado; mientras íbamos a un conjunto de casas de madera en el interior de la isla, en donde vivía con un grupo de mujeres, nos dijo que aquella noche había soñado con torrentes de sangre que la habían sumergido y que había tenido que lavarse esa sangre en el mar. Guardamos silencio, como deben hacer quienes vienen en expiación, nos acurrucamos junto a su hogar y nos cubrimos el rostro de ceniza en recuerdo tuyo, hermano. Circe se ciñó la frente con la cinta blanca de las sacerdotisas y tomó en sus manos la vara, y luego quiso saber qué delito de sangre teníamos que expiar, y yo dije que la muerte de mi hermano. Apsirto, dijo Circe con voz apagada. Yo asentí. Desventurada, dijo ella. Me acometió un pesar inextinguible, que vuelve a despertarse ahora, lo mismo que también mi memoria se abre bruscamente, liberando de pronto todos esos fragmentos de recuerdos, lo mismo que todos los años aparecen piedras nuevas en la superficie de los campos.

Circe nos roció con sangre de un lechón recién sacrificado, murmurando al hacerlo la frase: Que la sangre lave la deuda de sangre. Nos hizo beber de distintos cuencos. Entonces Jasón se durmió, mientras yo permanecía totalmente despierta. Teníamos dos horas. El tiempo me pareció interminable, Circe me dijo muchas cosas después de haberle contado yo por qué tuvimos que dejar la Cólquida, dándome la sensación de que ella era mi precursora y yo su sucesora,

porque también ella había sido expulsada cuando, con sus mujeres, comenzó a oponerse seriamente al rey y a su corte, azuzaron contra ella a las gentes, la acusaron de crímenes que ellos mismos habían cometido y consiguieron darle la reputación de ser una hechicera perversa y privarla de toda confianza, de forma que no podía hacer ya absolutamente nada. Su última curación, tampoco lo sabía, hermano, la hizo con nuestra madre y contigo, casi te asfixiaste al nacer, porque nuestra madre no tenía ya fuerzas para obligarte a salir. Circe introdujo entonces sus manos estrechas y fuertes, te hizo dar la vuelta de forma que tu cabeza pudiera aparecer primero y te sacó, y luego, durante toda la noche, trató de restañar la sangre de Idía con todos los remedios que conocía y que me enumeró. El deseo de vivir de nuestra madre casi se había apagado, y entonces ella, Circe, te puso sobre su pecho, minúsculo hatillo, y le gritó que aquel niño moriría si ella, su madre, se desangraba. Al poco rato cesó la hemorragia. Tu muerte, hermano, afectaba a Circe. Pero ella había renunciado a la Cólquida.

Sabía más del mundo que nosotros. No tenía que moverse de su isla, venían a ella, las naves de muchos países soberanos surcaban esa parte del Mediterráneo, y en las tabernas de todas las costas se hablaba de Circe. ¿Sabes lo que buscan, Medea?, me preguntó. Buscan una mujer que les diga que no son culpables de nada; que los dioses a los que casualmente adoran los han arrastrado a sus empresas. Que el rastro de sangre que dejan detrás se debe a la virilidad que los dioses les han dado. Niños grandes y terribles, Medea. Y eso va en aumento, créeme. Se extiende. También ese muchacho al que te has unido se aferrará pronto a ti. El mal se encuentra ya en su interior. Pero ninguno de ellos puede soportar la desesperación, nos han adiestrado para la desesperación y uno, o una, tiene que soportar el duelo. Si la tierra estuviera sólo llena del

fragor de las batallas y de los gritos y gemidos de los vencidos, se detendría sencillamente, ¿no crees?

Cómo he podido olvidar todo eso durante tanto tiempo. Sólo ahora recuerdo que rogué a Circe que me dejara quedarme con ella, con ella y con sus mujeres. Por el tiempo de un parpadeo viví una vida a su lado, en aquella isla, bajo aquella luz divina. Las naves llegaban y partían, los hombres llegaban y partían, consolados, sanados o quizá no. Circe pensó lo mismo, en ese mismo instante. Luego me dijo que no podía quedarme. Yo era, me dijo, de las que viven en medio de esas gentes que tienen que saber a qué atenerse realmente con nosotras y que tienen que tratar de librarlas de ese miedo que las hace tan salvajes y peligrosas. Aunque sólo fuera en el caso de aquél, de Jasón.

Cómo he podido olvidar todo eso. Sí, dijo Circe riendo cuando le pregunté, había ocurrido ya que echase de la isla a una cuadrilla de hombres convertidos en cerdos, había pensado que aquello podría darles tal vez una chispa de conocimiento de sí mismos. ¿Sabes, Medea?, me dijo Circe, ¿sabes qué creo? Que con el tiempo me volveré realmente mala. Poco a poco me volveré mala y me quedaré en la orilla maldiciendo sin dejar desembarcar a nadie en la isla, toda la maldad y bajeza y abyección que arrojan sobre mí no desaparecen sencillamente como el agua.

Cómo pude olvidar eso. Cómo pude olvidar que también deseé poder volverme mala en el momento oportuno, realmente mala. Y ahora, Apsirto, sería ese momento.

Desgraciadamente, sólo estoy desconcertada. Porque todo es tan transparente, tan fácil de comprender. Porque a ellos no les importa nada. Porque pueden mirarme a la cara con frente inmutable, mientras mienten, mienten, mienten. No poder mentir es un grave obstáculo. Recuerdo aquel juego infantil nuestro, hermano, cuando queríamos aprender a

mentir. Ganaba aquel de nosotros que podía contar a nuestro padre o nuestra madre una mentira de una forma tan sincera que se la creyeran. La mayoría de las veces nos despedían riéndose, ninguno de los dos era especialmente hábil en aquel juego. Los de aquí, Apsirto, son maestros en la mentira, también en la mentira a sí mismos. Desde el principio me sorprendió el endurecimiento de sus cuerpos. No sentir nada al ponerles la mano en la nuca, el brazo, el vientre, ningún fluir, ninguna corriente. Nada más que dureza. Cuánto tiempo necesité para fundir esa dureza, cómo se enfurecían, cómo se resistían. Cómo se resistían a toda compasión. Cómo, a veces, se deshacían en lágrimas, hombres hechos y derechos. Con cuánta frecuencia no volvían, no me dejaban ir a verlos, porque se avergonzaban. Tuve que aprender a comprenderlo, y Jasón me ayudó.

Era un hombre soberbio. Su porte, su actitud, el juego de sus músculos durante las maniobras de la nave... no podía dejar de mirarlo y, cuando algunos de sus argonautas fueron heridos por los colquidenses, Jasón y yo los cuidamos, él sabía cómo hacerlo, también él conocía los gestos, los remedios. Nunca estuve más cerca de él que en aquella noche, cuando trabajamos mano a mano, comprendiéndonos sin palabras. Por eso no tuve nada en contra de convertirme en su mujer, y no sólo porque el rey de Corcira, en donde nos habíamos refugiado, me hubiera entregado si no a la segunda flota colquidense, que tenía orden de no regresar sin mí a su país. Por eso celebramos aquella misma noche las ceremonias nupciales prescritas y consumamos la boda en la gruta de Macris, la antigua diosa, cuya protección había pedido fervorosamente, depositando mis joyas al pie de su altar. Desde entonces no he vuelto a llevar joyas, ésa fue mi promesa a la diosa, que me comprendió. Renuncié a mi rango. Era, en sus manos, una mujer ordinaria. Así me di a Jasón

sin reservas, ligándolo a mí. Todavía recuerdo cómo agarré sus hombros cuando él estaba encima, cómo sentí cada uno de sus músculos, su tensión y su relajación feliz. Y cómo me hizo daño cuando sus espaldas, como las de los otros hombres de Corinto, se endurecieron poco a poco. Como dejó de padecer por ello, convirtiéndose en hombre de la corte. Por vosotros, decía. Por ti y los niños. Para que te permitan quedarte aquí. Decía ya vosotros y no nosotros, ése fue el tajo. Un dolor que no quiere desaparecer.

El rey Creonte puede tratar de ofenderme e intimidarme, mostrando su rostro de piedra y pasando a mi lado sin un saludo ni una mirada. Me deja fría. Acamante puede tratar de convencerme de que deje de buscar al muerto con que tropecé en la caverna, porque si lo hiciera el rumor de que maté a mi hermano desaparecería solo; le digo que cómo sabe que el muerto era un hombre. Entonces palidece y aprieta los dientes de forma que sus mandíbulas sobresalen y me pregunta amenazante: ¿Y qué sabes tú, Medea? Yo guardo silencio. Sin embargo, cuando Jasón, fuera de sí de preocupación y miedo, me hace la misma pregunta, y cuando también él trata de obligarme a enmudecer, no me deja frío. Y le digo lo que sé: que en esa caverna reposan los huesos de una muchacha, una niña casi, de tu edad, hermano. Y que son los huesos de la hija del rey, de la primera hija del rey Creonte y la reina Mérope, la reina muda que me habló cuando yo la visité en su oscuro aposento y sólo tenía necesidad de un sí o un no para mi pregunta, que estaba ya sobre la pista de la verdad. La respuesta vino de unos labios apretados. Él dio la orden, dijo Mérope. Quiso desembarazarse de ella, de Ifínoe. Tenía miedo de que la pusiéramos en su puesto. Y la verdad es que queríamos hacerlo. Queríamos salvar a Corinto.

El frío que sentí no me ha abandonado. Una de las sirvientas huesudas me condujo afuera. Vagué por los patios

del palacio, con esa piedra en el pecho de la que no puedo deshacerme ya. Ellos quisieron salvar a Corinto. Nosotros quisimos salvar a la Cólquida. Y ella, esa muchacha Ifínoe, y tú, Apsirto, los dos fuisteis las víctimas. Ella es tu hermana más de lo que yo podré serlo nunca.

No hubiera debido dejar la Cólquida. Ni ayudar a Jasón a conseguir su Vellocino. Ni convencer a los míos para que me acompañasen. Ni hacer aquella travesía larga y terrible, ni vivir todos estos años en Corinto, como una bárbara semidespreciada y semitemida. Los niños, sí. Pero qué es lo que los aguarda. En este disco que llamamos Tierra no hay otra cosa, querido hermano, que vencedores y víctimas. Y ahora tengo ganas de saber qué encontraré al rebasar su margen.

5

En cuanto las mujeres se equiparan a nosotros, nos son superiores.

CATÓN

Acamante

Ay, qué inconsciencia. Son los inconscientes los que nos precipitan a la perdición. No hubiera creído posible que siguiera existiendo algo así. Es cierto que la precedieron rumores que tenían que suscitar curiosidad, navegantes que desembarcaron aquí habían encontrado al *Argo* y también a esa mujer en alguno de los puertos que bordean nuestro mar grande, todas las habladurías y chismorreos de las tabernas de los puertos eran arrojadas a nuestras costas, no conocía nada que suscitara en aquellos días más sensación que las aventuras de los argonautas ni sobre lo que se cotilleara tanto como sobre aquella mujer, a la que pronto llamaron la hermosa salvaje. Conozco los seres humanos, puedo decirlo, conozco sus necesidades extrañas e irreprimibles, conozco su imaginación exuberante y su tendencia a tomar por realidad pura las aberraciones de esa imaginación, pero aquella mujer debía tener algo que encendía sus cerebros y no los dejaba.

El rey Creonte, que conoce perfectamente a sus primos instalados en los tronos de los países circundantes, previó con bastante claridad lo que pasaría. Que a Jasón no le serviría de nada la conquista del Vellocino de Oro, porque su tío, el usurpador, no le cedería el trono. Que no encontraría a nadie que luchase por su herencia. Que, por consiguiente, con su mujer y su séquito tendría que buscar un lugar en

donde pudiera refugiarse. Ese lugar, dijo el rey Creonte ante el consejo de los ancianos, sería Corinto. No conocía a aquel sobrino, dijo, pero se había informado sobre él, y los informes no habían sido desfavorables. La educación que había recibido de Quirón aquel Jasón en los bosques de Tesalia no podía compararse, desde luego, con la que se daba al hijo de un rey en nuestro palacio, pero le había dado algunas aptitudes, domeñado otras, podado brotes indeseables. En cuanto al resto, sin duda seríamos capaces de enseñárselo a un joven capaz de aprender. Todos asentimos. Al fin y al cabo, en la corte no había ningún heredero varón, sólo una hija, la pobre Glauce. Incluso los augures se guardaron lo que pensaban, apartaron la vista y murmuraron su aprobación con los labios. Cuando salieron, Creonte me retuvo, lo que me halagó, aunque hubiera preferido que me distinguiera ante los ojos de todos, despertando su envidia.

En qué piensas, Acamante. Se había acostumbrado a hablarme con confianza y cada vez tenía que averiguar si quería que fuera sincero o sólo que lo confirmase en su opinión. Dije que un joven de la talla de Jasón vendría muy bien en el palacio de Corinto. Bien, bien, ¿pero qué más? Estaría también esa mujer, Creonte, le dije. Lo sé, dijo Creonte. Habrá que echarle una ojeada, ¿no? Así es, dije yo. Yo debía preparar lo necesario para la llegada de Jasón y de los suyos.

Pocas semanas más tarde, en un día de otoño ventoso y cubierto, el *Argo* y las naves de los colquidenses que habían acompañado a Medea entraron en nuestro puerto. Una embarcación de nuestra flota los guió en su entrada, con algunos dignatarios del palacio, de categoría media, enviados para recibirlos. Yo me quedé un poco apartado, aguardando a aquella mujer. Ella bajó por la pasarela, mientras Jasón la sujetaba del codo, con pasos libres y pesados. Estaba en estado avanzado de embarazo, pálida, agotada y con los ojos

hundidos, la travesía con mar gruesa había sido demasiado para ella, y las mujeres que se afanaban a su alrededor temían que diera a luz sobre aquel barco que se balanceaba y cabeceaba. Vi que era hermosa y comprendí a Jasón. Luego ella estuvo ante mí, y vi sus ojos, las chispas de oro en el iris verde. Sus ojos eran vivos y muy despiertos. Mientras una mujer tiene los pies fríos, el nacimiento no comienza, dijo, ésas fueron las primeras palabras que le escuché. Las colquidenses se arremolinaban a su alrededor como pollitos asustados por la tormenta alrededor de la clueca, un grupo sombrío y encorvado contra una playa siniestra, sobre la que se perseguían nubes bajas. Expuesta, pensé. Ojalá no nos pase nunca.

Jasón me dio los nombres de los pocos argonautas que todavía estaban con él, y agradeció cortésmente la acogida que encontrasen entre nosotros los refugiados. Tuve que recordarle que había olvidado presentarme a su mujer. Eso lo desconcertó terriblemente. Medea se rió. Después de sus ojos, era su risa por lo que se la reconocía. Hace mucho tiempo que no he oído esa risa, sé muy bien que somos nosotros los que la hemos sofocado, por desgracia hay que hacer muchas cosas que no nos gustan. Esa misma noche trajo al mundo a sus hijos, eran gemelos, bueno, tengo que decir que son gemelos, sanos y fuertes: uno rubio como Jasón y el otro moreno y de pelo rizado como ella. Eso la hizo reír de nuevo de forma incontenible. El parto no fue difícil. A veces, cuando teníamos algo que hacer en el corredor, oíamos en la habitación de Medea a las mujeres que estaban con ella charlando entre sí, e incluso cantando. Lisa, a la que los servidores del palacio preguntaron por aquella alegría insólita, respondió que un parto era una fiesta, y había que celebrarla. No me extraña que varias de nuestras mujeres, incluso de alto rango, hicieran que las colquidenses les enseñaran su forma de

dar a luz, pero nuestros muy doctos médicos no dejan penetrar en el palacio la medicina de las colquidenses. Y tienen razón, las formas de curar de las colquidenses no son para nosotros. Cuando entre ellos nace un niño, se podría pensar que su única tarea es estar en este mundo, y que simplemente por ello se le debe todo amor y toda atención. Eso puede ser hermoso y bueno, pero, naturalmente, también es primitivo, y no tiene sentido, después de todos los esfuerzos que hay que hacer para liberarse de esa caverna de la gestación, quizá cálida, pero sobre todo limitadora, volver a precipitarse en ella a la primera ocasión. Las mujeres, bueno. En algunas se podía observar un extraño placer en reunirse con los extranjeros, como si se liberase de una coacción. Aquellas miradas pensativas y distantes con que empezaron a mirar a sus esposos. En realidad me divertía. Al fin y al cabo, no soy amigo de esos hombres probos. Tampoco soy amigo de esas mujeres que se las dan de frías. Tengo algo en contra de las amistades pegajosas. Agameda se da cuenta. Se parece a mí. De todas formas, pronto habrá acabado la secreta reputación de Medea como curandera. Quién irá a ver a una mujer que asesinó a su hermano. Hay que hacer cosas que no son muy agradables.

Al principio, ella tenía confianza en mí, lo que tenía su atractivo. Para mí resultaba curioso ver mi ciudad con sus ojos. Por qué, podía preguntar, por qué hay esos dos Creontes. Uno envarado en la sala del trono y otro relajado en la mesa, cuando estamos entre nosotros. Yo nunca había tenido la idea de que pudiera ser de otro modo. En aquella época, efectivamente, el rey Creonte comía con Jasón y Medea y conmigo mismo, se sentía bien y lo pasaba bien. A veces estaba la pobre Glauce, a la que acometía una admiración nerviosa por Medea. Su padre, el rey, no le prestaba atención. Corre el rumor de que Medea trata en secreto su epilepsia, y en

efecto, Glauce parece recuperarse, lástima que yo tenga que interrumpirlo. Ante sus preguntas ingenuas, traté de explicar a Medea que Creonte, como rey, no es Creonte ni otra persona cualquiera, que en realidad no es una persona sino un cargo, el de rey. Pobre, dijo ella entonces. Recientemente, Agameda me dice que Medea pensaba en su padre, el rey de la Cólquida. Extraña mujer.

Cedí a un impulso retorcido y expliqué a Medea cómo funcionaba Corinto, lo que significaba también hacerla saber poco a poco la forma en que ejerzo mi poder, de la que forma parte que ese poder sea invisible y todo el mundo, especialmente el rey, esté persuadido de que sólo él, Creonte, es la fuente del poder en Corinto. No pude resistir la tentación de romper la soledad y el silencio a los que estoy condenado y hacer de esa mujer que no es de nuestro mundo una especie de confidente; me divertía que no supiera apreciar en absoluto el regalo que le hacía, porque lo consideraba natural. Era la época en que todavía podíamos permitirnos esos juegos con los extranjeros. Estábamos seguros de nosotros mismos y de nuestra ciudad, y el astrónomo supremo del rey podía permitirse el lujo de explicar a una inmigrante, que nunca y en ninguna circunstancia podía ser peligrosa, en qué se basaban el brillo y la riqueza de su ciudad. Porque, al fin y al cabo, todo depende de que lo que realmente se quiere y de lo que se considera útil, es decir, bueno y justo. Medea no negaba totalmente la frase, sino que rechazaba sólo el «es decir». Lo que era útil, decía, no tenía por qué ser necesariamente bueno. ¡Dioses! ¡Cómo me ha atormentado y, sobre todo, cómo se ha atormentado a sí misma por esas palabritas: «es decir»! Se esforzaba en explicarme lo que, al parecer, entendían por bueno en la Cólquida. Bueno era lo que favorecía el desarrollo de todo lo vivo. Es decir, la fertilidad, dije yo. También, dijo Medea, y comenzó a hablar de

ciertas fuerzas que nos unían a los hombres con todos los seres vivos y que debían poder moverse libremente para que la vida no se detuviera. Comprendí. También en Corinto había un grupito de ilusos que hablaban así, le repuse, pero pretender eso seriamente haría imposible que el hombre, tal como era, tuviera cualquier vida en comunidad. Ella reflexionó. Depende, dijo. De qué, Medea. Déjame, dijo ella, empiezo a darme cuenta, todavía no puedo expresarlo.

Es siempre estimulante hablar con ella. Sin embargo, yo comprendía también que pudiera atacar los nervios a mucha gente. En el caso de Creonte lo celebro; no es una gran cabeza, se siente enseguida acosado y entonces exige de mí que lo saque del apuro, en aquella época me permití el placer de no ver ni oír sus signos y hacerme el tonto. Aquella mujer era demasiado astuta, encontraba él, y demasiado petulante. Sobre todo, le resultaba siniestra. Era, cómo expresarlo, demasiado mujer, y eso coloreaba también sus pensamientos. Ella pensaba, pero por qué hablo de ella en pasado, ella cree que los pensamientos se han desarrollado a partir de los sentimientos, y no deben perder la conexión con ellos. Anticuado, naturalmente, superado. Imprecisión intelectual de la criatura, dije yo. Fuente creadora, ella. Pasaba noches enteras junto a mí en la terraza de mi observatorio, explicándome la astronomía de los colquidenses, de la que se ocupan las mujeres y que se basa en las fases de la luna, y haciendo que le dijera nuestros nombres de las constelaciones, le describiera su recorrido y le dijera las conclusiones que yo deducía, para nuestro propio destino, del curso de los astros y de sus posiciones. Escuchábamos la música de las esferas, un sonido cristalino con el que no sintonizan nuestros oídos pero que, sin embargo, pueden percibir en raros momentos de la máxima concentración. Medea fue la primera mujer en percibir ese sonido en el mismo instante que yo. Como si un

arco poderoso acariciase una cuerda vibrante, me dijo. Aquella noche, lo confieso, aquella experiencia me conmovió más intensamente que por lo común, y de otra manera.

Me irritaba que ella no quisiera seguir las predicciones que yo deducía del firmamento. Al fin y al cabo, en Corinto tenemos una antiquísima tradición de interpretación de los astros, larga es la serie de mis predecesores, cuyos nombres nos transmitimos respetuosamente, y aunque yo me permita también pensar al margen de los senderos transitados, ello no excluye el deseo de poder añadir un día mi nombre a esa serie, perviviendo así en la memoria de mis compatriotas. ¿Por qué?, me preguntó de nuevo Medea. No pude dejar de señalarle que, con sus preguntas, se acercaba a un terreno en torno al cual yo había trazado un límite que nadie debía traspasar. Hubiera podido decir también que sus preguntas me hacían comprender que existía ese terreno y hacían resurgir todas las circunstancias dolorosas y penosas que me habían obligado a crearlo. Me volví brusco. ¡Por qué, por qué!, exclamé. ¡Por qué querer seguir viviendo! La pregunta era ociosa. Ella guardó silencio de un modo que hacía comprender con más fuerza que todas las palabras que no estaba de acuerdo. Entonces qué, dije yo de nuevo, ¿no quieres pervivir en la memoria de tu gente, eh? En eso no había pensado nunca, dijo. Eso se lo podía contar a quien quisiera, le dije yo, pero no a mí. Otra vez aquel silencio. Eso comenzó a provocar en mí algo parecido a la cólera, un sentimiento que había desechado como indigno. Mucho más tarde, en circunstancias muy distintas, me dijo súbitamente: Entre nosotros, sabes, se honra a los antepasados. A veces no podía evitar reírme.

Naturalmente, mis corintios contemplaban al grupito de inmigrantes como si fueran animales raros, de una forma no claramente hostil ni claramente amistosa. En aquella época

tuvimos unos años buenos, eso siempre se aprecia más tarde, y disfrutábamos del asombro de los colquidenses ante nuestro bienestar. Algunas cosechas buenas en años sucesivos, graneros repletos, bajo precio de los alimentos, de vez en cuando distribución de comida a los más pobres, y una dependencia de los hititas apenas sensible. Y, lo que para mí significaba por lo menos tanto: aquella desgraciada historia de Ifínoe había sido olvidada por fin, casi también por mí. Nadie preguntaba ya si había sido raptada realmente por marinos extranjeros para ser honrosamente casada con un joven rey. Y, lo que no hubiera creído posible, la gente se había resignado a que Mérope, su queridísima reina, estuviera enferma continuamente, viviera en aquella ala lejana del palacio y, salvo aquellas dos mujeres indescriptibles, no dejara que nadie, sin excepción, la visitara. Yo mismo no sé si se lo ordenaron y, por consiguiente, se había decretado una especie de destierro o si, después del incidente de Ifínoe, ella evitaba como la peste todo lo que se refería al palacio. En algún momento cesé también de hacer preguntas al respecto.

Yo era joven cuando ocurrió todo aquello. Vivíamos en tiempos agitados, los pueblos que rodeaban nuestro Mediterráneo se habían movilizado, y también nuestra ciudad estaba amenazada por discordias intestinas. En el Consejo había dos partidos: uno fiel a Creonte y otro favorable a la reina Mérope, cuya voz era importante, porque, según una costumbre antigua y hacía tiempo sin sentido, el rey había recibido la corona de la reina, al transmitirse la soberanía por la línea materna. De repente, aquellas leyes antiguas y olvidadas adquirían otra vez significado y los dos partidos luchaban entre sí encarnizadamente. Existía la posibilidad de una alianza con una ciudad vecina, que hubiera hecho a Corinto segura e inatacable, pero sólo a condición de que Ifínoe se

casara con el joven rey de esa ciudad y, más adelante, sucediera a Creonte. Muchos consejeros, entre ellos Mérope, encontraban razonables esas propuestas, y sumamente deseable la perspectiva de liberar a Corinto del cerco de varias grandes potencias. Creonte se oponía. Sin él o en contra de él, el Consejo no podía imponer nada. Mérope estaba furiosa, porque era evidente que la negativa del rey se dirigía contra ella. Yo estaba de parte de Creonte. No tenía sentido, me dijo en un momento de confianza, después de haber alejado a Mérope de toda influencia y poder, tras difíciles y largas astucias, y mucha paciencia y obstinación, reforzar en Ifínoe y las mujeres que la seguían la esperanza de un nuevo dominio femenino. No era que tuviera nada contra las mujeres, dijo: la historia de los pueblos que rodeaban nuestro mar ofrecía suficientes ejemplos de dinastías de mujeres con éxito. No lo movía su interés personal, sino únicamente la preocupación por el porvenir de Corinto. Porque quien sabía leer los signos de los tiempos podía ver que, entre luchas y atrocidades, se formaban por todas partes Estados a los que, sencillamente, una Corinto gobernada por mujeres al estilo antiguo no podría afrontar. Y oponerse al curso de la época carecía de sentido. Sólo se podía tratar de conocerlo a tiempo y evitar ser atropellado. Por supuesto, el precio que había que pagar podía ser muy doloroso.

Nuestro precio era Ifínoe. Toda Corinto habría perecido si no la hubiéramos sacrificado, le dije a Medea. Por qué estás tan seguro, dijo ella, y era evidente que iba a preguntar eso. A mí se me erizaron los cabellos literalmente cuando aquella Agameda sacudida por el odio y aquel Presbón indescriptible llegaron con su denuncia y empecé a comprender que Medea lo sabía todo. Que ella había caído en la trampa. Y por su propia culpa, lo que me enfurecía aún más. ¿Que por qué estaba yo tan seguro?, grité. ¿Y eso me

preguntaba ella a mí, que había vivido los acontecimientos e incluso, podía decirlo, los había padecido? Más bien podía reflexionar si realmente le incumbía enseñar a nadie cómo comportarse hacia su país y su casa real. Ella permaneció curiosamente insensible. La forma en que se las arreglaba con la Cólquida y su huida era cosa suya, me dijo; sin embargo, yo tenía que saber que toda aquella campaña contra ella, basada en una acusación deliberadamente falsa, era superflua. Nunca había tenido la intención de hablar de lo que había encontrado en la caverna ni de lo que allí había sabido. Y sabía guardar silencio, eso tenía que saberlo yo. Sólo para ella misma había querido ver claro. ¿No podíamos soportarlo?

Estábamos enfrentados como enemigos. No podía permitirme lamentarlo. No seas tan arrogante. Ni tan excesivamente segura de ti misma, querida Medea, le dije. Campaña, dices. ¿Y si tus compatriotas, sin intervención por nuestra parte, se hubieran vuelto sencillamente desconfiados? ¿Te parece tan disparatado que se pregunten si no se los indujo a huir haciéndoles creer cosas falsas? ¿Si no había alguien, quizá, con un interés muy personal en salir del país antes de que se difundiera el rumor del fratricidio?

Esperaba su cólera incendiaria, pero recogí su sarcasmo. ¿Disparatado? Por supuesto. Sumamente disparatado después de todos aquellos años, y demasiado conveniente para nuestros intereses. Que, por lo demás, defenderíamos mejor si no tuviéramos aquel miedo desmesurado a las revelaciones. Si era cierto que sin el asesinato de Ifínoe –dijo asesinato– la existencia de Corinto habría estado en peligro: ¿por qué no confiábamos en que nuestros corintios ahora, después de todos esos años, comprenderían? ¿O es que queríamos seguir fingiendo y mintiendo sin falta, aceptando todos los sacrificios que de ello pudieran derivarse? Porque, sin

duda, yo tenía que preverlo, dijo, no sería agradable tampoco para nosotros.

Ella sabía. Yo no tenía intención de responder a esas preguntas. No podía escapársele el hecho de que el bienestar de mis queridos corintios depende directamente de que puedan considerarse los seres más inocentes de la Tierra. Es ridículo suponer que las gentes serán mejores si se les dice la verdad sobre ellas mismas. Se desaniman y se vuelven obstinadas, desenfrenadas e ingobernables. De ahí mi convencimiento de que fue acertado, lo único acertado, celebrar en secreto el sacrificio de Ifínoe, y de que los que lo ordenaron y ejecutaron deben ser elogiados por haber aceptado una pesada carga por todos nosotros. Yo no participé. No debió de ser agradable. Sé cómo se sacrifica a un toro joven ante el altar.

Levantaron un altar en un corredor subterráneo, por lo que resulta monstruoso hablar de asesinato. La muchacha, una niña encantadora, yo la conocía, no debió de sospechar nada. Mérope, su madre, tuvo que ser sujetada por cuatro hombres en esa parte del palacio en donde vive desde entonces; dicen que, por sus gritos, perdió la voz, y desde entonces es muda. Creonte, el padre, estaba en un barco rumbo a los hititas, con los que negociaba tratados que sólo los malintencionados podían llamar de sumisión. Es cierto que, ahora, los hititas aducen ciertas cláusulas, previstas para casos que nunca debían darse, se aprovechan de los cambios ocurridos en torno a nuestro Mediterráneo para afianzar su hegemonía y ahora dependemos grandemente de ellos, la situación de Creonte es delicada, los corintios sienten la crisis. Medea sembraba la agitación en un momento poco apropiado, eso se lo dije. Ah, dijo ella, pero no veía un momento más apropiado. No para ti, dijo, ni para los corintios. Ni tampoco para ella misma. Y más aún, porque no soy de los vuestros, añadió. Pero hubieras

podido convertirte en uno de los nuestros, dije. Y ella: ¿Lo crees realmente, Acamante?

No, no lo creo.

La nodriza de Ifínoe la acompañó. Al morir, dijo al parecer, la niña tenía que ver al menos un rostro familiar. Dicen que habló con la muchacha todo el tiempo y que le cantó sus viejas canciones de cuna. Parece ser que la llevó de la mano, conduciéndola por el corredor iluminado por antorchas, detrás de los sacerdotes elegidos para consumar el sacrificio y delante de los funcionarios reales, que debían dar testimonio de la consumación. ¿Adónde vamos?, dicen que preguntó una vez Ifínoe, y su nodriza le dio palmaditas en la mano para tranquilizarla, ¿qué hacen?, preguntó Ifínoe ya al final, cuando alguien la cogió del cuello e inclinó su cabeza sobre el altar, qué fue lo que, desventurado, me indujo a interrogar a uno de los jóvenes funcionarios sobre esos detalles, él estaba contento de deshacerse de ellos y los cargó sobre mí. La nodriza no le soltó la mano, que tembló cuando el cuchillo penetró profundamente en su cuello. Ni siquiera los más ancianos de Corinto podían recordar sacrificios humanos, es verdad, dijo el supremo sacerdote, y la única justificación era que aquél nos evitaba otros sacrificios humanos peores. La nodriza, naturalmente, perdió la razón, con el cabello alborotado y los ojos idos vagaba todo el día por las calles de Corinto, rodeada de guardianes que no dejaban que nadie le hablase. Evitaba a la reina, y un día se encontró su cuerpo destrozado al pie de los acantilados. El palacio hizo correr la voz de que no había podido superar la pérdida de la niña que había amamantado, es decir la verdad, aunque, como tantas verdades, se basara en premisas falsas. Porque lo que se había dicho a Corinto era que la joven Ifínoe había sido raptada y que se estaba negociando con la familia real dentro de la cual debía casarse; no había motivo de inquietud.

Aprendí mucho de aquel caso. Aprendí que no hay mentira que sea tan burda que la gente no la crea si corresponde a su deseo secreto de creer en ella. Estaba convencido de que la desaparición de la pequeña Ifínoe, que podía ir sola por las calles de Corinto, rodeada, llevada y vigilada por el amor del pueblo, por la emoción de la gente ante tanta delicadeza y vulnerabilidad... de que estallarían disturbios por la desaparición de Ifínoe, porque el engaño con que se había contentado al pueblo era demasiado burdo. Nada de eso. Si los corintios hubieran creído que la muchacha estaba todavía en la ciudad, habrían asaltado todos los edificios en que sospecharan su presencia, incluido el palacio. El suicidio de la nodriza nos prestó servicios inestimables: todo el mundo creyó que Ifínoe se había ido. La gente normal no se juega la vida por un fantasma. Prefiere imaginarse a la niña felizmente casada, en un país floreciente, junto a un joven rey, que muerta y pudriéndose en un oscuro corredor de su propia ciudad. Es humano. El hombre se protege en cuanto puede organizar algo, lo han hecho así los dioses. De otro modo no existiría ya sobre esta tierra. Aparecieron canciones en las que se cantaba a Ifínoe como novia bella y joven. Aligeran el corazón de los corintios y disuelven su siniestra sospecha, su sentimiento de culpa y su duelo en una dulce nostalgia. Nunca podrá admirarse bastante la sabiduría de los dioses que han hecho que las cosas sean así y no de otro modo. Observarlo una y otra vez, cuando se ha comprendido cómo funciona, puede convertirse en obsesión.

Que comprendo cómo funciona puedo decirlo sin duda. Que siga interesándome, no. ¡Cómo me fastidia ya lo que ocurrirá con Medea! Cómo me aburre prever los distintos peldaños de su hundimiento inevitable. Ella exigió de mí que dijera públicamente lo que sabía; que no era la asesina de su hermano. Todavía no había comprendido que se había puesto

en movimiento un alud de piedras que enterraría a todo el que quisiera detenerlo. ¿Lo quería yo realmente? Extraña pregunta. No sé la respuesta. ¿He desencadenado yo ese alud? En cualquier caso, fui uno de los primeros que comprendió que era necesario provocarlo. No siempre le gusta a uno lo que es necesario, pero el hecho de que, en el desempeño de mi cargo, no tenga que decidir de acuerdo con mis gustos personales sino con puntos de vista superiores me ha marcado de una forma indeleble.

Ese Presbón necio y vanidoso. Y esa Agameda obcecada por su odio. Siguen sus impulsos sin escrúpulos. Qué placer hubiera sido para mí no sólo rechazar su odiosa denuncia sino hacerlos lapidar por difamación. Si esa persona, Agameda, supiera qué imágenes excitantes hago desfilar ante mis ojos mientras la satisfago. Sin embargo, no vivo para buscar mi placer. Sí, dice Medea. Lo sé. Ésa es vuestra desgracia.

¿Fue siempre ella así? ¿Se ha vuelto más impertinente en el tiempo que ha pasado con nosotros? ¿Me corresponde una parte de responsabilidad, por haberle pasado tantas cosas? Eso es lo que dice Turón, mi joven ayudante, que se prepara sin vacilar para sucederme, aunque utilizando otros medios que los que mi generación consideraba lícitos. Esos jóvenes no tienen escrúpulos, a veces me parecen animales jóvenes y salvajes que se deslizan por la espesura, husmeando la presa con los ollares dilatados. Algo así le digo a Turón a la cara. Él hace entonces una mueca, como si le dolieran las muelas, y me pregunta con toda insolencia si la vida en nuestra hermosa ciudad de Corinto no se asemeja a una jungla. Si podría nombrar a uno solo que haya hecho carrera sin seguir la ley de la selva. Si aconsejaría realmente a algún joven dotado para dirigir una comunidad, que no estuviera emparentado con la familia real ni tuviera un portavoz en

los más altos círculos, que observara debidamente todas las reglas, leyes y mandamientos morales. Me ofreció su rostro. Me presentó su rostro limpio, fresco, no nublado por ninguna preocupación, por ninguna duda. Yo tuve que apartarme para no utilizar mis puños.

Esas gentes dicen que apenas pensamos. ¿Hay que llamarlo sinceridad? Hablé con Leucón, que, casi al mismo tiempo que yo, fue aceptado como discípulo por los astrónomos del rey; nos vemos cada vez más raramente, yo no trato de encontrarme con él, y creo que, en secreto, se considera la conciencia de Corinto. ¿Honrado?, dijo Leucón. En aquel caso no se podía distinguir la honradez de la desvergüenza. El método de personas como Turón, dijo, era utilizar fríamente contra nosotros los medios que los antiguos crearon para otros fines. Y que esas personas no tenían otro objetivo que su propio medro.

Fue amable por parte de Leucón que dijera «nosotros», incluyéndome. Los dos sabíamos que yo no soy uno de esos a los que Leucón alude. No se puede tener todo: ser primer astrónomo del rey y mantener una relación de confianza con Leucón.

Como muy tarde cuando ocurrió el asunto de Ifínoe, tuve que decidirme. Leucón, naturalmente, fue del grupo de corintios que no dejaban de preguntar por Ifínoe. Debió de haber algo así como una conspiración, que fue desarticulada, pero en eso no tuve parte alguna. Leucón fue destinado al círculo de astrónomos que se pasan la vida observando los astros, completan nuestros mapas celestes y deben abstenerse de toda interpretación, lo mismo que de la política en general. Eso, al parecer, le iba bien: allí se reúnen naturalmente las gentes más dotadas pero también más sarcásticas, discuten entre sí los temas más lejanos y reina un ambiente relajado y de compañerismo. Naturalmente, me guardo de

dejar que Leucón lo note cuando, ante su vida tranquila, que obedece sólo a sus propios criterios, me acomete un sentimiento de envidia. No se puede tener todo.

Por cierto, ante su puerta en la torre me encontré con Medea. No me gusta. Qué se está tramando ahí. Si ella busca en él consuelo, me parece bien. Pero si debe surgir una alianza para contrarrestar las medidas que pronto tendremos que tomar, entonces tampoco yo podría proteger a Leucón, pero espero que no ocurra así. Cada vez con más frecuencia, a medias encolerizado y a medias confuso, tengo que pensar en la pregunta que me hizo Medea al dejarme después de nuestra larga conversación: ¿De qué huís realmente todos vosotros?

6

Me ha quitado mis bienes.
Mi risa, mi ternura, mi capacidad de alegrar,
mi compasión, capacidad de ayuda, mi
animalidad,
mi irradiación, ha separado de todo eso cada
manifestación aislada, hasta que nada se ha
manifestado ya. Pero por qué hace eso alguien,
no lo comprendo...

INGEBORG BACHMANN: *FRAGMENTO DE FRANZA*

Glauce

Todo es culpa mía. Sabía que vendría el castigo, ay, estoy acostumbrada a que me castiguen, el castigo se desencadena en mí mucho antes de que conozca su rostro, ahora lo conozco y me arrojo al suelo ante el altar de Helio, y desgarro mis vestidos y me araño el rostro y le ruego que aparte ese castigo de mi ciudad y lo haga recaer sobre mí sola, la culpable.

La peste. Ay, es desmesurado. Puede haber una culpa que arrastre la peste como castigo, podría preguntarle a Turón, que no se aparta de mi lado. Acamante me lo ha dado como protector, tiene la misma edad que yo, un joven pálido e increíblemente delgado, de mejillas hundidas y largos dedos huesudos, y una mirada viscosa; tengo que estarle agradecida por cómo se ocupa de mí, el rey se preocupa por mí, ha encargado que me digan, los asuntos oficiales le impiden venir a verme personalmente, lo que es lógico, pero aunque viniera no podría decirle que me horrorizan las manos húmedas y huesudas de Turón, que a él le gusta ponerme en el brazo, o en el hombro, o incluso en la frente, para tranquilizarme, según dice, y que el olor a sudor pútrido que brota de sus axilas me asquea, nadie que yo conozca huele así, al contrario, hay personas cuyo olor no se cansa una de aspirar, pero en eso no quiero pensar otra vez, no otra vez en la mujer que me puso también la mano en la frente, los que me lo aconsejan

tienen razón, especialmente Creonte, mi padre tiene razón, tengo que borrar de mi memoria el nombre de esa mujer, tengo que hacer salir de mi cabeza a esa persona, arrancármela del corazón, tengo que hacer que me pregunten o preguntarme yo cómo pudo ser que le abriera mi corazón, a ella, que será siempre extranjera para nosotros, sin duda tiene razón Turón al llamarla traidora, acusarla de magia negra, pero lo que dice Turón me resulta en realidad indiferente, no me afecta como me ha afectado la desesperación de mi padre, porque la cólera desmedida que ha dirigido contra mí sólo puede proceder de la desesperación, ¿no?, nunca lo había visto nadie tan furioso, no puedo recordar que me hubiera tocado antes, evitaba tocarme y yo lo he comprendido siempre. A qué hombre, aunque sea nuestro padre, le gusta tocar la piel pálida e impura, o los miembros desmañados de una muchacha, aunque sea su hija, ¿no?, es mi certeza más temprana, que soy fea; ya podía reírse de mí tanto como quisiera la mujer cuyo nombre no quiero pronunciar, ya podía enseñarme artimañas sobre cómo estar, cómo moverme, con qué lavarme el cabello y cómo llevarlo, naturalmente me dejé engañar y casi le hubiera creído, casi me hubiera sentido como cualquier otra muchacha: ésa es mi debilidad, creer a los que me halagan, aunque no fue realmente halago, fue algo distinto, era más sutil, me penetraba más profundamente, afectaba al punto más secreto que había en mí, al dolor más profundo, que hasta entonces sólo había podido desplegar ante la divinidad y que a partir de ahora sólo podré desplegar ante la divinidad, para siempre y eternamente, qué sentencia, no debo pensar en ello, me enferma, eso me enseñó ella, que me enferma evocar una y otra vez imágenes que me muestran como un ser desgraciado, como una pobre desgraciada, y por qué, me dijo riéndose de esa forma que es sólo de ella y que, en eso Turón tiene toda la razón,

resulta bastante impertinente, puede reírse así en sus montañas salvajes, dice él, pero por qué hemos de soportar nosotros esa risa insolente... ¿Por qué, me dijo ella, quieres ahogarte toda tu vida bajo esos paños negros? Me quitó los negros vestidos que, hasta donde puedo recordar, siempre había llevado, e hizo venir a Arinna, la hija de Lisa, que trajo tejidos como sólo fabrican las mujeres de la Cólquida, colores que me hicieron abrir los ojos, me pusieron esas telas, me llevaron ante un espejo, eso no es para mí, dije yo, y ellas se limitaron a reírse, debía de ser cierto azul luminoso, eso realza, dijo Arinna, con un ribete dorado en el cuello y en el borde de la falda. Me cosió el vestido; las dos tuvieron que hablar mucho para que me lo pusiera, con los ojos bajos corrí por los pasillos, uno de los jóvenes cocineros no me conoció y silbó a mi paso, inaudito, inaudito y maravilloso, ah, qué maravilloso, pero ésa era precisamente su magia negra, me hacía sentir algo que no existía, no existe, de repente era como si mis brazos y mis piernas se movieran con gracia, en cualquier caso me lo parecía, pero todo aquello era engaño, burla, me dice Turón, poniéndome una mano compasiva sobre la cabeza, quiere decir naturalmente burla de alguien pobre y desgraciada, desfavorecida por los dioses, y la prueba es que ahora que me han sustraído a la influencia perniciosa de ella y me han vuelto a dar los vestidos oscuros que me corresponden, que también mis brazos y piernas han perdido su engañosa gracia y ni el más estúpido pinche de cocina tendría la idea de silbar a mi paso, lo que al fin y al cabo sería sumamente improcedente con la hija del rey, gritó Creonte cuando, por fin, descubrió las intrigas de aquella mujer, cuando le informaron de que ella me visitaba frecuente y regularmente, ¿qué es esto?, gritó, ¿es que todo el mundo puede hacer lo que quiera?, expulso a esa mujer por la puerta de entrada y mi hija la hace entrar por la puerta de atrás;

Creonte me agarró por los hombros y me sacudió, mi padre me había tocado, eso no había ocurrido nunca, fue miedo y alegría al mismo tiempo. Lo había conseguido, había logrado que me tocase; eso tendría que verlo ella, pensé, ella, a la que no debía volver a ver, ella, que había querido librarme del miedo a mi padre, quería mostrarle a ella que sólo podía sentir por él una alegría mezclada con miedo. Hubiera debido estar asustada, pero no me asusté: lo confieso todo y les doy la razón, pero no me asusto, ni de mí ni de ella, pero me pregunto si ella sabe realmente que, cuando entra en una habitación, la gente se comporta inmediatamente de una forma distinta que antes, y que tampoco mi padre, el rey, se hubiera permitido nunca en su presencia un estallido de cólera tan desenfrenado, sí, desenfrenado, hasta él, cuando ella está presente, reprime sus verdaderos sentimientos porque, de pronto, le resultan penosos, me he dado cuenta rápidamente, porque, aunque hablo poco, eso no quiere decir que no observe y reflexione; eso fue, por cierto, lo que ella me dijo a la cara en nuestro primer encuentro. Recuerdo cada una de sus palabras, desde el principio.

Nadie se imagina cómo los esperaba a ella y a los otros colquidenses, con qué fervor deseaba que vinieran, soborné a la muchacha que me servía entonces para que me diera sus vestidos viejos, y como muchacha del pueblo, con el rostro escondido detrás de un paño, me deslicé por la barrera del puerto, puedo ser muy audaz cuando no soy Glauce. Así estuve al pie de la pasarela de desembarque y la vi bajar con su grueso vientre, apoyado en aquel hombre cuyo brillo me deslumbró, algo se desgarró dentro de mí, vi su silueta contra el cielo, cómo lo odio, este cielo de Corinto, no se lo he dicho a nadie, sólo a ella, una y otra vez a ella, a ella, a ella, al fin y al cabo fue ella quien me quiso enseñar a odiar, ¡pero no al cielo, Glauce!, me gritó, riéndose a su modo, fue ella

quien me quiso convencer de que podía pensar tranquilamente: odio a mi padre, no me pasaría nada por ello, no tenía que sentirme culpable por ello. Así comenzó su influencia perniciosa sobre mí, hoy me parece increíble, monstruoso, que me entregase a ella, que me entregase a ella con placer, fue lo malvado que había en mí, que de repente podía hacerse pasar por mi mejor parte, mi coquetería y mi gusto por la diversión y por los juegos infantiles a los que ella me hacía jugar con Arinna, a la que hizo mi amiga; yo nunca había tenido una amiga que me llevara al mar y me enseñara a bañarme, aquello era sano, me dijeron, y durante algún tiempo pareció como si tuvieran razón, ¿no?, incluso mi mal se manifestaba más raramente, ella afirmaba que desaparecería por completo, hubo días, semanas en que, por las mañanas, no aguardaba ya angustiada que me acometiera, me sacudiera y me arrojara convulsa al suelo, pero Turón dice: ¿cómo se puede engañar a una persona enferma con una mentira tan cruel?, se ocupa mucho de mí y está cerca cuando el mal me acomete, me coge en sus brazos, me sujeta y se encarga de que yo no me haga daño, pide ayuda, creo que el palacio entero sabe con cuánta frecuencia me postra el mal, lo veo en sus miradas compasivas y despectivas, no puedo ya dar un paso sola, no puedo ya dormir sola, tanto teme mi padre que pueda hacerme algo, es decir, mientras que esa mujer me incitaba, si ellos supieran, a ir totalmente sola por el camino secreto hasta el mar, en donde Arinna me aguardaba, la cual, cuando me acercaba en el crepúsculo, no estaba sola, había a su lado un hombre, la sombra de un hombre cuya silueta reconocía yo y que se alejaba al verme llegar, y del que Arinna no decía palabra, pero estaba excitada, alegremente excitada, no podía ocultarlo, las dos teníamos confianza, pero algo me impedía hablar de aquel hombre, apenas quería creer que fuera real lo que había visto, y entonces

fue Arinna misma la que empezó, era la primera vez que me ocurría que una mujer se confiara a mí, sí, ella sentía afecto por Jasón, el corazón me dio un salto, no perdía palabra, aprendía. ¿Y su mujer?, me atreví a preguntar. Ella lo sabía, supe. Ella parecía natural cuando nos encontraba a las dos. Escuchaba nuestra charla, podía intervenir al escuchar alguna expresión corriente, podía preguntarme cuál era el primer acontecimiento que yo recordaba, preguntas así ante las que tenía que reírme, eso no se sabe, decía yo, ay, decía ella –mientras me daba masaje en la cabeza y la nuca de una forma que me producía un bienestar infinito y hacia desaparecer la pesada vibración del centro de mi cabeza que casi nunca me abandonaba y a veces, con fuerza espantosa, parecía desintegrar toda mi pobre cabeza y desencadenar el mal... Eso, decía ella, no debe preocuparte ya, pero el primer acontecimiento que yo podía recordar, eso sí que le interesaría, y lo que yo había sentido entonces, yo debía darme tiempo, reunir valor y descender por una soga interior –se podía imaginar algo así– hasta lo profundo de mí misma, que no era otra cosa que mi vida pasada y mi recuerdo de ella. Así hablaba ella, la funesta, siempre de pasada, desencadenando algo de lo que no podía responder, en eso mi padre tenía razón, naturalmente, al ponerse fuera de sí cuando él y Acamante supieron, a fuerza de interrogarme, adónde me había empujado ella. Quiero decir empujado interiormente, aunque se contenía, me hacía beber sólo su cocción de hierbas, que unas veces sabía bien y otras era amarga como la hiel, y no me hablaba ya de aquella soga que, durante cierto tiempo fue para mí más real que todo lo del mundo exterior. Dejarse resbalar, descender, hundirse. No sólo cuando estaba echada en mi lecho, sino también cuando iba y venía con los ojos abiertos, incluso cuando hablaba con alguien, podía, no, tenía que seguir al mismo tiempo con tensa atención aquella

imagen reducida de mí misma, que se esforzaba por descender en mi interior. A veces cogía la mano de ella y ella me la dejaba. Quiso convencerme de que yo no tenía por qué negar las sombras que con tanta frecuencia caían sobre mis días más claros, no tenía por qué huir cuando, en un lugar determinado del patio de nuestro palacio, cerca del pozo, me acometía regularmente una espantosa angustia, de forma que tuve que aprender a evitar el lugar. Con eso se puede vivir, la mayoría de las personas no sospechan que se puede vivir evitando muchas cosas, pero luego no fue sólo aquel lugar, fueron todos los alrededores del pozo, y finalmente todo el patio del palacio lo que me hacía temblar, y me volví muy ingeniosa para inventar excusas y pretextos que me ayudaran a evitar tener que entrar en ese patio, que cualquiera de nosotros atraviesa varias veces al día. Yo no revelaba a nadie mi enfermedad, tampoco a ella, que la notó por un grito que lancé, por un sobresalto, y tuve que maravillarme de la atención con que me observaba. Tomó en serio mi aseveración: ¡No puedo!, no quiso disuadirme de mi miedo, lo sé, dijo, es exactamente como si te faltara un brazo o una pierna, sólo que nadie ve lo que te falta. Tuvo paciencia, sin duda por cálculo, y no sabría ya decir cómo consiguió un día hacerme atravesar el patio, de su mano. Me sujetaba muy firmemente, eso lo recuerdo aún, me hablaba en voz baja cuando nos acercamos al lugar y se me humedecieron las manos y se me clavaron los pies en el suelo; me tranquilizó con sus palabras, no, fue más que tranquilizarme, fue uno de sus trucos de magia, eso me resulta ahora claro, porque de pronto no percibí más que un gran silencio y, cuando los ruidos volvieron, yo estaba sentada en un banco de piedra al otro extremo del patio del palacio, a la sombra del viejísimo olivo, de forma que tenía que haber andado, pasado por aquel lugar sin caer en el estado que tanto temía, casi me pareció

como si tuviera que recuperar ese estado para que todo fuera como debía ser, pero ella me dijo que no era ya necesario, me hizo poner la cabeza en su regazo, me acarició la frente y me habló en voz baja de la niña que yo había sido en otro tiempo, diciéndome que algún recuerdo insoportable me unía a aquel lugar del patio, que había tenido que olvidar para poder seguir viviendo, lo que hubiera estado bien si en mi cabeza de niña, mientras crecía, no hubiera crecido también lo olvidado, una mancha oscura cada vez mayor, ¿me comprendes, Glauce?, hasta apoderarse de esa niña, de esa muchacha, ay, la comprendía, demasiado bien la comprendía, me lanzaba la soga, tenía que deslizarme por sus preguntas, quería conducirme por los lugares peligrosos que yo no podía atravesar sola, quería resultar irreemplazable, eso tuve que comprenderlo.

Hubo de pasar mucho tiempo para que tuviera que reconocer que también en eso me había equivocado, pero ¿qué hay que sea verdadero?, ¿puedo confiar aún en mis ojos?, ¿puedo fiarme todavía de alguien?

No sé, realmente no sé cómo logró que yo hablara, quiero decir, que hablara de lo que había olvidado, de lo que sólo recordaba en el momento de contarlo. Quizá me lo imagino ahora, dije, no importa, dijo ella, yo tenía la cabeza en su regazo, nunca había puesto antes mi cabeza en el regazo de nadie, tal vez sí, dijo ella, tal vez estuviste así con tu madre y no lo recuerdas ya. ¿Por qué dices eso?, exclamé yo, ella no respondió, nunca respondía a determinadas preguntas, en eso se ve lo calculadora que era, contaba con que yo no soportaría el silencio y tendría que seguir hablando, tendría que hablar superando mi confusión, y yo hablaba sin parar, hasta que pronunciaba una frase que le venía bien, algo casual, sin importancia, pero que ella escogía para enredarme. ¿Fue la primera vez que disputaron tus padres? ¿Cómo?,

dije yo, ¿qué quieres decir? Entonces le conté que mi madre, un día –debía de vivir aún en el palacio, hermosa con sus cabellos rizados y muy negros– estaba allí en el patio, arrancándose mechones de cabellos y gritando. Yo agitaba la cabeza en el regazo de mi madre, así empezaba siempre, y eso me hubiera devuelto al olvido consolador, pero ella, la mujer, no me lo permitía, me sujetaba firmemente la cabeza, se oponía con todas sus fuerzas y me decía con voz resuelta y enojada: ¡No!, sigue, Glauce, sigue, y yo vi al hombre hacia el que se lanzaba mi madre, que la llamaba por su nombre y trataba de mantenerla a distancia, ella le arañaba el rostro con las uñas. Quién era aquel hombre, Glauce. El hombre, el hombre, ¿qué hombre? Tranquila, Glauce, muy tranquila, mira.

Aquel hombre era el rey. Mi padre.

La odio. Cómo la odio. Que matara a su hermanito, lo creo. Es capaz de todo. Alguien como ella tiene que atraer sobre una ciudad todos los males que los dioses pueden enviar, tiene que desaparecer sencillamente, como si nunca hubiera estado aquí, ella misma me ha enseñado a no prohibirme ningún pensamiento, se tiene derecho a pensar los deseos más aberrantes, pero ahora me pregunto si ella hubiera dicho lo mismo si hubiera conocido todos mis aberrantes deseos. Porque ese fue mi triunfo secreto y mi profunda inquietud, con mis ansias me escapé de ella, ella, que parecía saber de mí más que yo misma, no sospechaba hasta dónde podían llegar mis pensamientos que ella había liberado del miedo, qué forma tomaban o a qué figura se agarraban. O a qué voz, porque era su voz lo primero que oía al despertar de una especie de sueño profundo, con la cabeza siempre apoyada confiadamente en su regazo, la desalmada.

Está volviendo en sí, dijo una voz de hombre suave y preocupada, mi vista se posó sobre un hermoso rostro que se

inclinaba sobre mí, en dos ojos indescriptiblemente azules, Jasón. Lo vi como por primera vez, escuchaba el sonido de su voz, cuando, con aquella mujer, se preocupaba por mi estado, no tengo palabras para decir cómo me sentía, me levanté, me sentía mejor y peor a la vez, no era posible dirigir mi deseo al hombre que pertenecía a aquella mujer y no me era posible renunciar a él. Durante tantos años, me dijo ella, lo has intentado. Conciliar lo irreconciliable, eso te ha hecho enfermar. Después de aquella salvaje pelea con mi padre, de la que fui testigo de niña, mi bella madre se apartó de mí, era como si evitara todo contacto conmigo. Pronto estuve totalmente cubierta por una erupción, que me picaba y atormentaba, y entonces mi madre volvió a mí para ponerme compresas de leche y requesón, y cantarme canciones que ahora recuerdo otra vez, pero ¿me mostraba su verdadero rostro? ¿No había preferido siempre a la otra?

Qué otra, me preguntó naturalmente aquella mujer, hablábamos sin parar dondequiera que nos encontrásemos, no ya en el patio del palacio, rara vez aún en mi habitación, ella parecía evitar el palacio, se servía de Arinna para enviarme mensajes que, sin embargo, no debían dar la impresión de proceder de ella, hacía una y otra vez que le dijera todo lo que me pasaba por la cabeza, todo revuelto, me daba cuenta de que pensaba cada vez más frecuentemente en mi madre, que me había abandonado y de la que no quería saber ya nada. Tal vez sí, me decía ella, tal vez quieres saber algo de ella. ¿Sabes por qué vive en los aposentos más sombríos, sin dejar entrar a alma viviente? Eso, dije, no quiero saberlo, Turón opina que no está completamente bien de la cabeza, y yo lo creo; eso lo veo, lo vi ya durante el banquete, en la mesa, cuando ella estaba sentada como una momia junto a mi padre, que te podía dar pena con una reina así, y cuando no me miró ni una vez, ni una vez volvió hacia mí la cabeza,

ni mucho menos preguntó por mí, sino que se fue, sencillamente se fue, y entonces me acometió otra vez el mal, sí, le dije furiosa a esa mujer, ella me ha embrujado, cada vez que la veo o que hablo de ella me acomete el mal. Eso puede haber sido cierto, dijo la mujer, pero ¿lo sigue siendo hoy?

Fue increíble, pero casi pareció alegrarse cuando me volvió aquella horrible erupción, yo me puse fuera de mí cuando empezó, primero en los pliegues de la piel y extendiéndose luego a grandes partes de mi cuerpo, asquerosa, humedeciéndome y picándome, aquello era, según ella, un signo de curación, ¿qué decías?, ¿leche y requesón?, me ponía las mismas compresas que mi madre, tarareaba mientras tanto las canciones de mi madre, me dio a beber uno de sus extractos más repulsivos, me mostró los lugares de mi cuerpo en los que la erupción retrocedía, la nueva piel que iba apareciendo, te estás pelando como una serpiente, Glauce, me dijo alegre. Hablaba de volver a nacer. Fueron días llenos de esperanza, hasta que me dejó en la estacada, como en otro tiempo me dejó en la estacada mi madre, era lo que nunca hubiera debido hacer. La odio.

Ahora habrá perdido su orgullo. Cada vez con más fuerza se dice de ella que mató a su hermanito, y hoy he oído voces que relacionaban su nombre con la peste que abajo, en los barrios pobres de la ciudad, se ha cobrado ya sus primeras víctimas; Agameda, que se preocupa por mí de una forma conmovedora, lo mencionó de pasada, me pareció que observaba atentamente cómo reaccionaba yo, y yo controlé mi expresión, el triunfo y el espanto a un tiempo me cortaron casi el aliento. Ahora tendría ella lo que se merecía. Ahora la perdería yo para siempre. Preparan algo contra ella. Me lo ocultan, pero yo averiguo todo lo que quiero saber, hago preguntas ingenuas a la servidumbre poniendo cara de tonta, están tan acostumbrados a tomarme por simple, incluso

por idiota, que hablan sin reservas en mi presencia. Cuando se tiene miedo hay que conocer bien el entorno, como un animal débil en la espesura, esa mujer lo entendía bien, sabía muy bien qué difícil es ahuyentar el miedo, qué cerca de la superficie acecha para volver a irrumpir, e intentó mientras pudo, lo reconozco, mantener el contacto conmigo, incluso cuando ella misma tenía razones para temer.

Un día Arinna me preguntó, hipócrita como siempre en tales casos, si no tenía ganas de ver trabajar a Oistros, uno de los mejores escultores y tallistas de la ciudad. Yo había oído hablar mucho de él, hace monumentos fúnebres para personas de alto rango, se decía que los dioses le habían dado unas manos de oro, pero lo primero que vi fueron sus ojos, unos ojos penetrantes de un gris azulado, amables, sí, pero no sólo amables sino también escrutadores, no encontré en ellos ni rastro de esa curiosidad, esa insistencia, esa envidia que encuentro en los ojos de la mayoría de los corintios. Ah, dijo, Glauce, qué bien que hayas venido. Tiene el cabello de color herrumbroso, lo que es raro en Corinto y se considera un defecto, pero no en el caso de Oistros, en el que las burlas y murmuraciones rebotan; me enseñó su taller y me explicó las distintas clases de piedras y para qué las utiliza, me enseñó cómo se usa el cincel, me mostró bloques de piedra y dejó que adivinara qué figura se escondía en ellos, porque no en cualquier piedra se esconde cualquier figura, es como nosotros, me dijo Oistros, no se puede hacer un ser humano con cualquier pedazo de carne, a veces resulta consolador saberlo, ¿no crees? Me trataba como a una igual, se reía fuerte y contagiosamente, y su risa hizo aparecer dos cabezas de mujer en la puerta de la habitación contigua. Me sobresalté. Estaba allí, esa mujer. A la otra no la conocía. Ah sí, dijo Oistros, creo que te esperan, y me empujó a la habitación contigua.

Nunca me había imaginado que pudiera haber en mi ciudad nada tan hermoso como aquella habitación. Aretusa, que vivía allí y parecía conocer muy bien a la mujer cuyo nombre evito, Aretusa era grabadora en piedra, su cabeza tenía el mismo perfil que las gemas que extraía de las rocas, llevaba el moreno y rizado cabello artísticamente recogido en alto y un vestido que subrayaba su delgado talle y dejaba ver mucho de sus pechos, yo no podía apartar la vista de ella. Por qué no te he visto nunca, le pregunté involuntariamente. Aretusa se sonrió; creo, dijo, que no nos movemos en los mismos círculos, trabajo mucho y rara vez salgo. Su habitación tenía una gran abertura hacia el oeste, estaba llena de plantas raras, apenas se sabía si se estaba dentro o fuera, allí debía de estarse bien, sentí, y se me encogió el corazón, porque esos lugares en los que se puede vivir no me están permitidos, aunque ahora tengo que pensar en todo eso como algo pasado: la casa en que vivían Aretusa y Oistros, al parecer, resultó gravemente dañada por el terremoto, no sabría dónde preguntar por ellos. En mi entorno se ha producido otro terremoto, una sacudida que no ha destruido las casas pero ha hecho desaparecer seres humanos. Todos los seres humanos que estaban en contacto con esa persona aciaga han sido como tragados por la tierra, tendría que encontrarlo siniestro si no fuera lo mejor para mí, porque de qué podría hablar ahora con Oistros y Aretusa, salvo del destino de esa mujer, que, como siento muy bien, se dirige hacia una catástrofe que al mismo tiempo temo y deseo. Que llegue de una vez.

Ése es, lo sé muy bien, el único sentimiento que comparto con Jasón. Jasón, que aparece ahora con más frecuencia en mi proximidad y cada vez me da un salto el corazón, el cual es tan estúpido como para no hacer caso de que sea mi padre quien lo envía. Que a él le importa otra y le importará siempre,

lo sé, no es posible deshacerse de ella. Pero, ¿puede alguien como yo rechazar un regalo de los dioses? ¿No tengo que recoger las migajas que me caen de mesas ajenas, y saben amarga, pero también dulcemente, tanto más dulcemente cuanto más se aleja él de mí, entonces está conmigo en mis pensamientos, habla conmigo como nunca ha hablado conmigo, me toca como nunca me tocará, me produce una felicidad que no conocía, ay Jasón.

Esa mujer perecerá, y está bien que así sea. Jasón permanecerá. Corinto tendrá un nuevo rey. Y yo ocuparé mi puesto junto a ese rey y podré olvidar, olvidar, olvidar por fin otra vez. Lo que ella no quería permitirme, esa mujer; me pone mal pensar cómo me atormentó precisamente aquella tarde en casa de Aretusa, en la que los cinco –Oistros había venido y, para asombro mío, también Leucón, que al parecer sabe más de las estrellas que cualquier otro en Corinto y que siempre me había inspirado temor–, sentados afuera, en el patio interior hermosamente pavimentado, alrededor del cual se alzaban las esculturas de Oistros, como si montasen guardia; un naranjo nos daba sombra, bebíamos una bebida maravillosa que nos había preparado Aretusa, yo me sentía transportada a otro mundo, mi timidez se desvaneció, intervine en la conversación, hice preguntas. Supe que Aretusa había venido de Creta, que ella y algunas otras habían podido escapar en el último barco de la isla, amenazada por un maremoto, ella era muy joven, casi una niña aún, pero sin embargo había traído consigo muchas de sus costumbres, y también la preparación de muchas comidas y bebidas y el arte de grabar en piedra, pero sobre todo se había traído a sí misma, dijo Leucón, acariciándole suavemente el brazo; ella le tomó la mano y la apretó contra su mejilla. Se me cayeron las escamas de los ojos: estaba entre parejas de amantes. Porque aunque Oistros y la mujer cuyo nombre no pronuncio

se tocaran raras veces, no podían apartar la mirada el uno del otro. Apenas podía creerlo: Jasón estaba libre.

Estábamos así sentados, hablando y bebiendo, y comiendo las sabrosas tortas rellenas de carne que trajo Aretusa; el calor de la tarde fue cediendo poco a poco, la luz palidecía, se fueron yendo sucesivamente. Estaba sola con esa mujer. Dio unos pasos conmigo hasta un arroyuelo que corría desde el borde de una fuente, nos sentamos en un trozo de hierba, yo debí de decir algo de la hermosa tarde, de mi nostalgia de días así, que tan raros son, debí de abrirle nuevamente el corazón, ella consiguió llevarme otra vez a esa profundidad en donde reposan las imágenes del pasado. A aquel abismo en donde me veía a mí misma llorando con desconsuelo, muy pequeña aún, sentada en el umbral de piedra que había entre una de las salas del palacio y el corredor largo y helado. Qué habitación era aquélla en cuyo umbral me sentaba, quiso saber ella, pero yo no quería mirar a mi alrededor, tenía miedo, ella murmuró sus conjuros tranquilizadores y yo tuve que darme vuelta. Era una habitación en la que vivía una muchacha. Había en ella un arcón pintado de espléndidos colores, había vestidos extendidos sobre el lecho y un espejito engastado en oro sobre una consola, pero ningún signo de quién podía vivir allí. Lo sabes, Glauce, dijo esa mujer, lo sabes muy bien. No, exclamé yo, grité yo, no lo sé, cómo podría saberlo, al fin y al cabo ella ha desaparecido, no ha vuelto a aparecer, nunca ha vuelto a mencionarla nadie, también la habitación ha desaparecido, probablemente sólo me he imaginado todo eso, probablemente nunca ha existido. Quién, Glauce, me preguntó la mujer. Mi hermana, grité. Ifínoe.

Ifínoe. Nunca he vuelto a escuchar ese nombre, nunca he vuelto a pronunciarlo, ni a pensarlo, no desde entonces, pero por qué se había ido, mi hermana mayor, la guapa, la

inteligente, a la que mi madre quería más que a mí. Y que desapareció de la noche a la mañana, con aquella nave, dice Turón, mirándome de reojo con sus ojos muy juntos, y con ese mozo, dice, acercándoseme mucho con su aliento agrio, ese hijo de un rey poderoso pero muy lejano, del que se enamoró, porque, ¿no es cierto?, la fuerza del amor, tú también la conoces, y tuerce las comisuras de la boca de una forma insoportable, y así fue cómo ella se apresuró a subir a bordo, Ifínoe, raptada al alba, sin despedirse de mí.

Finjo creerle, pero él no lo sabe todo, ese imbécil de Turón, porque la verdad es que ella, mi hermana, se despidió de mí al alba. Se lo conté también a esa mujer, aquella tarde tibia en el patio interior con Aretusa, confiada como era, resultaba fácil hablar en la oscuridad, más fácil que nunca antes, más fácil que nunca jamás. Algún ruido en el pasillo me sobresaltó en el sueño, dije, fui a la puerta y miré afuera, y entonces volví a recordar aquel cuadro hacía tanto tiempo olvidado: mi hermana, delgada, pálida, con un vestido blanco, en medio de un grupo de hombres armados, eso me asombró, dos delante de ella, dos que la llevaban en medio, sujetándola por los brazos o quizá sosteniéndola; inmediatamente detrás nuestra aya, con una expresión que nunca había visto en ella, me dio miedo, le dije a esa mujer, que me tomó y apretó la mano, pero noté que también su mano temblaba. Y entonces, dije, cuando se habían alejando unos pasos, mi hermana se volvió y me sonrió. Me sonrió como yo siempre había deseado que me sonriera; creo, dije, que me veía realmente por primera vez, quise correr tras ella, pero algo me dijo que no debía hacerlo; rápida, muy rápidamente se alejaron y doblaron una esquina, todavía seguí oyendo resonar los pasos de los hombres armados, y luego nada más. Después el grito de mi madre. Como un animal al que sacrifican, vuelvo a oírlo, dije llorando. Lloré, lloré, no podía dejar de

llorar, ella, esa mujer, me sujetaba los hombros, que se estremecían como si tuviera fiebre; ella guardaba silencio, vi que también lloraba. Más tarde me dijo que ya había pasado lo peor. ¿Está muerta Ifínoe?, pregunté. Ella asintió. Yo lo había sabido siempre.

Pero qué significa saber. Uno se puede convencer de muchas cosas, ¿no? En eso tiene razón Turón. Ella, esa persona, quiso someterme a su poder, como hacen las mujeres de su especie. Fue ella quien me inspiró todas esas imágenes, todos esos sentimientos, a ella le resulta fácil con sus extractos de plantas, que, naturalmente, me han quitado ahora. Reforzó en mí toda clase de sospechas aberrantes, eso suena plausible. ¿O es que preferirías creer, querida Glauce, que vives en una fosa de asesinos?, me dice Turón con una mueca que él cree una sonrisa. ¿Que nuestra hermosa Corinto, que esos extranjeros nunca comprenderán, es una especie de matadero? No. No quiero creerlo. Naturalmente, todo eso me lo he imaginado. Cómo podría una niña, como yo era entonces, guardar dentro de sí imágenes tan complicadas y conservarlas a lo largo de los años. Olvídalo, me dice Turón. Olvídalo, me dice mi padre, ahora vendrán para ti tiempos mejores, ya verás lo que te reservo, te gustará. Así me habla ahora mi padre, ay.

Qué pasa ahí fuera, qué ocurre. Qué significa ese clamor en aumento de tantas gargantas. Qué gritan, qué me importa ese nombre maldito. La reclaman. ¡Dioses! Reclaman a esa mujer. Helio, ayúdame.

Me vuelve otra vez, lo siento, me ahoga ya, me sacude ya, ¿no hay nadie ahí?, ¿nadie me ayudará?, ¿nadie me acogerá, Medea?

7

Los hombres quieren convencerse de que sus males vienen de un único responsable, del que será fácil deshacerse.

RENÉ GIRARD: *LA VIOLENCIA Y LO SAGRADO*

Leucón

La peste se extiende. Medea está perdida. Se debilita. Se debilita ante mis ojos y no puedo hacer nada. Preveo lo que le ocurrirá. Tendré que presenciarlo todo. Ése es mi destino, tener que presenciarlo todo, comprenderlo todo y no poder hacer nada, como si no tuviera manos. Quien se sirve de sus manos tiene que sumergirlas en sangre, lo quiera o no. Yo no quiero tener las manos ensangrentadas. Quiero estar aquí arriba en la terraza de mi torre y contemplar, de día, el hervidero de abajo, en las callejuelas de Corinto, y bañar de noche mis ojos en la oscuridad del cielo de arriba, en el que poco a poco van apareciendo las distintas constelaciones como compañeras conocidas.

Y si tuviera un deseo que expresar aún a esos dioses veleidosos se me ocurrirían dos nombres de mujer, para las que imploraría protección. Me asombro de mí mismo, nunca hasta ahora el nombre de una mujer ha desempeñado un papel en mi vida. No es que me haya denegado las alegrías que puede proporcionar el juego eterno entre hombre y mujer, pero los nombres de las muchachas que me han visitado una o más veces, siempre, por cierto, por su voluntad, incluso encantadas, creo, esos nombres los he olvidado rápidamente, sus visitas se han hecho más raras sin que las echara mucho de menos. Medea dice que soy un hombre que teme el dolor. Yo quisiera que ella temiera el dolor más de lo que lo teme.

Todavía está sentada frente a mí en la terraza, se ha levantado algo de brisa después de un día insoportablemente caluroso, comenzamos a respirar más libremente, entre los dos hay una lamparita de aceite sobre una mesa baja de madera de pino, la llama está casi inmóvil, bebemos vino fresco, hablamos en voz baja o guardamos silencio. No hemos renunciado a esta costumbre de nuestros encuentros nocturnos, aunque los demás se escondan en las cavernas en que viven, evitándose entre sí. Reina en la ciudad una calma inquietante. Sólo a veces se oyen los ruidos de las carretas tiradas por asnos, que transportan los cadáveres del día al otro lado del río, que se extiende negro, a la ciudad de los muertos. Cuento las carretas. En las últimas noches ha aumentado su número. Medea está perdida.

Qué va a ser de nosotros, Leucón, me dice, y no tengo corazón para decirle lo que sé, lo que veo, lo que será de ella. Llega, ardiente de belleza y acalorada de amor, de casa de Oistros, me abraza y yo abrazo a alguien que ya no está ahí. Hace algo que no debería hacer, desoír mis advertencias, y con Oistros no se puede hablar. Con su cincel, que es la prolongación de las yemas de sus dedos, extrae de la piedra la imagen de la diosa, y no parece prestar atención siquiera a la figura que está copiando. Ella, Medea, está en las yemas de sus dedos, ha tomado posesión de él, lo dice él mismo, nunca le había pasado nada así, el deseo de esa mujer le ha dado un nuevo deseo de vivir, de trabajar, al acercarme lo oigo silbar y cantar en su taller, sólo cuando ella llega se hace el silencio. Ese hombre, que no tiene origen, padres ni parientes, lo que no parece preocuparlo, al que no oprime su destino de haber sido abandonado siendo un niño de pecho y dejado ante la puerta de un tallista, cuya mujer no tenía hijos y aceptó y crió a aquel expósito como un regalo de los dioses, el cual, niño aún, aprendió en el taller de su padre adoptivo los

rudimentos de su oficio, y pronto, eso lo reconoció el viejo tallista sinceramente y casi con respeto, los superó. Hoy, los corintios más nobles le encargan monumentos funerarios para sus familias, podría ser rico, nadie sabe muy bien cómo consigue seguir siendo modesto y sin pretensiones, ni se comprende tampoco cómo no suscita la envidia de los demás tallistas de piedra. El dinero parece adherirse a él tan poco como la envidia, y en cambio sabe captarse las simpatías, siempre está rodeado de jóvenes a los que da trabajo en su taller. También a mí me atrajo su forma de ser despreocupada, cuando estaba con él me curaba de mi melancolía y mis cavilaciones, que él no parecía notar, en cualquier caso, no hablaba nunca de ellas, y eso era precisamente lo saludable de su presencia: que trataba igual a todo el mundo, estoy seguro de que no se daría importancia si el rey se aventurase a ir a verlo. Y, lo que es curioso observar, su ecuanimidad y su independencia se extienden a todo el que va a visitarlo, sea alto o humilde.

Medea dice que él ha conseguido ser adulto sin matar al niño que tenía dentro, para ella fue una bendición, pero ¿lo sigue siendo? No debería preguntarlo así. Yo no permitiría que nadie me preguntase si Aretusa es para mí una bendición a pesar de la renuncia que ella me impone. Hemos convenido, sin decírnoslo, en mantener secreta nuestra relación, que no lo es, mientras que Medea no adopta casi precauciones cuando va a ver a Oistros. Su despreocupación se hace peligrosa, incluso punible.

Es para desesperar. Como si alguien quisiera vengarse de haber renunciado cuidadosamente durante tanto tiempo a los sentimientos, mi corazón se inclina ahora por personas que no conocen realmente la situación en Corinto, que no sospechan de qué son capaces los corintios cuando se ven amenazados, como ahora. Medea bebe, sonríe, calla.

Acamante me ha reprendido ya por mis amistades, cuando, al parecer casualmente, nos cruzamos en la escalera de la torre, en la penumbra; él había elegido bien el momento y el lugar. Dijo que yo parecía preferir a personas que se han alejado bastante, así dijo mi astuto Acamante, bastante de nuestra casa real, ¿no es cierto, mi querido Leucón? Y yo, lleno cada vez con más frecuencia de una rabia impotente, no respondí a su taimada pregunta, sino que le pregunté a mi vez si podía echarme en cara algún incumplimiento de mis deberes. Si, tal vez, quería hacerme responsable de las dudosas conclusiones que otros sacaban de mis cálculos exactos. Acamante cedió, pero los dos sabíamos que yo no podía alegrarme de esa victoria; no podía permitirme con demasiada frecuencia enfrentar a Acamante con sus profecías escandalosamente falsas, como si yo no supiera quién había interpretado en mis cartas del firmamento lo que el rey quería escuchar; un año venturoso para Corinto, crecimiento, bienestar y la derrota de los enemigos del rey. En lugar de ello vino el terremoto y, como secuela, la peste. La estrella de Acamante en la corte declinaba, se descomponía ante nuestros ojos; él no puede vivir si no está muy arriba, gozando del favor real, una vez me lo dijo francamente, una vez, cuando en Corinto, en nuestra orgullosa Corinto, se sacrificó a una niña en el altar del poder, y los que lo supieron tuvieron que decidir si querían permanecer en el ámbito de ese poder o retirarse. Tú lo supiste, me dice Medea en tono de afirmación, y yo trato de explicarle que hay una serie de escalones en el saber, lo supe, sí, hasta cierto punto, pero sin detalles. Y lo olvidé otra vez. ¿Qué otra cosa hubiéramos podido hacer?, le pregunto. Dice que no lo sabe. Pero es lástima. ¿Lástima?, pregunto yo. Sí. Lástima que los acuerdos sean tan frágiles y que, ante cualquier dificultad, puedan ser sencillamente dejados de lado. Qué acuerdos, pregunté yo. Lo sabes

muy bien. El acuerdo de que no habría más sacrificios humanos. Me asombro de que tome en serio tales acuerdos, pero no lo digo. No me gusta su forma de hablar hoy, no me gusta su talante, es como si se moviera detrás de un velo.

Tengo que despertarla. Le digo que Acamante es peligroso ahora, cualquier medio le resulta apropiado para reafirmar su posición en el palacio. Que, como él me necesita, estoy a salvo de momento. Lo que no le digo es que tengo que recurrir a toda mi experiencia, toda mi inteligencia, toda mi astucia, y que necesito también esa capacidad que ella aborrece en mí y que a mí tampoco me gusta: la de guardar silencio y salir del paso doblegándome. Con intervalos bien limitados, proporciono a Acamante cálculos que le permiten hacer previsiones favorables que pueden realizarse, por ejemplo sobre la conclusión de un tratado comercial con Micenas o sobre el elevado número de partos del ganado. Me cuido de que Acamante pueda convencerse de que nadie más que él ha hecho esas predicciones, de que se le han aparecido en sueños, y tengo que amortiguar mi luz para que su estrella pueda brillar con más intensidad. El sistema astral de la corte de Creonte se ha reorganizado recientemente, en perjuicio de los pequeños planetas, que han sido relegados a zonas marginales peligrosas. Y, es algo que se palpa, cada vez se vuelve más peligroso para cualquiera acercarse al resplandor de la luz que Medea irradia. Ella, ella es efectivamente el centro del peligro. Y lo más terrible es que no quiere comprenderlo.

No sé qué tiene que pasar aún para que te vuelvas más prudente, le digo, y es capaz de responderme que, precisamente porque han pasado tantas cosas, tal vez debería poder esperar ahora que la dejaran en paz. Que se mantenía muy tranquila, qué podía hacer o dejar de hacer. Algo le falta a esa mujer, algo que los corintios mamamos con la

leche materna y no notamos ya, sólo por comparación con los colquidenses y, especialmente, con Medea, me ha sorprendido: un sexto sentido, un olfato fino para los menores cambios en la atmósfera que rodea a los poderosos, de los que nosotros, cada uno de nosotros, dependemos a vida o muerte. Una especie de terror permanente, le digo. De forma que muchos han vivido el verdadero terror, el temblor de tierra, como una liberación. Sois gentes extrañas, me dice ella, y yo le respondo: Y vosotros también. Nos reímos.

No quiero decirle que la mayoría de los corintios llaman entretanto arrogancia a la seguridad que se desprende de ella, y que por esa seguridad la odian. Sobre ninguna otra persona he pensado tanto como sobre esa mujer, pero no es la única, también las otras colquidenses me dan que pensar: hacen aquí los trabajos más humildes, pero llevan la cabeza alta como las mujeres de nuestros más altos funcionarios, y lo más extraño es que no pueden imaginárselo de otra forma. Eso me gusta y al mismo tiempo me inquieta. Cuando estoy cerca de ti, le digo a Medea, sólo tengo sentimientos encontrados. Ay, Leucón, me dice, tus sentimientos son prisioneros de tus pensamientos. Déjalos en libertad. Entonces nos reímos otra vez, y yo quisiera poder olvidar en qué situación se encuentra ella, dar libre curso a mis sentimientos y disfrutar simplemente de ser amigo de una mujer a la que conozco mejor que a cualquier otra persona, pero que siempre me seguirá siendo extraña.

Como Aretusa, pero eso es algo distinto. La extrañeza en la amante aumenta su encanto, que por cierto no se esconde a otros hombres, todos comprenden que haya sucumbido ante ella, hasta Acamante se permitió una observación condescendiente sobre mi felicidad amorosa, poco faltó para que me diera palmaditas en la espalda, de hombre a hombre, mi mirada lo contuvo a tiempo. De forma que todos saben a

qué atenerse con nosotros, cotillean sobre mí, sobre la pasión que ha acabado por dominarme, me resulta insoportable. Si supieran que tengo que compartir a Aretusa con el anciano, al que todos llaman sólo el cretense y que algunos toman por su padre; es su más antiguo amigo de amor, así lo llama ella. Era todavía casi una niña cuando él la recogió o, más bien, la sacó de las ruinas de su casa, que, como todas las casas de Creta, como los palacios cuya esplendidez debió de ser sin igual, fue destruida por el maremoto, toda Creta debió de ser un montón de escombros y un campo de cadáveres, yo lo conozco sólo por las descripciones de los ancianos, Aretusa no habla de ello, como tampoco habla de la travesía en el barco, en el que el anciano, entonces hombre en la flor de la edad, luchó por conquistar un puesto para ella y para él mismo. Por la fuerza, como un día me reveló él. Ocurre que él se emborracha como una cuba, entonces habla más que de costumbre, pero nunca cuando Aretusa está presente. No quiero imaginarme las escenas que debieron desarrollarse al partir esa nave.

El anciano sigue siendo un hombre vigoroso, aunque prematuramente envejecido y marcado, debe de haber sido temible, en Creta era uno de los atletas que, en los juegos anuales en el palacio, ante la casa real y el pueblo congregado, brillaban con ejercicios famosos en toda la zona del Mediterráneo. Aretusa le tiene afecto, es un fenómeno natural indiscutible. Yo sólo puedo elegir entre aceptarlo o renunciar a ella por completo. Las dos cosas me resultan imposibles. No sabía que la vida nos reservara esa clase de dolor, sólo con Medea puedo hablar de ello. Por lo demás, tampoco ella piensa en lamentarse de mí. Sí, dice, eso te afecta, pero imagínate que nunca hubiera ocurrido eso que te afecta tanto. Y aprendes a conocerte, ¿no?, a través de lo que haces. Pero si yo no hago nada, trato de contradecirla. Espero. Pero ella

no lo acepta. Me dice que también esperar es una actividad, que debe ir precedida de una decisión: la de querer esperar y no romper. Por lo demás, la verdad es que busco la proximidad de Aretusa, sin hacer ningún secreto de mis sentimientos ni de mis deseos, me quedo horas y horas en su taller, mirando sus manos que extraen gemas de la piedra. Nadie puede imaginar cómo me hablan esas manos. Aretusa sonríe, nunca me despide, siempre se le ilumina el semblante cuando aparezco en su puerta, para saludarme se aprieta contra mí. ¿Lo comprendes, Medea?, le pregunto. Sí, dice ella. Aretusa ama a dos hombres, a cada uno de un modo distinto. ¿Y tú?, le pregunto provocador, ella permanece imperturbable: Yo no. Abraza a Aretusa, se quieren como hermanas, vuelve a correr la cortina de la puerta y va hacia Oistros.

Acamante lo comprende muy bien, aquí estoy entre personas que no se dejan arrastrar por la maquinaria que mueve el cosmos de Corinto. Ha entrado arenilla, hay vibraciones y chirridos, a ella no parece inquietarla pero a mí me preocupa. A Aretusa no se lo puedo echar en cara, no puedo echarle en cara nada, pero puede ocurrir que reproche en silencio a Medea que contemple con tanta calma los signos que anuncian la ruina de Corinto, el más significativo los esfuerzos por desembarazarse de Medea. ¿Habrán sido inútiles todos estos años en los que me he ejercitado en mantenerme en reserva? ¿No acabará nunca mi responsabilidad por esta ciudad que no amo?

Nuestros pensamientos parecen haber llegado a un punto semejante por distintos caminos; dice Medea si yo también he notado que en todo mal se esconde un grano de bien. Porque ¿cómo hubiéramos podido conocernos nunca Oistros y yo, Aretusa, sin esa explosión de cólera popular contra Medea? Sin ser perseguida, ¿cómo hubiera podido extraviarse en esta apartada zona de la ciudad, en el barrio de la

casuchas de adobe hundidas en jardines, en el que se han establecido los corintios más pobres, antiguos prisioneros y su descendencia, y toda clase de existencias dudosas, entre las que personas como Oistros, Aretusa y el cretense no llaman la atención?

Era un día claro y transparente de principios de verano, era la hora en que la luz cae casi sin transición en la oscuridad, aunque antes reúne otra vez esa energía luminosa que incluso a mí, acostumbrado a ella desde la infancia, me ensancha todavía el pecho. Son esos momentos en los que me siento agradecido de vivir aquí y no puedo imaginarme otra cosa, y precisamente con ese sentimiento estaba en la plataforma de la torre, desde la que he observado el cielo tantas noches, entregado a la belleza no terrenal de las órbitas estelares, cuyas leyes ocultas quería descubrir, ésa era mi vida. Todavía no soy viejo, en cualquier caso eso dice Aretusa, pero había llegado al punto en que sólo tenía amigos entre las estrellas, no ya entre los seres humanos. Mantenía una amable distancia con los jóvenes que aprenden de mí y de los que alguno muestra buena disposición y sed de saber, no sólo un interés desconsiderado por su propia carrera, como Turón, uno de los más inteligentes y de los menos escrupulosos.

Aquella tarde, uno de mis discípulos subió apresuradamente las escaleras, saben que en esa hora de meditación no deben molestarme. Gritó: ¡Están persiguiendo a Medea por la ciudad! Yo pregunté: ¿Quién? Pero lo sabía ya. La plebe. Tenía que ocurrir.

Bajé corriendo las escaleras y entré sin cumplidos en el gabinete de trabajo de Acamante, en su gran habitación de muchas ventanas y rodeada de una terraza. Le dije: Estarás contento. Al principio quiso fingir que no sabía nada, pero yo, lo que casi no puedo creer ya, me dirigí amenazante hacia él, de forma que retrocedió hasta la pared, asegurándome

que no podía hacer nada porque ella había irritado demasiado al pueblo. ¿Al pueblo?, dije, y entonces quiso, con toda seriedad, ofrecerme la historia del asesinato de su hermano, que fue urdida en aquella habitación y puesta en circulación desde allí. Ah, dije burlonamente, esa gente ha tenido sola la idea de agruparse, acechar a esa mujer y perseguirla por las calles con insultos e infamias, ¿no? Así ha debido de ocurrir, se atrevió a decirme Acamante a la cara; sin embargo, me dijo, yo sabía muy bien que era imposible oponerse a un populacho desencadenado. Había que dejar que se desfogara. Yo grité: ¿que se desfogara? Quieres decir con esa mujer, ¿no? Matándola. Claro que no, dijo Acamante, esas multitudes son cobardes, a ella no le pasará nada.

Yo estaba, finalmente, fuera de mí. Él, le grité, él mismo había incitado al pueblo, y posiblemente le había pagado incluso. Luego me asusté. Naturalmente tenía razón, lo sabíamos los dos, pero había ido demasiado lejos. Acamante se dio cuenta también, se rehizo, se me acercó despacio y me dijo lentamente: eso tendrás que probarlo, amigo. Él había ganado. Yo nunca encontraría un testigo que dijera que el gran Acamante había corrompido al pueblo para que se lanzase contra esa mujer. Y si alguien era suficientemente loco para testimoniarlo, sería hombre muerto.

En aquellos minutos en que barajé en mi cabeza y tuve que desechar todas las posibilidades de probar la culpabilidad de Acamante, sólo en aquellos minutos supe lo que era mi Corinto. Y comprendí que correspondía a Medea descubrir la verdad sepultada que determina nuestra vida en común, y que nosotros no lo soportaríamos. Y que yo soy impotente.

No me gusta pensar en aquella tarde, ni me gusta hablar de ella a Medea, aunque todavía puedo recordar el enfrentamiento verbal que tuve con Acamante. Aunque no pudiera

pedirle cuentas en público... saber que yo lo había calado no fue un regalo para él. Que yo supiera por qué, precisamente ahora, se atacaba a Medea con acusaciones increíbles y se recurría incluso a la violencia: porque temíamos que ella pusiera en juego un nombre que todos queríamos olvidar: Ifínoe. Fue para mí un alivio pronunciar ese nombre por primera vez delante de Acamante, y decirle que en otro tiempo, cuando era joven, estaba sentado en su antesala y había oído muchas cosas que no había entendido enseguida y que, cuando las comprendí, cuando se me formó por fin un cuadro de detalles estrafalarios ante el que me quedé petrificado, era ya demasiado tarde. ¿Pero en qué país vivimos?, le pregunté furioso a Acamante. Él me respondió sólo con una mirada que decía: lo sabes muy bien. Le describí a Medea la escena, le confesé que mi audacia desapareció, que me paralizó un sentimiento de inutilidad, que dejé plantado a Acamante y pronto no supe ya si fue la inteligencia o la cobardía la que tomó las riendas cuando me callé y preferí ir a buscarla. En esas situaciones, a menudo no se sabe, Leucón, me dijo ella.

Guardamos silencio. Cuando me persiguieron por la ciudad, dijo, tuve miedo, y corrí para salvar la vida, como hubiera corrido cualquier animal perseguido, pero una parte de mí permaneció mortalmente tranquila y fría, porque estaba sucediendo algo que tenía que suceder. Hubiera podido ser peor, decía una voz suave dentro de mí. ¿Es un consuelo saber que, en todas partes, los hombres incumplen sus acuerdos? ¿Que la huida no sirve de nada? ¿Que la conciencia no tiene ya sentido cuando, con una misma frase, con un mismo acto, puedes traicionar o salvar? No hay fundamento al que pueda referirse la conciencia, eso lo comprendí ya cuando recogí en el campo los huesecillos de mi hermano, y otra vez cuando palpé en vuestra caverna los huesos delicados de esa niña. No tenía la intención de difundir ese conocimiento

entre la gente. Sólo quería comprender con claridad dónde vivía. Tú estás sentado en tu torre y congregas a tu alrededor la bóveda celeste, Leucón, un lugar firme, ¿no es cierto?, yo te comprendo, he visto cómo, desde que estoy aquí, las comisuras de tu boca descienden cada vez más. Yo estoy en peor situación, o mejor, según se mire. Ha llegado un momento en que, para mi forma de estar en el mundo, no existe ya modelo, o todavía, quién sabe, no ha surgido ninguno. Corrí por las calles, todos me esquivaban, todas las puertas se cerraban ante mí, mis fuerzas disminuían, llegué a los barrios exteriores. Los estrechos caminos, las bajas casas de adobe, al doblar la esquina de una casa llevaba ventaja a mis perseguidores, entonces se interpuso un hombre en mi camino, un hombre vigoroso de cabello rojo y revuelto, que no me esquivó, se quedó firme, me agarró y me arrastró unos pasos hasta su puerta, llevándome al interior. El resto ya lo sabes. Desde entonces vuelvo a tener un lugar en esta ciudad.

Poco después el terremoto. Sólo duró unos segundos, su centro estaba al sur de la ciudad, donde viven los pobres, entre ellos los colquidenses. Mi torre vaciló, pero no se derrumbó. Ese sentimiento indescriptible cuando el suelo te falta bajo los pies lo tengo aún en los miembros, corrí afuera, gentes que gritaban llenaban las calles, parecía estar cerca el fin del mundo, no lo habían anunciado las estrellas. Los daños en el palacio fueron limitados, los muros no se derrumbaron, hubo algunos heridos entre la servidumbre y un muerto. Pero el rey Creonte había resultado muy afectado en su amor propio y su sentimiento de inmortalidad por la idea de que su preciosa vida podía extinguirse a causa de cualquier piedra que le cayera en la cabeza. Un resentimiento contra todo el mundo se acumuló en su interior, el miedo a la muerte no lo ha abandonado ya; se volvió irascible y peligroso, y especialmente Acamante tuvo que sufrir ese tono

nuevo adoptado por el rey. No puedo librarme de la sospecha de que fue él también quien, para apartar la atención de sí mismo, dio a las gentes la idea de que el temblor de tierra podía haber sido atraído sobre Corinto por las malas artes de Medea. Le pregunté a Medea si lo sabía. Ella asintió.

Una vez tuve ocasión de hablar con ella de Lisa, fue la noche del terremoto, que sorprendió a Medea en casa de Oistros, la encontré allí, cuando, después de andar entre los escombros, llegué para ver a Aretusa. El miedo le había hecho perder el conocimiento, el temblor de tierra había hecho revivir en ella la desgracia que provocó el hundimiento de Creta, Medea la hizo volver en sí, le frotó la frente con un líquido vivificador y la dejó luego conmigo, se fue con sus gentes, a los barrios destruidos de la ciudad, y me pidió que cuidara de Lisa y de sus hijos. La pequeña casita seguía adosada a los muros del palacio, y yo salí de una ciudad herida y gimiente para entrar en un lugar de calma. Lisa dio a los niños una cena sencilla, a la que me invitó, noté lo hambriento que yo estaba y cómo me hacía bien la tranquilidad que se desprendía de ella. Era una de esas mujeres que volverían a poner la Tierra en movimiento si alguna vez se parase, sostiene firmemente en sus manos la vida de las personas que le están confiadas y hay que envidiar a cualquiera que pueda criarse bajo su protección.

Lisa había ocultado a los dos muchachos su preocupación por Medea, y estaban despreocupados, llenos de vida, uno de ellos, el que se parece a Jasón, es mejor parecido que el moreno, de pelo rizado, que es en cambio más turbulento y rebelde que su hermano. Competían describiendo el terreno, que habían vivido como una aventura. Súbitamente se sintieron cansados y se fueron a dormir. De repente se produjo un silencio profundo. Estábamos sentados en la diminuta cocina, todavía había brasas en el hogar, la serpiente

doméstica se deslizaba entre las cenizas, sentíamos alivio después de haber pasado el peligro, lo que nos ocurriría mañana no nos preocupaba aún, guardamos silencio y luego hablamos con frases breves de lo que nos pasaba por la cabeza, también sobre Medea, y resultó que, partiendo de premisas diferentes, habíamos llegado a las mismas conclusiones. Lisa, como yo, veía que una especie de plaga había caído sobre Corinto y casi nadie estaba dispuesto a saber la causa de esa enfermedad. Lisa temía que, en plazo más o menos corto, se produjera un cambio hacia la autodestrucción, eso lo conocía, entonces se liberarían todas esas fuerzas funestas que una vida social ordenada sabe refrenar, y entonces Medea estaría perdida. Era la primera vez que yo hablaba con alguien extranjero de la situación en nuestra ciudad, y fui más lejos aún y le pregunté cuál creía que era la causa de nuestra decadencia. Ella pensaba que la respuesta era evidente. Es vuestro sentimiento de superioridad, dijo. Os consideráis superiores a todos y a todo, y eso deforma vuestra visión de lo real y también de lo que sois realmente. Tenía razón y su frase resuena todavía en mis oídos.

Las consecuencias del terremoto fueron peores que el terremoto en sí. La casa real se ocupaba sólo de sí misma, y enterraron con gran pompa a un alto dignatario de la corte muerto entre los escombros; el siniestro despliegue de magnificencia mostró a Presbón, que había perdido todo autodominio, en lo más alto de sus talentos y al mismo tiempo, en toda su mezquindad y su falta de escrúpulos, porque incluso él hubiera tenido que saber que aquel derroche tenía que excitar la cólera de los corintios que habían perdido cuanto poseían y cuyos muertos tuvieron que permanecer a veces semanas pudriéndose aún bajo los escombros de sus viviendas. Naturalmente, nadie escuchó las advertencias de Medea, pero incluso los médicos que rodeaban a Creonte

advirtieron que había que rescatar y enterrar a esos muertos, sabían por experiencia que representaban un peligro para los vivos, y efectivamente los primeros casos de peste se produjeron en la vecindad inmediata de los barrios devastados, en donde los supervivientes se habían refugiado en alojamientos de emergencia, con las ratas y cerca de los muertos.

Se me erizó el cabello cuando Acamante me hizo llamar y me confió un secreto de Estado: Tenemos la peste en la ciudad. Nunca lo olvidaré. Temblando le pregunté qué pensaba hacer, qué pensaba hacer el rey, y él me dijo frunciendo los labios, como si fuera la cosa más natural del mundo: Abandonar la ciudad. Se habían tomado medidas para sofocar en su origen el pánico que pudiera producirse. Se habían reforzado las fuerzas de seguridad. Y entonces Acamante dijo algo que hasta hoy no he podido decir a Medea. Dijo: Y tu Medea haría bien en alejarse también de Corinto.

Lo comprendí enseguida. Conozco esa forma de pensar, he sido educado en ella, es también la mía, y tartamudeé: Pero no haréis que... Por superstición, no me atreví a expresar mi sospecha, Acamante me comprendió, sin embargo, y dijo secamente: ¿Por qué no?

La peste se extiende. Medea ha hecho en estas semanas más que cualquier otro, los enfermos la reclaman, ella los visita. Pero muchos corintios pretenden que es ella la que lleva consigo la enfermedad. Dicen que fue ella quien trajo a la ciudad la peste.

No es posible que no oiga esas voces. Prudentemente, con perífrasis, hablo de la necesidad de los seres humanos de trasladar a otro su propia carga. Pronto se sacrificará a un prisionero de cada cien para satisfacer a los dioses y convencerlos de que aparten de la ciudad sus manos castigadoras. No servirá de nada, dice Medea. Y que tampoco lo permitirá. Siento frío. La exhorto con vehemencia a no infringir las

leyes de Corinto. Preferiría no tener que hacerlo, dice lacónica. Medea, le digo, si no sacrifican a los cautivos buscarán otra víctima. Sí, dice ella. No tenemos más que una vida, digo.

Quién sabe, dice ella.

La miro fijamente. Qué sé yo de esa mujer, qué sé de lo que cree. Me gustaría preguntarle si existe alguna fe que libere a los que creen en ella del miedo a la muerte que nos obsesiona. La miro a la luz creciente de la mañana, no se lo pregunto. Por primera vez pienso que quizá tiene un secreto que está oculto para mí. Yo me atengo a la convicción de que no podemos escapar a la Ley, que nos gobierna como gobierna el curso de los astros. Lo que hagamos o dejemos de hacer no cambia nada. Ella se opone a esa idea. Eso la aniquilará. Puedes hacer lo que quieras, Medea, le digo, no te servirá de nada, hasta el fin de los tiempos. Lo que mueve a los hombres es más fuerte que cualquier razón.

Guarda silencio.

La noche se desvanece, seguimos sentados aún. Se levanta el sol, los tejados de la ciudad centellean y relucen. Nunca volveremos a estar así. Ahora comprendo lo que quiere decir tener un peso sobre el corazón. No veo salida que no sea funesta. Lo que podía decir lo he dicho ya. No se puede hacer que no ocurra lo que ha ocurrido. Lo que ocurrirá se ha decidido hace tiempo sin contar con nosotros.

Arrojamos hacia el sol el resto del vino de nuestros cuencos, sin decirnos lo que hemos deseado al hacerlo. Yo no he formulado ningún deseo. Pienso que se ha puesto en marcha un engranaje que nadie puede detener ya. Tengo los brazos paralizados. ¿Debería desear que Medea estuviera tan cansada como yo?

Dice: Entonces me voy. Vete, le digo. De pie junto a la barandilla la sigo con la vista mientras atraviesa la plaza que rodea la torre y que está tan vacía como la ciudad entera. Barrida por el miedo a la peste.

8

La fiesta ha perdido todos sus caracteres rituales y va mal, en el sentido de que vuelve a sus orígenes violentos. No es ya un freno sino la aliada de las fuerzas maléficas.

RENÉ GIRARD: *LA VIOLENCIA Y LO SAGRADO*

Medea

Aguardo. Estoy sentada en la cámara que me han asignado y aguardo. Ante la abertura de la puerta, por la que entra una vislumbre de luz, hay dos guardias que me dan la espalda. En la gran sala se han reunido para juzgarme.

Ahora está todo claro. Se trata de mí. No hubiera debido ir a su ceremonia de sacrificio, dice Lisa, eso fue simple arrogancia. No la contradije ya, como aquella mañana, ¿cuándo fue?, ¿ayer, anteayer, hace tres días?, en que me desperté temprano y me sentí dispuesta a aceptar la invitación de las sacerdotisas de Artemisa e ir, como extranjera, a la gran fiesta de la primavera de los corintios. ¿Arrogancia? No sé, más bien algo así como un sentimiento de confianza que aquella mañana sentía. Una mano tendida, pensé, por qué rechazarla. Hoy sé por qué. Porque sólo pueden mitigar su miedo mediante la rabia contra otros. Era una hermosa mañana. Un sueño que se desvaneció al despertar había abierto una esclusa, el bienestar entró en mí, sin razón, pero siempre es así. Rechacé la piel de oveja bajo la que había dormido desde que salí de la Cólquida, me levanté de un salto, el frío del suelo de arcilla me sacudió, puse con placer un pie delante del otro, extendí los brazos, giré sobre mí misma, y me quedé en la luz todavía difusa que entraba por la puerta. Allí flotaba, la media luna, en medio del azul de la noche, una concha abierta ligeramente inclinada, menguante, que me recordaba

mis años decrecientes, mi luna de la Cólquida, que tenía fuerzas para levantar cada mañana al sol sobre el borde de la Tierra. Y cada mañana la inquietud por saber si los pesos serían todavía exactos, si su armonía no se habría alterado durante la noche y sus trayectorias prescritas no se habrían desplazado un poco y, por ello, aguardaría a la Tierra una de esas épocas de terror de las que hablan las antiguas historias. Sin embargo, para ese día regirían aún las buenas leyes que vinculan el curso de un astro al de todos los demás, y vi con alegría cómo el horizonte de la noche se iba llenando paulatinamente de claridad del día. Aquel día, en cualquier caso, sería como el anterior y el siguiente, y ni siquiera los exactos instrumentos de mi Leucón podrían medir la ínfima distancia que el arco que describe el sol sobre Corinto se acercaría al apogeo que alcanzará en el solsticio de verano.

Yo ya no estaré aquí entonces. Ni Helio, el dios del sol, ni mi querida diosa de la luna lo notarán. Difícil, lentamente, pero de forma definitiva, me he liberado de la creencia de que nuestros destinos humanos están ligados al curso de los astros. Y de que viven allí almas, semejantes a las nuestras, que se ocupan de nuestra existencia, aunque sólo sea enredando envidiosamente los hilos que la sujetan. Acamante, el jefe de los astrónomos del rey, piensa como yo, eso lo sé desde que intercambiamos una mirada en una ceremonia de sacrificio. Si los dos disimulamos nuestros pensamientos, es por motivos distintos y de distinta forma. Él finge ser el más celoso de todos los servidores de los dioses, a causa de su indiferencia abismal hacia todos ellos; yo, aunque, siempre que puedo, me sustraigo a los rituales, guardo silencio cuando tengo que participar, por compasión por nosotros los mortales que, cuando abandonamos a los dioses, atravesamos una zona de espanto de la que no todo el mundo sale ileso. Acamante cree conocerme, pero su obcecación le

impide conocer a nadie y menos que a nadie a sí mismo. Ahora quiere deleitarse con mi miedo. Tengo que contener mi miedo. No debo dejar de pensar.

Aquella mañana, cuyos detalles se han hecho tan preciosos, oí cómo Lisa soplaba las cenizas en la habitación de al lado, cómo las llamas prendían crepitando en las ramitas de olivo que había amontonado cuidadosamente, y cómo ponía el recipiente de agua sobre el hogar y comenzaba, con sonoras palmadas, a hacer blanda y dócil la pasta para las tortas de cebada. Pisando las esteras que ella había trenzado y que mis pies agradecían, fui al arcón de mis posesiones, entre ellas el vestido blanco que llevaba en la Cólquida en las grandes fiestas, que Lisa trajo para mí y que, en los últimos tiempos, apenas había llevado. Lo saqué, lo sacudí para alisarlo y lo acaricié. Tal vez se había desgastado con el paso de los años, pero, abierto, estaba en buen estado. No pude dejar de reírme mientras estaba allí desnuda sobre la estera, evaluándome primero con la vista y luego con las manos: una carne no joven ya, pero sin embargo firme, que florecía bajo las manos de Oistros, nò ya esbelta, más pesada en las caderas; tenía que levantar mis pechos con las manos, pero mi piel había conservado su hermoso color moreno oscuro, mis muñecas y tobillos habían permanecido finos, corvejones de cabra, dice Oistros, y mi cabello era otra vez rizado y abundante como nunca. Hacía sólo unas semanas podía arrancarme mechones de pelo de la cabeza, que flotaba en grandes cantidades en la leche de burra con la que Lisa me lo aclaraba; las dos sabíamos que ningún remedio servía contra la preocupación que, después de mi alta fiebre, me hacía caer el cabello y sobre la que yo no era capaz de hablar. Era un dolor vital que no me afectaba sólo a mí, ni tampoco sólo a la pobre Ifínoe, cuyos huesos en la caverna lo habían desencadenado, un sentimiento que se extendía en mí, haciéndose

más profundo y más siniestro, acentuado por el odio de Agameda, la traición de Presbón y la falta de escrúpulos de Acamante, que, todos juntos, incitaban contra mí a una multitud insensible. El cambio se produjo cuando me persiguieron por las calles. De repente supe que quería vivir. Y luego Oistros. Oistros es un motivo importante. No es la primera vez que vivo ese nuevo nacimiento por amor, y también mi cabello se aferra ahora a mí. Podrían arrastrarme por la ciudad tirándome de él.

Después de haber sumergido el rostro y luego los brazos en la jofaina llena de agua de la fuente, me puse el vestido, comprobé su vuelo, me recogí en la nuca el cabello con la cinta blanca de las sacerdotisas, como correspondía a un día de fiesta, y crucé hasta casa de Lisa, que, dándome la espalda, cocía en el hogar las primeras tortas, las cuales difundían ese olor a especias y a ligeramente quemado que anunciaba entre nosotros las festividades. También para los colquidenses y las colquidenses comenzaba la fiesta de la primavera, pero nuestras costumbres, aunque las sigamos puntual, quizá demasiado puntualmente, sólo producen un débil reflejo del ambiente festivo que las hacía renacer en la Cólquida una y otra vez. Y, sin embargo, ese débil reflejo era mejor que nada, eso piensa la mayoría, y yo no quiero mezclarme en sus sentimientos.

Lisa se volvió, me vio con mi vestido de fiesta y se asustó. Me preguntó si iba a salir así. Sí. ¿Pero adónde? A la fiesta de Artemisa de los corintios. Lisa guardó silencio. La miré con más atención, se había vuelto más vieja, más llena, más firme también. Es ella quien conserva en la memoria todos los detalles de nuestros rituales a veces complicados, los transmite a los más jóvenes e insiste con firmeza en que se observen. Nunca podría aceptar que una colquidense, y precisamente yo, fuera a una gran fiesta de los corintios, nunca

podría comprender mis motivos para ello, nunca admitir que una actitud conciliadora podía sernos útil a los colquidenses. Dijo con amargura que yo me estaba alejando de los colquidenses a cambio de nada, y que los corintios no me lo agradecerían nunca. Tuvo razón y yo me equivoqué. Y, sin embargo, tendría que hacer otra vez lo mismo. Terminaría otra vez aquí, en esta habitación miserable, en la que empieza a faltarme el aire, separada de todos, de Lisa y mis colquidenses, de Oistros y Aretusa, de los corintios, que están reunidos para juzgarme, y también de Jasón y de mis hijos y los suyos. Así tenía que suceder.

El olor de las tortas recientes hizo acudir a mis muchachos como dos potros que ventean el heno, dije, y ellos se aliaron inmediatamente con Lisa, ¿cómo que heno?, gritaron, e interpretamos de nuevo con placer los papeles que tantas veces habíamos interpretado, los tres contra mí, nuestras voces disputaban, pero nuestros ojos reían. Luego los chicos se dieron cuenta del vestido que llevaba, enmudecieron, me rodearon, tocaron con un dedo la tela, chasquearon admirativamente la lengua, eso me hizo bien, cuánto tiempo admirarán aún esos niños a su madre.

Luego desmenuzaron la primera torta, se la metieron en la boca, también a mí me entró un hambre de lobo, comencé a comer y mientras tanto miraba a mi alrededor la cocina, veía cada objeto tan claramente como si fuera la última vez, cada utensilio, la vajilla de cerámica, las vasijas sobre los estantes, la astillada mesa de madera, la figura familiar de Lisa y, sobre todo, los niños, que son tan diferentes como si no tuvieran la misma madre. Mérmero, el mayor, rubio y de ojos azules, al que Jasón ha llamado siempre «mi hijo» con especial placer, y con el que cabalga durante horas por el país, y al que no se transmite el alejamiento que se ha producido entre nosotros. Y yo me guardo de enturbiar la gran

admiración de ese niño por su padre, refreno firmemente ese dolor. Feres en cambio, mi pequeño, redondo y firme como una nuez morena, que huele a hierba, con el cabello crespo, de ojos oscuros, entregado al placer de comer como a cualquier otra actividad, cualquier juego, con ese rostro concentrado que tanto me gusta en él, de rasgos que cambian rápidamente de la luz a la sombra, con su capacidad para pasar en un instante de la seriedad a la alegría desbordante, llorar con desconsuelo y morirse de risa. Los dos me asaltaron para que los llevara conmigo a la fiesta, y tuve que poner una excusa. No los quería conmigo en la fiesta de los corintios.

Quizá sea un destino misericordioso que nos invada un sentimiento de exaltación cuando estamos al borde del abismo. Aquella mañana me había desembarazado de todas mis cargas, vivía, mis hijos eran sanos y alegres, y me querían, una persona como Lisa no me abandonaría jamás, aquella modesta choza encerraba algo parecido a la felicidad, una palabra en la que no había pensado desde hacía muchos años. Tal vez a quien es paciente y sabe esperar se le regala por cada pérdida una ganancia y por cada dolor una alegría, esos pensamientos me pasaron por la cabeza mientras, entre los muchos corintios que se dirigían a la ceremonia del sacrificio, subía por el camino del templo de Artemisa.

Pero para qué todo esto. Qué me obliga a evocar otra vez trozo a trozo, precisamente ahora, precisamente aquí, aquella mañana que parece remontarse a otra época. Por la abertura de la puerta acabo de verlos pasar a todos, he escuchado acercarse sus pasos, los guardias que hay junto a mi puerta, ridículamente armados con una lanza, esos jóvenes cohibidos, hubieran podido impedir que viera a los que se acercaban pero no lo hicieron. Los he visto a todos. El rey Creonte, con gesto forzado, con su manto de juez, rodeado de su guardia personal y seguido de los más ancianos,

que tienen derecho a dictar sentencias. Los testigos, entre ellos el sumo sacerdote de Artemisa, también el desventurado Presbón, naturalmente, en cuyas manos estaba el buen desarrollo de la fiesta que, al parecer, yo perturbé. Y luego, una de las pocas mujeres, Agameda. Fue la única que echó una ojeada a mi calabozo, una ojeada altanera, triunfante, llena de odio. Podrían cortarme en pedazos ante sus ojos, que eso no la libraría de su odio. Los últimos eran Jasón y Glauce, y el corazón me dio un salto. Él la sostenía del brazo y la conducía a ella, pálida y con mal aspecto, los dos miraban fijamente al frente, los dos tenían los labios apretados. Qué pareja. Eh, Jasón, me hubiera gustado gritarle con lo que me queda de mi pasada arrogancia, adónde has ido a parar. De modo que es cierto lo que se dice de él: tomará por mujer a la pobre Glauce y, tras la muerte de Creonte, reinará en Corinto. Tienen que deshacerse de mí, no tienen elección.

Yo estaba tranquila mientras subía al santuario. Tenía que hacerlo, eso me tranquiliza siempre, incluso ahora, aunque la tranquilidad es más bien una paralización. La hermosa y cruel ciudad de Corinto. La miraba de nuevo, por última vez, algo me decía dentro de mí, o quizá me lo imagino ahora. Andaba entre gentes vestidas de fiesta, muchas me conocían, algunas me saludaban, la mayoría apartaban la vista, me era indiferente. Muchas llevaban un signo de duelo en la vestimenta, la peste no había respetado a casi ninguna familia; que estaba disminuyendo era una noticia interesada procedente del palacio. Cuanto más alto subíamos, más claramente podíamos ver el paisaje que rodeaba a la ciudad, el verde de la primavera que pronto se agostaría, y veíamos las carretas que llevaban al río a los cadáveres de la noche pasada y los botes que los trasladaban a la ciudad de los muertos. Nadie quería prestar atención a aquellos acarreos macabros. Para mí, el oro de las torres de Corinto era como

un anuncio de muerte, y el rebaño de veinte toros destinados al sacrificio que subían la montaña por otro camino, sus mugidos angustiados que llegaban hasta nosotros, me parecieron signos de desgracia. Conforme nos íbamos acercando a la zona del templo, iba desapareciendo el sentimiento de bienestar de aquella mañana, la opresión que pesaba sobre el cortejo cayó también sobre mí. ¿No éramos todos víctimas, víctimas sumidas en una silenciosa resignación, que se dirigían al matadero? Me dije: yo soy Medea, la hechicera, si es eso lo que queréis. La salvaje, la extranjera. No me veréis achicada.

Y sin embargo. Ahora, en mi banco de espera de esta cámara, que se parece ya al calabozo en que puede transformarse rápidamente, me pregunto si este final era inevitable. Si realmente me ha empujado a este banco una concatenación de circunstancias contra las que yo era impotente, o si algo salido de mí, que no podía gobernar, me empujó en esta dirección. Inútil pensar en ello ahora. Pero soportaría más fácilmente mi aniquilación por fuerzas extranjeras. Más fácil, más difícil... Palabras de una vida anterior.

Oistros y la querida Aretusa, que ahora ha sido derribada también por la enfermedad y a la que he tenido que abandonar, los tres hemos dado vueltas y revueltas, en largas conversaciones nocturnas, a nuestras experiencias en Corinto. A cómo esta ciudad está cambiando de pronto su aspecto claro, radiante y seductor por otro siniestro, peligroso y mortal. A cómo ese peligro permanente obliga a los habitantes de la ciudad a tomar precauciones: llevan máscaras cuando se encuentran, sobre las que, como se ha visto, se acumula una cólera sorda. Oistros interrumpió mis cavilaciones sobre si yo hubiera podido hacerlos más conciliadores. ¿Sabes qué es lo único que te hubiera ayudado?, me dijo. Haberte hecho invisible como nosotros, Aretusa y yo. Vivir escondida, no decir nada, no

hacer gestos, entonces te toleran. O se olvidan de ti. Lo mejor que podía pasarte. Pero eso no está en tu mano.

Tiene razón. Por qué deliberan tanto tiempo. Posiblemente no todos opinan lo mismo. Hay oposición. Pero de quién. ¿Podría ser que mi querido Jasón tuviera fuerzas para oponerse a la sentencia? Por qué habría de hacerlo. ¿Para reparar algo? Improbable. Uno de los centinelas me trae un cuenco de agua. Bebo con avidez. Cuánta sed tengo. Cómo busco en los rasgos de este hombre joven algún rastro de compasión. No lo encuentro. Hace lo que se le ha encargado. Tampoco encuentro aversión en su rostro, sólo indiferencia. Después de los excesos durante la fiesta del sacrificio, los corintios han recuperado su equilibrio. Aquella mañana, en el largo cortejo hacia el santuario de Artemisa, sentí que una violencia funesta se concentraba en la multitud de personas, una violencia que se liberaba en peleas, empujones al borde del camino, y más aún en el obstinado silencio de la mayoría, en sus movimientos crispados, sus rostros fríos, deformados, herméticos. Olía la transpiración del miedo, que flotaba sobre el cortejo como una nube, y comencé a sentir un puño duro que me oprimía el estómago, me oprime ahora también, me opongo a él, como he aprendido a hacer desde la infancia, cierro los ojos y me veo siempre andando junto al mismo río, que se parece a nuestro Fasis, con sus orillas de suave pendiente, de plantas exuberantes con rostros humanos vueltos hacia mí, y la presión del puño va cediendo lentamente. Cuando una vez recomendé a Glauce ese ejercicio, se echó a llorar al poco rato, porque interiormente no podía librarse de la idea de recorrer el largo y desolado camino del desierto hacia la ciudad de los muertos. No he podido ayudarla más, mi poder de curar me ha abandonado.

Muchos de los del cortejo llevaban modestas ofrendas, tras la sequía del año anterior las provisiones se habían agotado

casi en la ciudad, y muy pocos podían ofrecer a la diosa más que un puñado de espigas, una rama con aceitunas, algunos higos secos; nadie traía un cabrito, como en años anteriores. Los veinte toros, que habían llegado a la cumbre antes que nosotros y eran empujados sin demora hacia el altar de los sacrificios, serían para muchos la primera carne desde hacía semanas. También yo tenía hambre y me sorprendí pensando en conseguir apartar discretamente un poco de la carne del sacrificio para mis hijos. Detrás de mí dos corintios hablaban en voz baja de que los toros habían sido cebados con las provisiones secretas que había acumulado el palacio y cuyo escondite pretendía conocer uno de esos hombres, lo que pareció asustar al otro, que encareció a su compañero que no se lo dijera a nadie, ni, sobre todo, a él. Para quien conozca ese secreto sin estar autorizado a ello, será la muerte. Ja, dijo el otro con insolencia: antes de que lo atraparan diría a grandes voces cómo vivían en el palacio en aquellos tiempos de escasez; el hijo de su hermana era pinche en las cocinas de la casa real y lo sabía muy bien. Sin embargo, antes de que pudiera importunar al otro, mortalmente asustado, con más detalles, fue interrumpido por el horrible mugido de los toros, de forma que se nos heló la sangre en las venas. Todos a la vez habían sido degollados por los sacerdotes.

He oído muchos ruidos horribles, pero nunca nada más horrible que aquel mugido de los animales sacrificados: era como si gritasen toda nuestra miseria y dolor, y nuestra acusación hacia el cielo. Nuestro cortejo se había detenido con una sacudida. Cuando se hizo el silencio, se movió apresuradamente hacia adelante, hacia arriba, hasta que vimos, por encima de la pared del templo, la imagen de la diosa, Artemisa. Un espectáculo que estremeció a los corintios, como debía hacerlo. Una voz se alzó y creció: Grande es Artemisa, la

diosa de los corintios. Yo no me uní a aquella voz, provocando escándalo. Una de las ancianas, que desde hacía ya un rato se apretaban a mi alrededor en grupo apelotonado, me increpó sibilantemente, preguntándome si era demasiado pedir que alabara a su diosa. No, dije yo, pero la mujer no quiso escucharme, y un brusco movimiento de la multitud nos separó. Me acometió un malestar, pero no se me ocurrió la idea de volver sobre mis pasos. Por qué no.

Agameda piensa que es una forma de arrogancia no responder al odio con el odio, elevándose así por encima de los sentimientos de las personas ordinarias, que necesitan el odio tanto como el amor, y tal vez más. Naturalmente, no habla así conmigo, hace tiempo que nos evitamos, pero no faltan mujeres que me comunican diligentemente lo que ella pone en circulación sobre mí. En la fiesta la vi otra vez. Sólo me lanzó una palabra cuando la fiesta se desquició, cuando se había transformado en una caldera hirviente de violencia y ella se encontró de pronto frente a mí en el patio del altar: Monstruo.

Las palabras aisladas siempre se me han quedado grabadas. Ahora está ahí, Agameda, posiblemente ante los más ancianos, diciéndoles esa única palabra que han esperado, que se sentirán agradecidos de atrapar. No puede pasarles nada mejor que oír a una colquidense decirles exactamente de mí lo que piensan hace tiempo. Y ni siquiera podría reprocharle a Agameda su falsedad. Lo que difunde sobre mí lo siente, no la roza ni un hálito de duda. Se lo dije a Oistros, que siente una profunda repulsión por Agameda, y se enfureció. No debería ponerme siempre en el lugar de los otros, me dijo cortante.

Creo que los dos sabíamos que yo estaba en la trampa. También Lisa lo sabía. Esa mañana me despidió con el rostro colérico y bañado en lágrimas, no pude despedirme de

mis hijos. Estoy segura de que se lo ha contado a Arinna. Arinna, que había desaparecido desde hacia semanas y sobre la que corría el rumor de que se había refugiado en las montañas con un pequeño grupo de mujeres. De pronto estaba allí, más delgada, muy morena, con el cabello en desorden. Me rogó que me fuera con ella. Quería salvarme. Me sentí muy tentada de seguirla, en pocos segundos se desarrolló ante mis ojos la vida que llevaría entonces, una vida dura llena de privaciones pero libre, y bajo la protección de Arinna y de las otras jóvenes. No es posible, Arinna, le dije, y ella: Por qué no. No podía explicárselo. ¡Vuelve en ti, Medea!, me dijo Arinna con insistencia. Nunca me había hablado así nadie. No es posible, dije otra vez. Arinna se encogió de hombros desesperada, se dio la vuelta y se fue.

Ahora estoy cansada, casi no he dormido. Todavía siento en los huesos la tumultuosa noche de la fiesta. El día había transcurrido tranquilo, habían llevado a la diosa, con gran ceremonia, los mejores trozos de los animales sacrificados, y habían colgado de ella los testículos de los toros, en tres hileras superpuestas. Agameda, vi, fue la única colquidense que consiguió mezclarse con las muchachas de Corinto que podían lavar los testículos y colgarlos de la imagen de la diosa, para llevarla luego por la ciudad como promesa de fertilidad duradera. Mientras fijaban los cuernos de los toros al muro del templo y encendían hogueras en la montaña del sacrificio para asar en ellas la carne, el pueblo pasaba el tiempo con bailes, cantos y juegos de manos. Presbón había preparado espectáculos como Corinto no había visto nunca, había hecho venir a los prados a multitud de participantes disfrazados que recordaban a los corintios sus hazañas, caldeó el ambiente, que se transformó en frenesí cuando, poco antes de caer la oscuridad, dos hombres sin aliento llegaron de la ciudad, guardianes, como se veía por sus ropas. Trajeron

la noticia de que un grupo de prisioneros, con ayuda de armas introducidas furtivamente, se habían escapado de su calabozo y, aprovechando que las calles estaban desiertas, habían forzado y saqueado en la ciudad de los muertos algunas de las tumbas más ricas. Tras un silencio de muerte, brotó un alarido entre los que festejaban, que hacía ya rato aguardaban su oportunidad. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. La muchedumbre buscó víctimas para aplacar su sed de venganza. Indecisa, se agitó de un lado a otro y pensé con espanto que me habían seguido algunas colquidenses, pero no fue contra ellas contra las que se actuó. Se acordaron de los prisioneros, que habían buscado refugio en el templo contra el despotismo de sus señores y que realizaban en él trabajos humildes: había que poner fin a aquello, tenían que pagar las fechorías de los otros. Yo me apresuré a ir a la puerta del templo, y supliqué a las angustiadas sacerdotisas, muchachas muy jóvenes, en su mayoría de buenas familias, que no lo permitieran, que echaran el cerrojo a la puerta y pusieran una viga para defenderla. Me obedecieron, porque no había nadie más que les diera órdenes, la muchedumbre golpeó la puerta, yo me deslicé afuera por la salida disimulada detrás del altar y traté de hacerme oír, dije que no se debía profanar el gran día de la diosa, grité a aquellas bocas abiertas, a aquellos rostros deformados por el odio, pensé que sólo un miedo que fuera mayor que su furia podía calmar sus ansias criminales, y entonces un anciano vino hacia mí, desdentado, con el rostro resquebrajado y quemado por el sol, y agitó los puños hacia mí. Dijo que los antepasados habían sacrificado seres humanos a la diosa, que le habían agradado mucho, ¿por qué no volver a las antiguas costumbres? La muchedumbre rugió su aprobación; yo había perdido. Comenzaron a insultarme, a avanzar hacia mí; que lo hagan, pensé, si tiene que ser, que sea enseguida, que sea aquí.

Habían forzado ya la puerta del templo, las sacerdotisas habían huido, los prisioneros, temerosos, se acurrucaban junto al altar, muchas manos se apoderaron de ellos. Yo había sido empujada dentro del templo, me oprimían, y de repente me encontré frente a frente con el que los dirigía, un tipo brutal, que exultaba de triunfo. ¿Qué dices ahora?, rugió, y yo dije en voz baja: Tomad sólo uno. Uno sólo, rugió, ¿y por qué? Le dije que sus antepasados sólo habían sacrificado a la diosa una persona escogida y que todo lo demás era sacrilegio, y que el asesinato en el templo se castigaba severamente. Se sorprendieron, vacilaron, comenzaron a consultarse en susurros, el anciano que había llevado la voz cantante debía decidir; él se pavoneó y asintió finalmente. Sacaron a un hombre del grupo de prisioneros, que se debatió salvajemente, gritando y suplicando, y aduciendo su derecho a buscar refugio en el templo, era un hombre tosco, alto, con el cráneo afeitado y una imponente barba rizada, nunca podré olvidar su rostro, sus ojos inyectados en sangre dirigidos hacia mí. Lo arrastraron hasta el altar, yo no aparté la vista y vi cómo el hombre repulsivo lo acuchillaba. Su sangre, sangre humana, corrió por el canalillo de los sacrificios.

Lo tengo sobre mi conciencia. Había ocurrido algo para siempre irreparable y yo había hecho intervenir a mis manos. Había salvado a los otros, pero eso no me servía. Por qué había huido de la Cólquida. Me había parecido insoportable tener que elegir entre dos males. Pobre loca. Ahora sólo había podido elegir entre dos crímenes.

No sé cómo llegué al patio del templo, cómo llegué a la estatua de Artemisa. Lo que vi primero fueron los testículos de los toros sacrificados, que habían colgado de la diosa como si los pechos se le hubieran multiplicado por todo el cuerpo. Una decoración repugnante. Aquellos testículos apestaban. Escupí sobre ellos. Que me degollaran también

aquellos refinados corintios, era el momento adecuado, estaba dispuesta. Pero todavía no los conocía. Ahora me evitaban como a una leprosa. Una mano invisible había trazado un círculo a mi alrededor, que ninguno de ellos traspasaba. No sé cuánto tiempo estuve allí, al pie de la imagen de Artemisa: ellos en la embriaguez de la sangre y yo mortalmente serena. Yo daba miedo, me dijo más tarde Lisa, que me había seguido y se había mantenido discretamente en mi proximidad. Cayó la oscuridad, la carne asada de los toros fue cortada de los espetones y troceada, se pelearon para conseguirla, se la quitaban a los niños de las manos y devoraban cruda la que todavía sangraba. Tan cerca está el interior ávido de sangre de una capa exterior domesticada. Me estremecí. Estoy en sus manos.

Me sentía acechada por cientos de ojos desde la semioscuridad trémula, me retiré del círculo de las hogueras y no me lo impidieron. Tropecé con arbustos, vomité, volví a tropezar, bajando por la pendiente, atravesé un huerto de olivos, finalmente no vi ya sus hogueras, no oí sus gritos. La luna llena fue mi acompañante. En una depresión del terreno caí al suelo, tal vez dormí, tal vez estuve inconsciente. Cuando me desperté, un monstruo oscuro luchaba con la luna en el cielo de la noche, exactamente encima de mí; le había arrancado ya ávidamente un buen bocado y seguía atacándola. El horror no acababa.

Nuestra diosa de la luna fue borrada del cielo aquella noche en que había sido más redonda, más consoladora, más poderosa. Un espanto desconocido nos penetró a los colquidenses hasta las entrañas, haciéndonos temer el fin del mundo, un espanto más profundo que el que sintieron los corintios, que en aquel aterrador espectáculo celeste no podían ver más que un castigo de los dioses que no habían merecido ellos, sino todos aquellos que habían introducido

en su ciudad los dioses extranjeros, provocando así el enojo de los propios. Y para no tener que aguardar temblando la monstruosidad que tenía que seguir a la aniquilación de la luna, los jóvenes se lanzaron fuera del perímetro del templo para buscar y castigar a los culpables de aquella inmensa cólera de los dioses.

Nunca podré preguntar a Acamante por qué guardó tan estrictamente el secreto del inminente eclipse de luna, por qué prohibió bajo pena de muerte a sus astrónomos, que lo sabían, anunciar a sus compatriotas lo que les aguardaba. ¿Quiso desencadenar lo que ocurrió? ¿Puede ser un hombre tan malvado?

Leucón, que había hecho sus propios cálculos, no guardó silencio, corrió a casa de Oistros, donde suponía que estaría también yo, quería informarnos, discutir con nosotros qué se podía hacer. Encontró a un Oistros que luchaba por la vida de Aretusa, aquejada por la peste. Supo lo que también a mí me habían ocultado: el anciano, el cretense, fue el primero en enfermar, y Aretusa había insistido en cuidarlo hasta que murió; lo enterraron en el patio interior, sin entregarlo a los grupos que buscaban cadáveres rastrillando la ciudad. Leucón, me dijo Oistros, se había precipitado llorando sobre Aretusa, la había acariciado, besado, suplicado que viviera por él, ella todavía pudo sonreír, y se lo prometió en un susurro; él lo tomó como una promesa de amor, ella perdió el conocimiento, él permaneció con ella. También ahora está con ella. Oistros, aquella noche en que la luna se oscureció, salió a buscarme. Me encontró hacia el amanecer. Demasiado tarde.

Queda poco tiempo.

Cómo pasó. Me levanté después de aquel sueño breve, tuve conciencia del ruido que sin duda me había despertado y hacia el que ahora, observando temerosa la desaparición

de la luna, me dirigí. Un ruido conocido, una música, un ritmo que me entraba en la sangre y que me llevó hasta el grupo de mujeres colquidenses que, en la cara de la montaña apartada de la ciudad, celebraban en un lugar de difícil acceso nuestra fiesta de la primavera, la fiesta de Démeter, que comienza con la carrera sobre los carbones encendidos. Las observé desde un margen de la maleza espinosa que rodeaba el lugar de la fiesta. Se tomaban de la mano y corrían deprisa, lanzando gritos y riéndose, sobre el lecho de brasas ardientes. Vi a Lisa, a Arinna. El corazón comenzó a palpitarme locamente, yo tenía que estar con ellas. Corrí hacia las mujeres, que no me prestaron mucha atención, me saludaron como si me hubieran estado esperando, yo extendí las manos, dos mujeres me pusieron entre ellas, me concentré como tantas veces había ensayado en casa y grité: ¡Vamos! Corrimos juntas sobre el lecho de brasas, otra vez sentí la felicidad de ser invulnerable, grité de alegría como ellas. ¡Otra vez!, exclamé, otras dos mujeres me cogieron de la mano, corrimos, y luego otra vez, y otra vez más; las plantas de mis pies siguieron inmaculadamente blancas. En ese mismo instante el cielo nos dio un signo: el delgado borde de la luna volvió a aparecer como una hoz de plata que se ensanchaba rápidamente. Lanzamos gritos de alegría. Así que no estábamos perdidas. Cogí el laurel que me dieron para masticar y que nos produjo tal embriaguez que vimos a Démeter desplazarse exultante por la noche, y nosotras exultamos con ella y comenzamos nuestro baile, que se fue haciendo cada vez más salvaje, el baile del laberinto. Por fin éramos totalmente nosotras mismas, por fin era totalmente yo misma. No faltaba mucho para el amanecer.

Entonces oímos el hacha.

Oistros dice que nos habría encontrado si no hubiera oído también el hacha y lo hubiera seguido, con lo que el

presentimiento de desgracia que lo había acompañado todo el tiempo al subir desde Corinto se hizo en él cada vez más fuerte. Así me ocurrió también. De golpe, la embriaguez y la alegría desaparecieron. No quería creer lo que oía. Alguien estaba cortando un árbol de nuestro bosquecillo sagrado. La muerte aguardaba a aquel infeliz. No encontré otro recurso que volver a entonar en voz alta el canto que habíamos interrumpido, para dominar los golpes del hacha. Las mujeres me sisearon, me cerraron la boca, vi sus rostros alterados, me odiaban, las odiaba yo. Se lanzaron en montón por el bosquecillo, arrastrándome consigo, y pasaron junto a Oistros, que retrocedió y al que no vieron: él me agarró, me sujetó firmemente, yo me liberé, no vi nada pero oí. Oí el griterío de las mujeres, de mis colquidenses, oí el grito animal de un hombre cuya voz conocía. Turón, era Turón. Yo sabía lo que había ocurrido. Le habían cortado el sexo. Lo ensartaron y lo llevaron en alto, todas fuera de sí y sin dejar de gritar, moviéndose hacia la ciudad.

Ahora reina un silencio sepulcral en el barrio de los colquidenses. El castigo se produjo aquella misma mañana. Todos aquellos a los que los soldados del rey pudieron atrapar fueron muertos. Un consuelo fue que algunas mujeres y muchachas pudieron huir con Arinna a las montañas.

Pero qué digo. Consuelo. Lo mismo que muchas otras palabras, ésa se ha borrado de mí. Me aguarda el mutismo. Turón, el Turón que otra vez se salvó, pronunció mi nombre. Así tenía que ocurrir. Fue mi rostro lo primero que vio al volver en sí. A pesar de las súplicas de Oistros para que me fuera con él, él me escondería, debía dejar allí a aquel hombre al que, de todas formas, no se podía ayudar ya; a pesar de su orden furiosa, me acerqué al inconsciente Turón. Yacía junto al árbol de nuestro bosquecillo sagrado, un pino, que había derribado para castigar a los colquidenses por

haber atraído sobre Corinto la desgracia de la peste y ahora además, según dijo, el eclipse de luna. Por cierto, no morirá. En la bolsa que llevo siempre conmigo tenía extractos de plantas hemostáticos, que favorecen la cicatrización. Hice que Oistros fabricara con dos troncos pequeños y algunas ramas una especie de camilla y que, conmigo, lo llevara abajo, a la ciudad. El gris del amanecer daba paso al arrebol de la aurora, entrábamos en una fortaleza sitiada. Centinelas en todas las esquinas, tropas armadas que recorrían la ciudad en dirección a los barrios exteriores. Un joven oficial se dejó convencer para que dos soldados llevaran la camilla hasta el palacio. A nosotros, curiosamente, nos dejó ir sin molestarnos. Nos separamos en la plaza del mercado. No nos abrazamos. Oistros me puso las manos pesadamente en los hombros, sin pedirme otra vez que me fuera con él. Había comprendido que yo tenía que ir con los niños. No sé nada de Aretusa.

Nuestra choza había sido perdonada por la expedición de castigo, y supe que Jasón había tenido que ver con ello. Lisa no estaba entre las mujeres gimoteantes que habían quedado; había corrido a casa, con los niños. No lo olvidaré jamás. Ella seguía muda.

Muda como yo cuando vinieron a detenerme. Dijeron que había dirigido a las mujeres que habían usado la violencia contra Turón. No respondí. Todo se desarrollaba de acuerdo con un plan sobre el que yo no podía influir ya. Vinieron a buscarme temprano esta mañana. Para el juicio, me dijeron, y me trajeron a esta habitación minúscula y tenebrosa.

Siguen deliberando. Oigo pasos que vienen por el corredor. Pasos de hombre, cansados y arrastrados. Se acercan, un anciano pasa lentamente por delante de mi puerta, ve a los guardias, luego me ve a mí, se detiene, se apoya en el marco de la puerta, me mira fijamente. Leucón. Un espectro

que en otro tiempo fue Leucón. Guardamos largo rato silencio, hasta que puedo susurrarle: ¿Aretusa? Él asiente, se separa del marco de la puerta y continúa hacia la sala del juicio.

Entonces pasa sin duda el tiempo. Ahora abren las grandes puertas de la sala. Ahora informan al mensajero que ha aguardado fuera su entrada en escena. Ahora él se mueve, se acerca. Ahora me acomete la nostalgia de todos los días que me arrebatarán. De todas las salidas del sol. De las comidas con los niños, los abrazos de Oistros, las canciones que canta Lisa. De todas las alegrías sencillas que son las únicas duraderas. Ahora lo he dejado todo atrás.

El mensajero esta ahí.

9

Jasón: Si hubiera otro nacimiento, sin mujer alguna, ¡qué feliz sería la vida!

EURÍPIDES: *MEDEA*

Jasón

No he querido nada de lo que ha ocurrido. Pero qué hubiera podido hacer yo. Ella misma se precipitó a su ruina. Furiosa. Quiso darme una lección. Se empeñó en aniquilarme. Aunque la hicieran pedazos: siempre quedarían sus ojos. No dejan de mirarme fijamente.

Desde el primer momento, cuando, conducida por el mensajero, entró en la sala, no hizo más que buscarme, me encontró y me obligó a levantarme, sólo con la mirada. Como si se me fuera a anunciar también la sentencia. No miró al portavoz del rey, sólo a mí. Una insolencia llevada al extremo, pero al fin y al cabo, ¿qué podía perder ella?

No hubiera cambiado nada si yo hubiera fanfarroneado en el consejo y la hubiera defendido. Y además, cómo. Para llegar a qué. ¿Que ella no participó en la ignominia del pobre Turón y sí, en cambio, en su salvación? Nadie me lo hubiera creído. Y me habrían expulsado de la sala. De todas formas, observaban mi comportamiento.

Dioses. Esas colquidenses dementes. Cortar el sexo a ese hombre. Todos nosotros, hombres de Corinto, hemos compartido su dolor. Sin duda alguna, en las noches transcurridas hasta el castigo de las colquidenses y la condena de Medea, no se engendró ningún hijo, ningún hombre fue capaz de engendrar. Maltrataban a sus mujeres, algunos, al parecer, las golpearon, y las corintias se ocultaban en sus

hogares o iban por las calles con la cabeza baja; como si ellas, cada una de ellas, hubiera ultrajado al pobre Turón, acariciaban a sus hombres y se alegraban a voces del severo castigo de los culpables, pidiendo para Medea la máxima pena, sobre todo, como siempre, las que le debían algo. Y si esta época mala terminase y todos recuperásemos la calma, los hombres de Corinto volverían a estar arriba y las mujeres serían más sumisas, se acabó la canción.

Debería estar satisfecho, pero no lo estoy. Nada me alegra ya. Ella me lo predijo. No triunfante, no, sino más bien triste, o compasiva, lo que fue una desvergüenza. Ella misma había hecho todo lo posible para que nadie la compadeciera. Eso me dijeron en el consejo cuando traté de pedir clemencia para Medea, sin dejar de subrayar la gravedad de sus delitos, porque de otro modo me hubieran despedazado. Acamante me echó en cara mi relación con ella, mostrándose comprensivo, de hombre a hombre, y yo me quedé allí como un buey, sin parpadear, cuando él, Acamante, dio a entender que las cualidades de ella eran, sin duda, su habilidad como mujer, y quién podía censurarme que me hubiera aprovechado. Sin embargo, naturalmente, yo no podía ser imparcial. Me hubiera gustado abofetearlo. En lugar de ello, me senté y apenas levanté la vista, ni mucho menos volví a tomar la palabra. Todo estaba ya convenido. Se habían repartido los papeles. La sentencia había sido dictada. No sé para qué necesitaban todavía aquel teatro. Fingían tomárselo en serio.

Por qué fui otra vez a verla. Por qué no me lo evité. Ella estaba haciendo su hatillo. Apenas me miró. Ay, Jasón, dijo. Todavía tendré que hacer que te sientas bien. Y, sin embargo, yo sólo quería explicarle cómo se había desarrollado todo y que alguien como yo no podía hacer nada. Soltó la carcajada. Alguien como tú, a quien pronto se dará por esposa a

la hija del rey. Pero te voy a decir una cosa: no le hagas eso a Glauce. Ella te ama, y es sensible, muy sensible. Sin embargo, no es una reina, y tú, mi querido Jasón, no eres un rey para Corinto, y eso es lo mejor que puedo decir aún de ti. No te dará ninguna alegría. En general, no tendrás ya muchas alegrías. Las cosas son de tal modo que no sólo los que padecen la injusticia sino también los que la causan son incapaces de encontrar placer en la vida. Me pregunto incluso si el deseo de destruir otras vidas no proviene de la falta de deseo y de alegría en la vida propia.

Así habló, enfureciéndose cada vez más. Uno desafía las prohibiciones, y tiene que dejarse poner al mismo nivel que los siniestros personajes que rodean a Acamante, que ese Presbón de fatuidad desenfrenada, citado como testigo en el consejo y que no podía dejar de darse importancia. Hacía tiempo que no lo había visto y me repelieron los rasgos sin personalidad de su rostro. Estaba dispuesto a declarar cualquier cosa contra Medea. Los miembros del consejo, con un placer despreciable, pudieron escuchar a uno de sus compatriotas injuriar a la acusada con expresiones soeces. Ese lenguaje es insólito en el palacio, y ese necio creía poder permitírselo todo; lo dejaron pavonearse a placer y sólo cuando pretendió indignarse por el hecho de que Medea impidiera a los corintios matar a todos los prisioneros en el templo, Acamante le cortó la palabra: ¡Basta!, y Presbón cerró la necia bocaza. Había hecho lo que se esperaba de él. Su tiempo se acerca a su fin, pero él no lo sabe aún. Yo, sin embargo, he aprendido cerca del rey a interpretar los signos.

No ocurre lo mismo con Agameda. Es más inteligente que Presbón. La casa real no hubiera podido desear una acusadora más convincente contra Medea, precisamente porque Agameda se guardó de dejar escapar una sola palabra de sospecha o incluso de acusación contra su enemiga

mortal. Sin querer, tuve que admirarla. Consiguió ocultar que odia a Medea y que ella será su rival mientras viva dentro de los muros de esta ciudad. Lo comprendí: no hay sitio suficiente en la ciudad para esas dos mujeres. Agameda se hubiera pronunciado por la lapidación de Medea si no existiera el recurso del destierro, que no pocas veces equivale a una sentencia de muerte; vi el deseo asesino en sus ojos, mientras, exteriormente dueña de sí misma, trazaba un cuadro de la vida y milagros de Medea en Corinto bastante parecido a la Medea que conocemos, aunque interpretando toda acción u omisión de tal forma que, al final, tuvimos delante a alguien que, desde hacía tiempo, preparaba, con arreglo a un plan, el hundimiento de la casa real de Corinto. Una vez tuve que reírme, cuando calificó los cuidados de Medea a Glauce como un medio especialmente pérfido de alcanzar su objetivo. Las miradas de los demás me mostraron lo inoportuna que había sido mi risa. Glauce, a mi lado, no hizo gesto alguno. Y la risa se me fue cuando Agameda afirmó que Medea me había utilizado también para introducirse en la intimidad de la familia real, haciéndome creer que era mi mujer y yo su marido, cuando hacía tiempo que ella satisfacía sus necesidades de otro modo. Me quedé con el rabo entre las piernas y tuve que escuchar el nombre del amante de Medea, porque Agameda tenía contestación para todas las preguntas y para cada afirmación tenía dispuestos los nombres oportunos y la descripción de las circunstancias exactas. Es una mujer monstruosa y, al mismo tiempo que mi repulsión, aumentó mi admiración hacia ella. De manera que Oistros. Un tallista de piedra. Dioses.

A casi cada uno de los miembros del consejo dirigió Agameda despreocupadamente alguna observación, como al azar y de pasada: un nombre, una sospecha en relación con Medea, que él tuviera que rumiar y le impidiera decir o

incluso pensar nada en favor de ella, lo mismo que a mí. Cuando finalmente la hicieron entrar, yo sentía sólo cólera. Delante de todos, era ahora el marido engañado y no ella la mujer abandonada, como hubiera sido lo adecuado. Le estaba bien empleado a aquella puta.

Destierro.

Sí. No era demasiado. ¿Había palidecido? No la miré. ¿Y los niños?

Entonces ella se agitó, volvió a buscar mis ojos, pero no los encontró.

Sin los niños, dijo Creonte.

Fue la única vez que habló. Los hijos de Jasón serían educados en Corinto de la forma que les correspondía. En el palacio.

Entonces la vi vacilar, pero, antes de que los guardianes pudieran sujetarla, se repuso.

Para sorpresa de todos, Agameda y Glauce intercedieron para que pudiera llevarse a los niños. Para ello tenían motivos diferentes. Aunque, pensándolo bien, tenían uno en común: no querían que los hijos de Medea pudieran entrar un día en consideración como pretendientes al trono de Corinto. Quién puede decir si haré un hijo a esta pobre Glauce cuando se convierta en mi mujer. No es precisamente un deseo desbordante lo que me invade cuando noto sus huesos a través de sus negros vestidos informes. Vi la mirada despectiva de Agameda desplazarse de mí a Glauce, y vi que Glauce veía esa mirada y la entendía exactamente igual que yo, y entonces la oí hablar, sin duda en voz baja, pero el hecho de que hablase siquiera en aquella asamblea de hombres era insólito.

Los hijos debían acompañar a su madre, dijo. No había por qué ser innecesariamente cruel. Lo pensaba realmente, estoy seguro, aunque tras aquella opinión estuviera también

la incertidumbre de ser ella misma capaz de dar un heredero a Corinto, y sólo esa incertidumbre le daba valor para hablar en contra de la crueldad. Comencé a sospechar que aquella Glauce quizá no sería para mí una mujer tan cómoda como había esperado; en cualquier caso, me distraje y no reparé en la frase con que Acamante, en tono indulgente, rechazó la pretensión de las dos mujeres, lo mismo que se rehúsa a los niños, por su bien, algo que han pedido de una forma poco razonable. Entonces se produjo un pequeño incidente, que pocos observaron: Leucón, que había llegado tarde y parecía muy afectado, se levantó de su asiento cerca de la puerta y se fue. Era increíble que se lo permitiera, despreciando al rey y todas las normas. Al parecer, nadie quiso notarlo.

Se llevaron a Medea. El rey y su séquito dejaron la sala. Nucas rígidas, rostros herméticos. Los seguí con Glauce. Ella lloraba. Cuando atravesamos el patio del palacio y llegamos a la fuente, comenzó a estremecerse, levantó al aire los brazos y se derrumbó a mi lado, con espuma en la boca. Agameda estuvo inmediatamente con ella, como si hubiera esperado el ataque. A mí me explotaba la cabeza. Qué es lo que me aguarda.

Atravesé la ciudad, la gente me evitaba, de pronto estuve ante la casita adosada a la muralla. Lisa quiso impedirme la entrada. Medea dijo: Déjalo. Me preguntó: Qué quieres aún. Su tono me encolerizó. Quería que ella comprendiera que no tenía razón. Quería que reconociese que yo no podía ayudarla. Ató su hatillo. Se anudó un paño a la cabeza. Dijo: Lo siento por ti, Jasón.

Fue demasiado. No iba a tolerar aquello. También podía actuar de otro modo. Dar rienda suelta a mi cólera. Agarrarla y arrinconarla contra la pared. No se insulta a Jasón impunemente. Que ella sienta que Jasón puede dejar que

crezca en él una hermosa cólera viril por las astucias de las mujeres, que puede volverse muy fuerte cuando siente ceder bajo él la carne blanda en que ha plantado sus garras, cuando ve por fin en los ojos de la mujer algo parecido al asombro, antes de que ella cierre los ojos y aparte la cabeza y deje que se produzca lo inevitable. Sí. He comprendido. Así debe ser. Debemos tomar a las mujeres. Debemos romper su resistencia. Sólo así desenterramos lo que la Naturaleza nos ha dado; ese deseo que todo lo inunda.

Ni una mirada, ni una palabra más. Me fui. No la he vuelto a ver.

10

En cierto modo, el planeta se parece al *Argo:* sin meta, con una tarea secundaria y expuesto a las interminables aventuras del tiempo.

DIETMAR KAMPER

Leucón

Ahí surgen otra vez mis constelaciones de estrellas. Cómo detesto sus monótonas repeticiones. Cómo me resulta todo repulsivo. No puedo decírselo a nadie, pero tampoco hay ya nadie que quiera escucharlo. Estar ahí solo, bebiendo vino y observando el curso de los astros. Y tener que ver una y otra vez esas imágenes, lo quiera o no, tener que oír las voces que me atormentan. No sabía lo que aguanta un ser humano. Ahora estoy aquí y tengo que decirme que en esa capacidad para soportar lo insoportable y seguir viviendo, para seguir haciendo lo que se está acostumbrado a hacer, se basa la supervivencia de la especie humana. Cuando antes decía eso, eran las palabras de un espectador, porque se es espectador mientras no se tiene alguien tan próximo que su desgracia nos desgarra el corazón.

A la estrella más clara del cielo, todavía sin nombre, la he llamado Aretusa, y cada vez siento el mismo dolor cuando se hunde en el cielo occidental, como ahora. Entre todos esos mundos lejanos estoy solo en mi mundo, que me gusta menos cuanto más lo conozco. Y que comprendo, no lo puedo negar. Por mucho que me ponga a prueba. Por poco que quiera reconocer el resultado de esas pruebas, no encuentro ni una sola fechoría de los últimos tiempos de la que haya sido testigo en la que no haya comprendido a ambas partes. No digo disculpado, eso no, pero sí comprendido. Los seres

humanos con su obcecación. Esa obsesión por comprender, de la que no puedo desprenderme y que me separa de los otros me parece una tara. Medea sabía por qué.

Cómo podría olvidar la última mirada que me lanzó cuando, entre dos guardias que la sujetaban por el brazo, fue expulsada de la ciudad por la puerta del sur, después de haber sido llevada, como suele hacerse con un chivo expiatorio, por las calles de mi ciudad de Corinto, bordeadas por una multitud que espumeaba de odio, aullaba, escupía y agitaba los puños. Y yo, quién me lo creería, sentía algo así como envidia de esa mujer que, ensuciada, mancillada y agotada, era expulsada de la ciudad con un empujón de los guardias y una maldición del sumo sacerdote. Envidia porque ella, víctima inocente, estaba libre de desgarramiento interior. Porque la fractura no la atravesaba sino que se abría entre ella y los que la habían calumniado y condenado, los que la arrastraban por la ciudad, la insultaban y escupían. De forma que, desde la porquería a la que la habían empujado, pudo enderezarse, alzar los brazos hacia Corinto y, con la última voz que le quedaba, anunciar la ruina de la ciudad. Nosotros, que estábamos en la puerta, escuchamos la amenaza y volvimos en silencio a la ciudad, en la que reinaba un silencio de muerte y que me pareció vacía sin aquella mujer. Sin embargo, al mismo tiempo que la carga que para mí suponía el destino de Medea, sentía compasión por aquellos corintios, aquellos pobres descarriados que no habían encontrado otra forma de deshacerse de su miedo a la peste y a los amenazadores fenómenos celestes, y del hambre y los abusos del palacio, que arrojarlos sobre aquella mujer. Todo es tan transparente, todo tan evidente que es para volverse loco.

La peste retrocede, ya se ha retirado de los barrios más ricos; desde mi torre veo moverse a lo sumo una o dos carretas

de cadáveres, antes de que la noche caiga, en dirección a la ciudad de los muertos. Todo el mundo puede ver ahora que interpretamos bien la voluntad de los dioses cuando expulsamos a la hechicera de la ciudad. «Interpretamos», digo, y apenas me sobresalto. Los corintios. Los justos. Yo tampoco hice nada para salvarla. Soy corintio. Es mejor reconocerlo, mejor apurar el pesar y la vergüenza que, noche tras noche, me hacen venir a esta torre. Para pensar algo que puede hacerme perder la razón: si Aretusa viviera, no querría saber ya nada de mí. También con esa verdad tendré que vivir, lo sé. Y, por mucho que me sitúe al borde de esta terraza y mire hacia abajo, no me precipitaré desde ella. Siempre he cuidado la integridad de mi cuerpo. Así estamos hechos, debe de tener un sentido. Y a veces me pregunto qué da a esa persona, qué da a esa mujer el derecho a ponernos ante decisiones que no podemos tomar pero que nos desgarran y nos dejan atrás como derrotados, como fracasados, como culpables.

Por qué no puedo ser como Oistros. Oistros trabaja como un obseso en su cueva, en la que se ha atrincherado y no deja entrar a nadie. Se descuida, no se lava, se deja crecer la barba y el rojo cabello, apenas come, bebe del agua del gran cántaro que había en casa de Aretusa y golpea un gran bloque de piedra sin desbastar, con tal furia que me da miedo. No dice nada, me mira fijamente con sus ojos irritados por el polvo de la piedra y el insomnio, y no sé siquiera si me reconoce. Ha cambiado hasta ser irreconocible. Si saliera a la calle, los chiquillos huirían de él gritando. No sé qué es lo que quiere sacar de su piedra, la última vez creí reconocer esbozos de figuras violentamente entrelazadas, miembros en una especie de lucha desesperada de todos contra todos, o en una lucha a muerte. No se le puede preguntar. Se mata trabajando. Es lo que quiere.

Oistros ha perdido toda mesura, lo mismo que la perdió Medea. Al final ella se volvió desmesurada, como la necesitaban los corintios, una furia. Cómo irrumpió en el templo de Hera, con los muchachos pálidos y asustados de la mano, apartó de un empujón a la sacerdotisa que le cerraba el paso; cómo llevó a los niños al altar y gritó a la diosa lo que más parecía una amenaza que una oración: que protegiese a aquellos niños, porque ella, su madre, no podía hacerlo ya. Cómo las sacerdotisas se obligaron a acoger a los niños, prometiéndolo por miedo y compasión. Cómo luego habló con los niños, trató de quitarles el miedo, los abrazó y, sin volverse, salió del templo para entregarse inmediatamente a los guardias que la esperaban. Cómo durante todo el tiempo en que la llevaron por la ciudad como un chivo expiatorio entonó un canto horrible que incitaba a las personas que bordeaban las calles a tratar de sofocarlo. Debía de tener la intención de que la mataran, pero los guardias tenían orden de sacarla viva de la ciudad.

Más tarde, cuando el horror había pasado, enviaron destacamentos para encontrar a Medea, buscaron a Lisa, que había desaparecido también, y los tribunales penales interrogaron bajo tortura a los escasos colquidenses supervivientes, para averiguar dónde se escondían las dos. Era y sigue siendo como si se las hubiera tragado la tierra, aunque, más allá de los muros de la ciudad, hay que caminar días enteros para encontrar algún cobijo. Ahora se busca a los cómplices de ambas, que posiblemente las ayudaron a huir a caballo, sólo para hacer algo y para no tener que confesar que son impotentes y no pueden vengar la muerte de la hija del rey. Y porque se quiere sofocar en su origen la leyenda surgida en el supersticioso pueblo: que la diosa misma, Artemisa, las arrancó a la tierra en su carro de serpientes, llevándolas a un país seguro.

La pobre Glauce. Fue el día de la expulsión de Medea. Yo estaba como aturdido en un corredor del palacio. No atendí al griterío de las mujeres que subía del patio, no sentía más que desprecio por todo lo que tenía que ver con aquella casa real. Sólo presté atención cuando vi a Mérope, la anciana reina, atravesar el patio del palacio apoyada en sus sirvientas y dirigirse al pozo, alrededor del cual se había reunido el grupo de mujeres que gritaban. Entonces vi que el grupo se dividía y vi a tres criados sacar con la soga una extraña carga de la fuente, toda de blanco, Glauce.

Depositaron la figura inanimada ante los pies de la reina, y yo la vi arrodillarse y poner en su regazo la cabeza de su hija. Se quedó largo tiempo así y poco a poco se extendió un silencio como no había conocido allí hasta entonces. Me pareció como si aquel silencio encerrase algo así como duelo y justicia para todas las víctimas que los hombres obcecados habían dejado tras sí en su extravío. En medio de aquel silencio vi a Jasón atravesar el patio tambaleándose, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Nadie se volvió para mirarlo. Al parecer, ahora permanece echado día y noche bajo el casco semipodrido de su nave, varada sobre maderos en la orilla, y Telamón, su viejo compañero, le suministra bien o mal comida y bebida. A veces, a altas horas de la noche, pienso que tampoco él puede dormir, que también sus ojos escrutan el cielo y que su mirada y la mía podrían encontrarse en la constelación de Orión, que este mes reina en el cenit. Contra Jasón no puede sentir rencor. Era demasiado débil para un adversario como Acamante.

Éste es quien domina ahora la situación. Fue él quien dio la versión oficial de la muerte de Glauce, a la que todo el mundo tiene que atenerse so pena de muerte: Medea envió a Glauce un vestido envenenado, un horrible regalo de despedida, que cuando ella, la pobre Glauce, se puso le quemó la

piel, de forma que, loca de dolor y buscando alivio, se precipitó en el pozo.

Ahora el palacio es un lugar de cien oídos y cien bocas, y cada una susurra algo distinto. La boca de la sirvienta de la pobre Glauce, encerrada en un profundo calabozo y estrechamente vigilada, susurra: ese vestido blanco que Medea llevó en la fiesta de Artemisa, se lo regaló a Glauce poco antes del juicio, diciéndole que sería su vestido de bodas y que le deseaba que fuera feliz, y Glauce, llorando, le dio las gracias por el regalo. Sin embargo, luego, cuando Glauce salió de la sala del tribunal después de haberse anunciado la sentencia sobre Medea y cuando se acercaba cada vez más la expulsión, Glauce se había puesto visiblemente cada vez más inquieta. Al parecer, había vagado por el palacio y hubo que buscarla y traerla varias veces de los rincones más apartados, en los que se había acurrucado. No quería ver a Jasón de ningún modo, y ante Creonte retrocedía dando signos de espanto. Sólo hablaba sola, de una forma apresurada e incomprensible. Estaba muy agitada y no se podía saber lo que aún era capaz de percibir. Se negaba a comer, como si le asqueara. Nadie le había contado lo que ocurría fuera del palacio, estaba severamente prohibido, pero ella lo había presentido, y el día en que Medea fue expulsada se había puesto a ir de un lado a otro por su habitación, retorciéndose las manos y llorando, y finalmente había hecho que le trajeran el vestido de bodas y se lo había puesto, a pesar de las protestas de la sirvienta. Entonces se calmó de pronto, como si supiera lo que tenía que hacer y, con palabras sensatas, había dicho a su sirvienta que quería tomar un poco el aire en el patio del palacio, lo que sólo pudo alegrar a todos los encargados de vigilarla. De forma que salió al patio, seguida de la sirvienta y de algunos guardias, a los que guió astutamente, en círculos cada vez más estrechos, hasta las proximidades del pozo.

Dos pasos rápidos y se encontró en el borde. Luego otro más en el vacío, hacia lo hondo. Al parecer, no profirió voz alguna.

Desde entonces nadie ha visto al rey, se dice que está en lo más apartado de sus aposentos y que sólo permite entrar a Acamante. Es hombre muerto. A sus espaldas comienzan las luchas por su sucesión. Eso me deja frío. Tampoco siento curiosidad por saber qué hará todavía Acamante para afirmar su influencia. Naturalmente, tendrá que tratar de borrar el recuerdo. Ha hecho alejar de la ciudad a Presbón y a Agameda, sus cómplices. Ha ordenado tapiar la entrada de la cueva de la tumba de Ifínoe, con cuya muerte comenzó todo. Mérope, la anciana reina, está confinada en sus habitaciones. Todo el que ha sido testigo de los actos de Acamante tiene que temer por su vida. Yo también. Me lo hizo comprender el día en que la pobre Glauce encontró la muerte. Nos encontramos cara a cara junto a su féretro. Algo que vio en mi mirada lo hizo estremecer. Ese estremecimiento es lo que me protege, pero también la indiferencia que siento por mi destino. Lo que me protege es que veo hasta el fondo de las personas, también de él, y precisamente por eso, por extraño que pueda parecer, no soy peligroso. Como no creo que ni yo ni nadie pueda cambiarlas, no intervengo en el mecanismo mortífero que ellas mantienen en movimiento. No, estoy aquí sentado bebiendo el vino que bebía con Medea, y derramo unas gotas de cada copa en recuerdo de los muertos. Me basta con observar los astros en sus previsibles trayectorias y aguardar a que la opresión del dolor vaya cediendo poco a poco. Entonces llega la mañana, la ciudad se despierta siempre con los mismos movimientos, con los mismos ruidos, y así será, ocurra lo que ocurra. Los hombres, en sus estrechas viviendas, volverán a su vida cotidiana, algunos habrán engendrado un hijo durante la noche, así debe ser, para eso están ahí.

Sin embargo, ahí hay algo distinto de lo habitual. Una multitud se aproxima desde el barrio de los templos. Me acerco a la balaustrada. Se congrega en la plaza, es una multitud de talante victorioso. Qué estarán celebrando. Un murmullo se eleva de ella, como el de un enjambre de abejas que se dispone a atacar. Se me humedecen las manos, algo me empuja a descender y mezclarme entre esas personas. Todavía están agitadas, no pueden separarse, se jactan de lo que han hecho. La muchedumbre se mueve en oleadas, yo corro de un grupo a otro, quiero oír de qué hablan, pero no me atrevo a escucharlos. Tenía que ser así, oigo afirmar una y otra vez. Desde hace tiempo les resultaba evidente que no podían soportarlo más. Y como nadie quería hacerlo, han tenido que hacerlo ellos.

A través del velo que me cubre los ojos, veo acercarse al nuevo confidente de Acamante, un tipo tosco y astuto, y, a través del zumbido de mi corazón en los oídos, oigo que le preguntan qué pasa, como si él supiera la respuesta. La muchedumbre enmudece y luego varios gritan: Lo hemos hecho. Han caído. Quién, pregunta el tipo. ¡Los niños!, es la respuesta. Sus malditos niños. Hemos librado a Corinto de esa plaga. ¿Cómo?, pregunta el tipo con gesto de conspirador. ¡Lapidados!, rugen muchos. Como se merecían.

Sale el sol. Cómo brillan las torres de la ciudad al resplandor de la mañana.

11

Los hombres, privados del secreto de dar la vida, encuentran en la muerte un lugar que, como quita la vida, consideran más poderoso que la vida misma.

ADRIANA CAVARERO: *A PESAR DE PLATÓN*

Medea

Muertos. Los han asesinado. Lapidado, dice Arinna. Y yo que había pensado que su sed de venganza pasaría cuando me fuera. No los conocía.

A mí no me reconoció, pero Lisa, su madre, la reconoció por una mancha oscura en el pliegue del codo. Cómo se asustó. La vida aquí nos ha cambiado. La caverna. El sol implacable en verano, el frío en invierno. Alimentarse de líquenes, escarabajos, animalitos, hormigas. Somos sombras de nuestros años pasados.

Estábamos obcecadas. Hablábamos de los niños como si estuvieran vivos. Los veíamos crecer, año tras año. Serían nuestros vengadores. Y apenas había abandonado yo el recinto de su ciudad, estaban ya muertos.

Qué monstruo ha conducido aquí a Arinna. ¿Quieren enseñarme los dioses a creer en ellos de nuevo? Sólo puedo reírme. Ahora estoy por encima de ellos. Pueden tocarme con sus órganos crueles, que no encontrarán en mí ningún rastro de esperanza, ningún rastro de miedo. Nada, nada. El amor se ha roto, y también el dolor ha cesado. Soy libre. Sin desear nada, escucho el vacío que me llena por completo. Y, al parecer, los corintios no han terminado aún conmigo. Qué dicen. Que yo, Medea, he matado a mis hijos. Que yo, Medea, quise vengarme del infiel Jasón. Quién lo creerá, me pregunto. Arinna dice: Todos. ¿También Jasón? Él no tiene ya nada

que decir. ¿Y los colquidenses? Todos han muerto, salvo las mujeres de las montañas, y ellas se han vuelto salvajes.

Arinna dice que, al séptimo año de la muerte de los niños, los corintios eligieron siete muchachos y muchachas de familias nobles. Les afeitaron la cabeza. Los enviaron al templo de Hera, en donde debían permanecer un año en recuerdo de mis hijos muertos. Y así se hará desde ahora cada siete años.

Así son las cosas. En eso acaba todo. Se ocupan de que también las generaciones venideras me llamen infanticida. Sin embargo, qué será eso comparado con los horrores que entretanto habrán conocido. Porque no aprenderemos nunca.

Qué me queda. Maldecirlos. Os maldigo a todos. Os maldigo especialmente a vosotros: Acamante. Creonte. Agameda. Presbón. Que vuestra vida sea atroz y miserable vuestra muerte. Que vuestros aullidos se eleven al cielo sin conmoverlo. Yo, Medea, os maldigo.

Adónde ir. ¿Es imaginable un mundo, una época en que encuentre mi lugar? No hay nadie a quien poder preguntárselo. Ésa es la respuesta.

ÍNDICE

1. Medea 13

2. Jasón 37

3. Agamedа 61

4. Medea 81

5. Acamante 97

6. Glauce 115

7. Leucón 135

8. Medea 153

9. Jasón 175

10. Leucón 185

11. Medea 195

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2014
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Ciudad Autónoma de Buenos Aires